LA FRAGANCIA CAUTIVA

CUENTOS

J. PEREZ ANDREU

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA FRAGANCIA CAUTIVA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

860-31 B-IV-34
Literatura

J. PÉREZ ANDREU

La fragancia cautiva

Ilustraciones de Borges

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA BIBLIOTECA
R 105558

1933
TIPOGRAFIA MARGARIT
TENERIFE

660461089?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que manda la ley. Copyright 1933 by J. Pérez Andreu.

La presente edición consta de mil ejemplares, veinticinco de ellos numerados, impresos en papel " Couché Chamois ".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La obra de arte no existe en sí, la materialidad de su aparición no es más que el signo sensible de la relación de la humanidad con el infinito; la humanidad está aquí representada por un hombre, pero ese hombre tiene por colaboradora a la inmensa multitud de los muertos, cúyas son las voces que repercuten en su corazón, y en su cabeza, con tal poder, que es imposible discernir rigurosamente su acento peculiar en la emisión de su propia voz. El espíritu que se tiene por más original es aquel al que vienen a parar en un tiempo y con su mayor brillo los esfuerzos obscuros de las generaciones. Mil rasgos no descubiertos hasta entonces porque andaban dispersos, reuniéndose en una sola cabeza, la designan, la iluminan y la barahúnda de sombras humanas aclama esta excepcional claridad viva. Sin embargo, esta claridad está compuesta de millares de chispas que mil otras sombras, desaparecidas, las llevaban en sí sin saberlo. El gran gesto radiante por medio del cual el genio exterioriza su gloria, no es más que el remate de innumerables gestitos tímidos, inciertos, bosquejados en el pasado o ayer por manos innumerables, ahora inanimadas.

. . . . . ."

Carlos Morice

(En el libro de Edmundo Picard "El Derecho Puro").

Gasas de oro. Polen misterioso que en alas del viento fecundastes "Las Afortunadas". Bajo tu sombra ingrávida, leve, cada flor engarzó en su cáliz naciente una ofrenda de diamantes, que luego las abejas libaron golosas hasta emborracharse de ambrosía al mismo tiempo que destapabas en el pecho de los hombres el anhelo inefable de un amor fugaz, imaginario, que sólo vivía a tu vera y moría luego lentamente al desvanecerse el aliento dulce de tus rosas, — "rosas de la Orotava," — de tus jazmines de plata, de tus limoneros del Taoro, evocación morisca de aquellos otros de Granada en la promesa bordada y blanca de los ajimeces de la Alhambra.

. . . . . .

. . . . . "

J. Pérez Andreu

("La Fragancia Cautiva". — "El Tiempo", de Santa Cruz de La Palma. 17 de mayo de 1929).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La razón de la sin razón

Inspirado en la obra de Paul Hervieu. — "Los ojos verdes y los ojos azules".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ESCUCHADME:

Hace diez años me encuentro recluído en este terrible manicomio de San Baudilio de Llobregat, que se puebla de pesadillas y gritos todas las noches. Ojos febriles como el de los vencejos, miran desde la sombra de estrechas celdas y creen ver por todas partes las tristes concepciones de sus cerebros enfermos. Por mi desgracia me encuentro entre ellos porque la sociedad, la justicia y hasta mi propia familia opinan que soy un desequilibrado, y nada más infame y contradictorio que esta afirmación gratuita, que me inutiliza y me recluye como a un verdadero loco, aislándome, quizá para siempre, del resto del mundo que se llama cuerdo. Yo, señores, soy un verdadero criminal al estilo de los clasificados por Lombroso o Salillas en sus estudios de antropología, pero nunca un vulgar demente que " razona su locura ", como tantos otros, que viven en los manicomios y en los libros. Escuchadme y luego decidme con franqueza, si tengo o no motivos sobrados para protestar con todas las energías del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

atropello inicuo y miserable, que conmigo hace tantos años se está cometiendo. Les empiezo a contar a ustedes este rosario de mis sufrires y no me dejan a veces coordinar bien las ideas los lamentos tan continuos y tremendos de uno de mis compañeros de celda. Hoy le han tenido que poner al desdichado la " camisa de fuerza " y ha sido un espectáculo tan inhumano y poco edificante para la cultura que debe imperar en esta clase de sanatorios, que me ha llenado de horror. Tiene la obsesión el infeliz, indudablemente influenciado por trabajos de Martínez Sierra, sobre el mismo tema, que dentro de su cabeza atormentada está encendida constantemente una pequeña llama roja, fija, tenaz, que va convirtiendo en pavesas sus ideas multiformes a medida que el cerebro las concibe. Desde que ha llegado, ya hace cerca de siete meses, se pasa los días y las noches repitiendo sin cesar, bajo la infernal algarabía que arman desde otras habitaciones lejanas, multitud de pobres reclusos, en sus incesantes delirios:

"¡ Apagadme, apagadme esta maldita luz que me quema toda la cabeza por dentro, y si no, mirad por los oídos para que veáis cómo ya mis pensamientos no son nada más que un negro montón de cenizas !"...

El otro vecino que tengo a la izquierda es un joven cetrino, altísimo, enjuto; más bien que ser viviente, parece una figura castellana escapada de un lienzo de Zuloaga. Se pasa las horas muertas con la cara metida entre los barrotes de la reja al acecho, en silencio, del que cruza por los corredores obscuros para llamarle sigilosamente y decirle, en secreto, que ha descubierto la manera exacta de " pintar el silbi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

do ", y aunando la acción a los hechos, profiere el sonido agudo, resbaladizo, ondulante: fiiii... al mismo tiempo que su mano rápida traza una curva con lápiz en la lisa pared estucada. Y así, se le van desgranando las horas de su monótona vida, mientras él, infatigable, sin manifestación aparente de cansancio, tiene los tabiques y el suelo llenos de curvas y rayas como si fuera un tejido gráfico de arañas.

Estos desgraciados, estos vocingleros, si que en verdad están locos de remate... pero yo... ¡Escuchadme! ¡Escuchadme !

■

Me llamo... Perdón... Disimular un momento... Me llamo... ¡ Qué memoria la mía !... ¡ Bah !... No me acuerdo. ¡ Qué diantre ! Pero tampoco viene al caso y por detalle tan nimio no he de dejar de decir lo que me plazca y deseo sepan ustedes, ¿ verdad ?... Pues bien, " cuando yo no estaba loco", vivía con la familia fuera de España, en un chalet, junto a los tilos del río, a bastante distancia de Londres. En nuestra casa hermosa y alegre, con esa alegría sana, que presta la paz y el sosiego, jamás hubo un disgusto, contumelias, ni un grito airado más alto que otro. Mi mujer Godofreda, sajona

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de nacimiento, congeniaba de un modo admirable con mi carácter algo atrabiliario, y dada su exquisita cultura, cumplía en una forma maravillosa sus deberes matrimoniales, sabiendo de sobra con su despejada intuición de mujer moderna — no maleada por bastardos prejuicios de sectas, ni religiones — " que su reputación honorable era la pagana si vertia en el hogar mancilla, así como también ella más que nadie era la enaltecida si a sí misma se respetaba". Una vez cimentado sólidamente este principio robusto y moral, de un amigo, en nuestra común existencia, vinieron los hijos, dos pequeñuelos rubios y mofletudos con caras lucientes como manzanas, que con sus torpes lenguas aprendían el inglés y el castellano al mismo tiempo. Una institutriz irlandesa, alta y seca como un poste, admiradora de las glorias de Shakespeare y Carlos Darwin, contribuía a la buena educación de nuestros pequeños hijos, en tanto yo, enfrascado en mis sempiternos problemas de mecánica, contemplaba bajo la bruma espesa el correr silencioso de los años y de las aguas grises del Támesis, bajo las arcadas pétreas de los puentes centenarios. ¿Y a qué seguir con más divagaciones ? "Vamos al grano", según suelen decir ustedes, mis compatriotas, en estas pardas tierras, plenas de sol y reventando por todas partes amores.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En aquel tiempo remoto a que hago referencia, adquirí la inofensiva costumbre, cuando no me distraía ningún compromiso urgente de la carrera, de pasear en asueto las horas de la tarde por las pobladas orillas del río viendo el desfile raudo y suave de los "steamers" y remolcadores abarrotados de pasajeros, la gran mayoría empleados de fábricas, que al salir de sus despachos retornaban después de la labor diurna a sus hogares, algo distantes de los centros fabriles de Londres. Junto al desembarcadero, donde yo muchas veces me sentaba a descansar, había un viejo patache australiano, que por aquellos días estaban pintando de negro. No se cómo, ni porqué, mi vista nunca pude apartarla de la cubierta de este fatídico barco, por cuyas pasarelas un grumete, niño aún, de boina azul con borla roja a modo de la gente de mar francesa, me hacía señas grotescas, profiriendo a veces palabras guturales, silabeantes otras, pero siempre incomprensibles, que me dejaban en lo más hondo del instinto una amarga sensación de extraña inquietud, de rojos deseos, jamás hasta entonces por mi sentidos. Luego, solo en mi casa, por las noches, ya en la cama tendido — pues tres días antes mi mujer y los niños habían marchado a Liverpool a pasar el " neutro mes de San Silvestre " con sus abuelos — me recriminaba yo mismo de la obsesión rarísima, criminal, sí; criminal ¿por qué no decirlo? que la presencia de aquel muchacho con ojos divinos de " mirar metálico ", iba formando en mi cerebro. Declaro con franqueza que llegué a tenerme miedo, porque como un gato al acecho de la rata deseada, como un sodomita enamorado revulso, me pasaba las tardes contemplándole pensativo desde el muelle enfangado,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bajo la lluvia. Luego fueron también las mañanas y por último los días enteros, llegando mi capricho diabólico y despreciable a tal extremo, que comía en los restaurantes grasientos y apestosos a whisky, donde se emborrachaba por varios chelines toda la escoria deleznable, toda la marinería internacional de aquellos contornos. Ambulantes ahora mis recuerdos, sólo puedo evocar, como si lo estuviera contemplando de lejos, el día aciago y triste de nieve en que el patache negro iba a partir, cuando por una de esas casualidades de la vida, divisé entre la niebla que subía del agua y se desgarraba por el muelle velando las personas y objetos al deseado y bello grumete, que con un cesto bajo el brazo y liada una bufanda de lana al cuello, redondo y blanco, marchaba aprisa en dirección contraria a la mía. En este momento no puedo precisar con certeza cómo logré, ni de qué medios y amaños pude valerme para que mi víctima, siguiéndome desconfiada, penetrara en el chalet. Hay en el presente instante de este relato una laguna de sombra, una rotura de hilación, que nunca puedo empatar, aunque golpée con el puño cerrado las puertas de mi memoria. Lo cierto es que ya en la casa, lo hice sentar en mis rodillas (¿ sería por sugestión, por hipnotismo?) empezando a acariciarle como si fuera una dulce novia. El, asombrado, sin fuerzas y con un temblor inocultable de miedo, tuvo al fin un desfallecimiento momentáneo, que yo, irreconocible, lo mismo que una hiena aproveché, poseyéndolo brutalmente, una, dos, tres... no sé cuantas veces, en una terrible violación antinatural, inhumana de espasmo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Después de esta monstruosidad se iluminó de golpe mi conciencia y medí las consecuencias fatales de aquel acto detestable para un hombre de honor como era. Pensé en mi mujer, en mis hijos. Sin remisión había que borrar aquel miserable estigma. Con la rapidez del relámpago concebí una idea, una celada. De dos saltos subí la escalera del sotabanco y descolgué convulso de la vieja panoplia empolvada, un puñal indio de larga hoja, comprado en Ceylán. Volví a bajar a la sala. Un sudor de angustia cubrió mi frente. No había nadie. ¿ Dónde, pues, se había metido ? Escapar era imposible porque las puertas estaban cerradas. Las ventanas también. Desde este instante empezó en aquella casa una terrible cacería. Revolví armarios, me entretuve en registrar la carbonera, debajo de las camas; me faltaba sólo un cuarto. Fuí entrando de puntillas... y nada. Pero al pasar junto a una maleta de hierro, que guardaba para los largos viajes, sentí su presencia sin verle, me convencí sin tocar aquel artefacto, que él estaba allí escondido... Al levantar la tapa, apareció su cuerpo tan ajustado a los bordes de la maleta, como puede estar el polluelo en las paredes del cascarón. Sus divinos ojos, ahora como dos manchas limosas, " resbalaban " por mi cuerpo mirándome anhelantes. El terror se reflejaba en su rostro. Jamás volveré a encontrar unas pupilas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que digan más miedo y supliquen en silencio ¿ sería mudo ? Pero todo fué inútil. Lleno de odio por la vergonzosa acción que poco antes había cometido con él y sintiéndome valiente ante su helada cobardía, sepulté infinitas veces con la máxima fuerza de mi brazo la hoja buida y brilladora en su cuerpo blando, de carnes tiernas y gomosas por la sangre, (que Tolstoi también me perdone el simil), hasta que cesó por completo de dar alaridos.

Dos horas más tarde — igual que en una novela — desaparecía en el silencio de la madrugada, la maleta y el arma homicida, en el sucio misterio de las aguas podridas del Támesis...

■

Pasaron días, meses y también años. El constante remordimiento me había enflaquecido de tal manera, que podían enumerarse todos los huesos que tengo en mi conjunto anatómico. Abandoné los problemas de mecánica aplicada que tanta notoriedad me dieron y llegó mi apatía al extremo de olvidar hasta el aseo exterior, teniendo orladas las uñas y tan intonso el cabello y la barba como cualquier salvaje esquimal. Mi amada Godofreda no sabía a qué atribuir este

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

misterioso cambio de mi vida. Por mandato de ella me reconocieron doctores afamados, que para dar exacto diagnóstico, le hacían incontables preguntas sobre mi temperamento y origen de familia. En una ocasión, oí a uno de ellos investigar, si conocían casos de vesania en mis ascendientes, y yo, en un cuarto contiguo, decía sonriendo como el poeta, en " Almas ausentes" : " el sentido común en estos médicos, es a veces una locura más ".

Hasta que una noche, a la hora de la cena, en que contemplaba con ternura los bucles rubios de mi esposa y la pureza lunar de su frente bajo la luz familiar de la lámpara del comedor, sentí de pronto en mis entrañas una repugnancia tan grande de todo mi ser, que sin poderlo remediar me incorporé de la mesa gritando : ¿Pero es que no sientes asco de mí ? ¿ De este criminal que te ha deshonrado ?... Ante mis gritos, los niños se echaron a llorar y ella dejó caer el manjar, que se llevaba en aquel momento a la boca, mirándome asombrada. Furioso hice añicos la vajilla que había en la mesa; abofeteé a un criado que trató de atajarme y salí de la casa huyendo, dando saltos enormes, como si en realidad me hubiera picado en los sesos la "tarántula dañina "...

¿ Han comprendido ustedes ahora, señores míos, cómo yo no soy un desequilibrado, sino un criminal innato del cual se ríen los hombres, los jueces y hasta su propia familia ?... ¡ Estos pobres compañeros míos, estos vocingleros, sí que en verdad están locos de remate ! Pero yo... ¡ Escuchadme !... ¡ Escuchadme !... ¡ Pero no os marchéis ! Por favor... ¡ Escuchadmeee !...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Don Miguel

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HACÍA algún tiempo que don Miguel encontrábase en aquel pueblucho frontero a Portugal, lleno de preocupaciones y recuerdos.

Envuelto en su amplia capa — usada por primera vez en los umbrales de la ancianidad — añoraba los días felices de su encumbramiento y poderío, allá, en una de las islitas frondosas de "Las Afortunadas", perdida en las brumas de la distancia y que evocada ahora entre las nieves pertinaces de un invierno crudo, parecía más verde y solar la pomposa visión de sus cumbres y cantiles.

Los negocios iban de mal en peor. Los contados miles de pesetas salvados de la catástrofe inicial de sus exportaciones en Canarias, habíanse evaporado rápidamente ante las necesidades de la nueva familia, que aunque sobria y modesta, comparada con aquella otra de sus tiempos de fastuosidad, necesitaba también de su amparo y energías para defenderla de los crueles "zarpazos" del frío y la abstinencia.

Estrechado, mejor dicho, acosado por el infortunio y el dolor, muchas vigilias pasó Don Miguel pensando en reanudar su ópima y aventurera vida del mar, en pródiga ruta ha-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cia las costas de América, hacia las playas de Cuba, cuyo recuerdo le soplaba virilmente en el pecho, con una inefable emoción de riqueza y juventud.

Mas esta ilusión de blancas y tiernas alas presto desaparecía ante su impotencia actual. Sentíase achacoso, valetudinario, casi ciego, cuyo defecto disimulaba bajo la negra penumbra de unas gafas, que se iluminaban de rato en rato ante su inagotable buen humor en la soledad de aquel pueblo un tanto arisco y egoísta, perdido "tierra adentro", que veía en el amable forastero, con su leyenda de bravo marino, algo tan sorprendente como era un embajador fabuloso del agua azul y países extraños...

■

Así fueron pasando los meses de aquel interminable invierno en el que Don Miguel, buscó la compañía del alcalde, del médico y demás notabilidades del pueblo, para poder defenderse de las ideas extrañas que con harta frecuencia le asaltaban. En varias ocasiones deseó tener a su lado alguna persona íntima y comprensiva a quien comunicarle sus penas y desalientos. Encontrábase tan solo y envejecido, que su recuerdo, igual que una imploración, se volvió hacia la tierra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nativa en busca de noticias fortificantes y optimistas. Bien pronto supo que la mayoría de sus hijos habían emigrado. Unos para Méjico; otros para Cuba. La casa solariega había sido rematada por unos cuantos acreedores sin conciencia. Quizá fué entonces cuando sintió en lo más hondo del corazón un cruel remordimiento por la existencia pasada, que le hizo contemplar con horror todo cuanto tenía delante: El paisaje triste y señero, repetidamente exaltado por Francés, en cuyas lejanías las sierras de Portugal se recortaban precisas y fuertes, sobre un cielo tormentoso. Las casas polvorientas y miserables de adobes. Los labriegos rasurados y huraños. Más allá, la tierra ocre de Extremadura, extendiéndose siempre ante la vista desolada...

Por un fenómeno de ansiedad manifiesta creyó ver destacarse cierto día entre estas foscas y densas realidades las planicies azules del mar. El penacho indeciso de un trasatlántico que avanzaba hacia él... Se restregó los ojos por debajo de las gafas para borrar la estruendosa y bella visión, cuyas imaginarias espumas le azotaban el rostro calenturiento. Y aquella noche no fué al casino, lo mismo que tantas otras, a embrutecerse con el cura y el médico jugando unas cuantas partidas de " tute ".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La Tortuga

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La trajo a mi casa un pescador, ya muy próximo el sol de la montaña. Era encorvado, con la cara cobriza, enyodada por el mar. Los ojos chispeantes de agua salada y unas patillas blancas, hirsutas, que pendían temblorosas de sus gruesos maxilares.

— ¿ Dónde está ?

— En el muelle.

— ¿ Cuánto pides por ella ?

— Diez pesetas...

— ¿ Quieres siete ?

Se rascó la cabeza senil blanqueada de vejez y de salitre, meditó un instante, para luego, melosamente, mordiendo un halago, exclamar:

— Un caballero va a discutir dos pesetas.

— Bueno. Tráemela.

Bajó la escalera torpemente. Sus piernas zambas como las de un nuevo Rigoletto tenian la orfandad de su negro barquichuelo. Recordando la sutil observación del gran novelista valenciano, parecian contrarrestar en la verticalidad de la tierra el vaivén recién abandonado de las olas, que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mansamente se tendían en blancas floraciones sobre el borde pedregoso de la playa cercana...

■

Venía el viejo delante riendo, con su boca desdentada. Detrás, dos pilluelos anfibios de " El Callao ", sostenían por las asas una gran espuerta. Desbordándose de ella, el reptil mostraba su concha panda y verdosa como un escudo. Los brazos rudimentarios, igual que amarillentos muñones, forcejeaban en el aire lleno de sol y del estrépito infantil congregado alrededor del viejo marinero, que satisfecho de su hallazgo alababa la bondad de aquella viviente mercancía, asombrada sin duda de la curiosidad que inspiraba su presencia en aquel ambiente jamás por ella presentido.

— ¿ Podrá vivir en el estanque ?

— Ya lo creo. Siempre que le echen comida...

— Perfectamente. Tirarla en él.

Pagué al anciano con largueza el importe de su venta, estimulado mi amor propio por su halago socarrón... Y seriamente me puse a pensar en la salud y bienestar de la tortuga. Desde aquel momento, como suele ocurrir a la mayoría de los hombres, me había impuesto voluntariamente una preocupación más en mi vida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pasaron dos o tres semanas de constante jubileo al estanque. Venían chicos, hombres, mujeres a contemplar aquel animal achaparrado, que de tiempo en tiempo emergía pacientemente rompiendo con su enorme cuerpo el sereno cristal de las aguas para poder respirar con holgura. Tenía en sus ojos redondos la nostalgia nublada del mal azul, del mar atlante. Su recia caperuza tropezaba con demasiada frecuencia contra las paredes de su prisión letárgica y obscurecida por el légamo. Cada vez que sacaba la cabeza del agua, una ovación clamorosa de todos los rapazuelos de la vecindad la hacían bucear avergonzada, entristecida, con algo de resignación humana en la mirada. Mis amigos también fueron a verla. Unos me aconsejaron que me la comiese, ¡ oh, la sopa de tortuga !, otros, menos gastrónomos, me dijeron debía disecarla, los más opinaban que debía utilizar su concha para panoplia donde colgar mis armas. Todos, en fin, querían matarla. El instinto sanguinario de los hombres la condenaba inexorablemente. Sólo dependía de mi su vida. Yo encontraba en esta azás soberanía un goce inefable. Un gesto mío podía terminar para siempre con ella, ¿ qué hacer ? Los inquilinos del huerto se quejaban que el antipático animal

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

enturbiaba el agua, dándole un gusto salitroso que la inutilizaba para el consumo y la limpieza cotidiana. La hostilidad contra el pobre reptil crecía por momentos.

Hasta que una mañana...

Retozaba el mar entre las peñas tapizadas pomposamente de un musgo luminoso y suave, como los senos de una mujer. Hacia el naciente la luz matinal fingía alegóricos incendios siderales que contrastaban con la frescura olorosa del aire órtico, enardeciéndonos la sangre y haciéndonos sentir a pleno pulmón la bondad de la vida.

Me acordé de los pescadores de Galilea. El espíritu de uno de ellos, seguramente el de "Petrus", decidió sobre la suerte de la tortuga. Llamé a un criado:

— Saca a ese animal del estanque y avísame cuando esté fuera.

— ¿Hoy es el día de la sopa? — preguntó glotón, levantando hasta mí la mirada de sus ojos curiosos.

Sonreí enigmático.

— Luego lo sabrás...

Costó gran trabajo volverla a pescar. Se defendía heroicamente, presintiendo un fin desastroso. Con su cara amarillenta de "vieja colérica" se volvía airada contra los osados, que ya en el suelo querían tocarla, zaherirla, maltratarla como siempre en el estanque. Lentamente fueron llegando mis hijos, los vecinos y algunos madrugadores ambulantes.

Ordené que la tortuga fuera transportada a la playa. Todos la seguimos como en un entierro...

Ya junto al mar mandé soltarla.

Ante la vastedad del agua, roja por la luz de aquel ins-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tante, el animal quedó un momento deslumbrado, parecía no dar crédito a sus ojos saltones, licuados, agrandados en un desencajamiento de estupor. Si no fuera porque algunos lectores lo tomaran a risa yo diría que estaba llorando en silencio frente al recuerdo imponderable de su libertad perdida.

De pronto, obedeciendo a una reacción formidable de su instinto, avanzó hacia el agua nítida, divinamente espumosa en la rompiente. Se le veía bracear nerviosa en el aire, con sus muñones rugosos, impotentes, arrastrándose sobre las piedras infranqueables que urañas le cerraban el paso hacia el seno prodigioso del Océano, enjoyado de corales y madréporas. Ella, con el cuello levantado, oteaba angustiada el horizonte, temerosa de haberlo perdido, hasta que un golpe de mar la volcó, la sumió en cárceles de roca, varándola entre guijarros, haciéndola avanzar más luego, en supremo esfuerzo con vaivenes de patache o " tanque " de guerra, sobre el agrior de aquel martirio, ora seco, sin esperanza ; ora bullente, iluminado de espumas. Hasta que una ola zumbadora y grande la levantó violentamente sobre el cono de una marisma. Allí, haciendo equilibrios se mantuvo un instante con las nadaderas desplegadas en una violenta tensión que la hizo por fin caer al otro lado, sobre la onda libérrima del mar que se la tragó amorosamente.

Todos impulsados por un despierto y bárbaro atavismo quisieron lanzarse tras ella para aprisionarla de nuevo, cuya estela se fué desvaneciendo rápidamente en el gran misterio musical y salado del agua, " como una nube, como una sombra "...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y era curioso contemplar la desilusión animal de aquellas gentes lamentándose a gritos al borde de la playa de mi acto inexplicable y ridículo.

Decía uno:

— ¡Lástima de diez pesetas perdidas!

Agregaba otro:

— ¡Debía haberla matado!

Compungido exclamaba mi criado:

— ¡Ya se nos aguó la sopa!

Y así cada cual interpretaba sus sentimientos y egoísmos. Sólo mis hijos, inconscientemente, sin conocer aún, por fortuna, la dureza y la maldad del corazón de los hombres, reían y cantaban bajo el sol estival de la mañana, un himno glorioso a la libertad de mi tortuga...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El entierrito

A José León Santanach

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PORQUE aquella vida era una tragedia, una tragedia vulgar como tantas otras que se alimentan y crecen a costa del dolor de los hombres, sin que el mundo se entere nunca de ellas.

Así la existencia de Vallarino, viudo en pleno vigor de juventud, a cuestas con el negro fardo de recuerdos que le dejó la ausente, llevando delante de sus pasos trémulos y cautelosos cinco huérfanos cogiditos de la mano, que con los ojos espantados de tanta soledad se volvían de tiempo en tiempo a mirarle, a preguntarle en silencio: ¿por aquí, papá ?...

En esta forma transcurrieron cuatro años cansinos, fatigosos, de terribles luchas donde el corazón de Vallarino resistió heroicamente la prueba de su viudez inconsolable, austera, nimbada de una idealidad y un tan grande respeto a la muerta, que le hicieron desistir para siempre de un nuevo amor santificado. Su temperamento rebelde al método de las obligaciones caseras fué trabajosamente amoldándose a las terribles necesidades impuestas por el destino de tal manera, que poco a poco fué extendiéndose otra vez la tranquilidad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

natural en la casita muda, una tranquilidad inexpresiva y fría, como tienen las cosas inanimadas, pero prometedora piadosa de un resurgir lejano.

Hasta que un día, despierto el tumulto de su carne le hizo pecar gravemente abochornado y temeroso con una cándida y espléndida jovenzuela campesina. Durante algunos meses la conciencia desvelada le reconvino atrozmente, echándole en cara su infidelidad y falsía: ¿conque ese era su amor por ella?, ¿así borraba el tiempo todo lo que hay de divino y puro en la conciencia humana? Fragmentariamente recordó las palabras culminantes de la muerta, que como un presentimiento telepático dudaba de la sinceridad de su pasión, viendo en el porvenir lo que él no veía: "¡Ay, como si yo no te conociera! ¡Desgraciado del que se muere!"...

Lentamente fué realizándose el augurio. Al principio con remordimiento, refugiándose a veces para dignificarse en el tenue calor de los pequeños huérfanos, que empapados de estupor le miraban como siempre sin comprender aquella lucha paternal y dolorida. Más tarde, perdidos los escrúpulos, fué entregándose a aquel nuevo amor en una forma despiadada, casi con ensañamiento, por vengar los días de abstinencia y de martirio. Era algo así como la victoria de la materia exaltada sobre todas las finezas dilectas del espíritu.

De esta explosión pujante de vida nació otra vida en los anales del Registro Civil. El pudor social le negó la paternidad, en esa forma cobarde con que los hombres se enmascaran para engañarse mejor en la secular comedia de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

los prejuicios sociales. Vallarino, no obstante ser un adaptado a ellos, más bien por abulia que por egoismo, tuvo un gesto que consternó a las ridículas señoras pueblerinas al no negar sus auxilios a la sacrificada y verle repetirse elocuentemente una vez más como en el divino soneto de Shakespeare. Pero no se inmutó por eso. Impulsado inconscientemente por el deber de la sangre, asistió al alumbramiento primario de aquella mujer, casi púber todavía, colmándola de agasajos y atenciones en el repliegue de una cañada verdinegra, en cuyo fondo arenoso blanqueaba la casita humilde y achaparrada, elegida por los dos para el feliz acontecimiento.

Después de una noche de inquietud y anhelos en que la lluvia invernal golpeó con furia todas las puertas y ventanas, los brazos exangües de la vieja partera, mostráronle triunfantes un hermoso niño, blanco y glorioso en su desnudez nativa. El júbilo despertado por su aparición apagó hasta el sufrimiento de la madre, que con las entrañas desgarradas, contemplaba, tendida en el lecho, el fruto palpitante de sus dolores recientes. Muchas vecinas acudieron curiosas a verle, a charlar, a murmurar. Por efecto del viento, la mayoría venían arrebujadas en negros manteos. Todas al entrar decían lo mismo, como obedeciendo a una consigna secular que fuera amuleto o talismán salvador contra el maleficio y la brujería campesina :

— ¡ Jesús, qué ojos más hermosos tiene !
— ¡ Dios lo guarde !...
— ¡ Dios lo guarde !...
— ¡ Dios lo guarde !...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pero Dios no quiso guardarlo para este mundo, y se lo llevó una noche a los cinco días de haber nacido. El desgraciado parecía que deseaba quedarse más tiempo junto al tibio regazo de su madre. No marcharse tan pronto. Cuando la muerte lo estaba devorando "se quejaba lo mismo que un hombre", dirigiendo angustiosas miradas a todas partes como pidiendo auxilio, que no pudo prestársele porque hasta la medicina fué impotente para poder salvarle de la venganza inexorable de la herencia.

El padre se enteró de la gravedad, ya de vuelta a la población, por un telegrama urgente que llegó a su destino más tarde que nunca. Pedían en él un médico. Era como un grito mudo de angustia en la distancia. El niño estaba grave. Uno de los galenos lo encontró muy mal. El otro que fué a la mañana siguiente, sólo pudo certificar su muerte. Vallarino que le acompañaba, ante la noticia inesperada y brutal, quedó anonadado en medio de la carretera, mirando estúpidamente los medicamentos que a prevención llevaba en las manos.

— ¿A qué hora falleció? — preguntó al fin, por decir algo.

— Anoche a las nueve — contestó la dueña de la venta donde se había detenido el automóvil, cubierto de barro y jadeando...

— ¡Pobre, pobrecito! — exclamó sin mover los labios,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sintiendo como su dolor se deshacía en "llanto invisible y copioso", que sin mojarle los ojos esquivos le iba llenando lentamente el corazón hasta desbordarlo.

Luego oyó como si viniera de lejos la voz del médico:

— ¿Ya se llevaron el cadáver?

— No. Hace un rato bajaron a buscarlo.

Un largo silencio y una gran perplejidad siguieron a estas palabras de la ventera.

— Ahora no conviene ir allí. Ya, por desgracia, nada podemos hacerle. Luego vendremos a ver la madre — añadió resueltamente el doctor, arrastrando a Vallarino hacia el coche, que partió veloz, con dirección a Los Llanos, como tratando de evitar la visión luctuosa del triste espectáculo.

■

Pasadas unas cuantas horas, cuando ya no creían encontrarse al fúnebre convoy, emprendieron el viaje de regreso, acompañados de un familiar que había ido al pueblo a dar el aviso de la defunción del pequeñuelo, llevándole de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

paso al párroco la noticia de haber recibido el niño antes de morir las aguas liberadoras de manos de una anciana. Vallarino leyó emocionado el papel donde constaba el testimonio en la forma que se había verificado. Decía así, en gruesos caracteres de letra desigual y clara :

" ...después, vuelto boca abajo el niño, le derramé agua en su cabeza por tres veces, diciendo al mismo tiempo : Gonzalo, yo Ignacia Jerónimo Fernández, te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Rezando un credo al final. La que esto declara no va en persona a manifestarlo al señor cura, por vivir lejos de la iglesia, y encontrarse un poco enferma. "

Cuando levantó la vista de aquel documento cristiano, de una simplicidad conmovedora, tenía los ojos velados de lágrimas. Un vaho de dolor los empañaba, no dejándole distinguir bien el panorama iluminado por la luz poniente, por el sol vesperal, que envolvía los árboles, las peñas y hasta las yuntas bovinas en una gasa de oro, que dulcificaba el contorno abrupto de aquel descampado volcánico, guarnecido de musgos sangrientos y lavas milenarias.

De pronto, entre el ruido del motor, oyó una voz que decía :

— Ahí viene el entierro...

— ¿ Cómo ? ¿ Pero no había sido ya ?

— Por lo visto se ha retrasado...

En efecto, sobre la carretera húmeda y gris, allá en la lejanía, un pequeño grupo de personas avanzaba con lentitud, en dirección contraria a ellos. Rápidamente se agrandó, llegó, pasó junto a la " elástica " velocidad del automóvil.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Vallarino sólo tuvo tiempo de volver la cabeza para recoger en su retina dilatada la visión de aquel entierrito, pobre y silencioso, llevando por todo acompañamiento un campesino y cuatro niños que iban cargando el ataud. Después el exiguo cortejo se unió, se redujo más y más hasta perderse para siempre en un recodo del camino solitario...

En dicho instante el sentimiento de la paternidad se levantó más violento y vengador que nunca en el pecho de aquel hombre, cuya vida rota desde hacia muchos años, volvia a resquebrajarse ahora ante el derrumbamiento de una fugaz ilusión, mantenida al margen de la legalidad para poder compaginar de alguna forma el terrible vacio de su desolada existencia.

— ¿ Eh, doctor ?... ¡Qué contrastes ofrece la vida ! — dijo al fin. — Seguramente si fuera hijo legitimo llevaria un gran acompañamiento. Habria palabras de consuelo y numerosas tarjetas de pésame. Mas como es todo lo contrario, hasta para ir a la tierra tiene que hacerlo asi, solo y como avergonzado, el pobrecito

— ¡ Ya, ya ! ¡ Qué iniquidad, qué asco ! — respondió el aludido, con los ojos atentos, agarrado al volante del " Cleveland ", mientras oprimia el botón eléctrico de la bocina, cuyo sonido gutural y bronco tenia algo del rencor y la tristeza humana :

Grrrr... grrrrr... grrrrr...

En tanto el eco rebotando de monte en monte y de barranco en barranco, también llegaria a la casita baja de techumbre, como aplastada por el infortunio, donde la desgraciada madre herida y convulsa por las " siete espadas del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dolor ", formaría con sus pensamientos amorosos el único y verdadero cortejo del hijo de sus entrañas, que la terrible iniquidad social de los hombres y la misma cobardía irresoluta del padre, neciamente le negaba...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un caso de conciencia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HABÍA adquirido la costumbre desde hacía mucho tiempo. Madrugador empedernido, esperaba la salida del sol frente a mi rubio vaso de te ; — te con hortelana y torongil, — en la confianza de quien aguarda la llegada de un cordial y viejo amigo. Encantábame el preludio de su aparición. El horizonte, en la lejanía, lentamente, con esa lentitud solemne de los espectáculos grandiosos, se cubría de flores celestes, flores de las que suele prenderse Benjamín Jarnés en la solapa ; de " aéreas arquitecturas cubistas "; de "*monstruos siderales*", que los dedos invisibles de Dios modelaban a su antojo para luego de un manotazo destruirlo todo.

■

Me sorprendía casi siempre el sol metido ya en mi gallinero, rodeado por una multitud irreverente y osada, que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en cromático torbellino, esperaba de mi prodigalidad la oferta cotidiana, consistente en unos cuantos puñados de maíz, de oro vegetal, tirados al voleo. Muchos de ellos, perdido todo temor, me picoteaban el calzado, el pantalón. Otros, más remisos, quedaban alejados, contemplándome con la fijeza redonda de sus ojos; sangrientos algunos, amarillos los más, como si tuvieran incrustadas en sus retinas inmóviles, pedacitos de ámbar o rubíes.

Sentía un deleite especial, una fruición infantil y confortadora, al sumergirme en aquel ambiente tibio, rumoroso de alas, sonoro de cacareos, de gritos multiformes y siempre guturales donde los patos, los pollos, las gallinas y su progenie sedeña y piadora sabían en su convivir diario, en su medio social, comportarse con más tolerancia que los seres civilizados sin el prejuicio de sus castas, ni sus galas, apesar de que había algunas gallinas que por su selección y opulencia podían haber presumido tanto como esas pobres aristócratas de provincias, aferradas a través del tiempo y del espacio a la idea un poco extemporánea ya de las glorias de sus antepasados.

■

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Aparte de las palomas, de cándido aspecto y vuelo relampagueante, los pollos, era la clase de aves que más abundaban en mi corral. Claro es, que la mayoría eran de raza vulgar, de origen completamente plebeyo. Los había de todos los tipos y colores. Altos, airosos, con el penacho incipiente de su cresta, surgiéndoles del cráneo en roja floración. Otros, rechonchos, de amplias alas y patas cortas, que al andar se mecían sobre los muslos con cierta petulancia que causaba risa. Muchos, con sus gotas de lacre encendidas en los carrillos y sus grises vestimentas, evocaban el recuerdo de obesos padres franciscanos o viejos lobos de mar. En cambio, algunos, muy pocos, con sus cuellos ahilados, sus cabezas ralas y sus breves pechugas, tenían verdadero aspecto de pollos.

■

Todo marchó bien hasta que un día, en pleno gallinero, rodeado de aquellos seres inofensivos, bulliciosos y simpáticos, surgió involuntariamente en mi interior — de la misma forma que latimos por primera vez en el ovario de nuestra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

madre — la idea un poco extravagante y trágica de asociar imágenes insospechadas. Me explicaré, porque es bien sencillo y vale la pena.

La luz de la mañana avaloraba con tal deslumbramiento las ramas tiernas y las piedras afelpadas del huerto, que habia primavera hasta en los ojos verdes de mi criada. Cerré los mios. Al abrirlos de nuevo, todo aquel pequeño mundo de animales, que creyéndolo trigo, escarbaban sobre un rayo de sol desgranado en el suelo, tenía una brutal semejanza con los hombres. Especialmente la de los pollos, era absoluta con algunos de mis mejores amigos. Desde ese momento ya no pude sustraerme a esta idea rara y pertinaz. Cada vez que entraba en el corral la comparación surgía súbita, automática, inexorable: Aquel encarnado, presuntuoso, con cierta sonrisa amarga formada por la desgarradura de su pico datilado, era Ramírez. Aquel otro revoltoso, cacareador, con una mancha obscura bajo la nariz, igual que leve bozo, el hijo de Santos. Aquel de más allá, algo distraído, con la cabeza ladeada y la mirada perdida en las nubes, el ínclito Cristóbal. Y, así, cada uno, tenía su particularidad bien definida y contrastada.

De esa observación nació en mi espíritu, como en tantos otros, la consecuencia lógica y natural de si los pollos serían amigos disfrazados de animales o los amigos pollos disfrazados de personas. Metamorfosis ésta, que todavía no he podido poner en claro, a pesar de haberla consultado desde Aristófanes a Renato Marán. De todos modos, esa duda, fué la causa definitiva de que en mi cocina no se sacrificasen más aves del referido corral.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Mi familia, dándose cuenta de esta obsesión, de esta "mania", con un sentido práctico admirable, que después he comprendido, deshizo bruscamente el gallinero, enviando sus pobladores en pintoresca y escandalosa caravana a una de nuestras fincas del campo. Pasados varios meses los pollos cebados, irreconoscibles, fueron bajando a nuestra casa de la ciudad uno a uno, sin plumas, decapitados, oliendo a tomillo y ya listos y adobados para el horno o la cocción.

Unicamente así, sobrenadando en el jugo apetitoso de su propia salsa, sin siquiera quedar rastros de la personalidad de ninguno de ellos, pude ir comiéndomelos a todos, ¡a todos mis amigos!, ¡qué horror! Ser un perfecto canibal, sofocando de paso aquel escrúpulo de antropofagia, aquel instinto de projimidad, que era, en síntesis, un caso de conciencia en mi vida alegre, un poco extraña y sentimental.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El descubrimiento del doctor Kurmann

Escrito en honor de
Manuel Fernández Cabrera †

©Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La noticia estupenda, transcendental, inmensa, se propagó velozmente por el mundo. Un radiograma de Nauen la transmitió con lacónica sencillez al principio: "El doctor Kurmann, de la ciudad de Eisleben, había descubierto después de infinitos ensayos el "Ocama magnus", especie de gas cordial — todo lo contrario de los asfixiantes de cloro o los imaginarios de Poe — que mataba gloriosamente el bacilo de la tuberculosis".

Muchos de los médicos que leyeron el sensacional despacho, entre ellos mi amigo García Cáceres, hicieron un gesto de duda. Ya otras veces habían corrido por la prensa de Europa y América iguales o parecidos infundios. Desengáñese usted — me dijo con el periódico en la mano, agitándolo despectivamente en el aire — esto será igual que la cura de la lepra o el específico del cubano Huguet. Yo desconfío de esa clase de descubrimientos. Pero, en fin, no quiero defraudar sus esperanzas — y agregó, sonriéndose irónicamente — máxime, tratándose de la inventiva teutónica por la cual siente usted tan profunda admiración y simpatía.

— En este caso — le contesté certeramente — poco me

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

importaría la nacionalidad del que trajera a la farmacopea universal un tan gran lenitivo contra la muerte. En cuanto al pesimismo de usted, yo creo como muchos profanos en la materia, que alguna vez tiene que resolverse este arduo problema científico en iguales o parecidos términos que lo hicieron Jenner, Erlich, Rux, Pasteur y tantos otros...

— Sí. Es indudable — me interrumpió despidiéndose para acudir a la consulta de una mujer gravemente enferma — pero no olvide usted el fracaso clamoroso de todos esos inventores de ocasión que diariamente se asoman a las columnas de la prensa. Acordémonos sin ir más lejos de la "tulasa", la "tuberculina" y más recientemente de las vacunas "panautógenas" del licenciado Alcalde, de las que con tanta razón han dudado, según me dijo usted, hasta sus propios compañeros de arte, entre ellos nuestro muy ilustre y querido compatriota Manuel Fernández Cabrera.

■

Pasados unos cuantos días de la anterior entrevista los radiogramas alemanes ya fueron más explícitos y contundentes. El inmortal descubrimiento era un hecho indiscutible, pese a las dudas y negativas de mi culto y honorable amigo. Los más famosos especialistas del Imperio aceptaban como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

definitivo el empleo del gas " Ocama magnus " en combinación con el oxigeno y suministrado al paciente en forma de inhalaciones, mediante una disposición especial de ciertas escafandras de aluminio, parecidas a las de los buzos.

Con estos detalles el ansia de vivir se agigantó en todos los pechos minados por la terrible dolencia. De las cinco partes del globo las consultas angustiosas llegaban en los brazos invisibles de Hertz al seno resplandeciente de Berlín. La misma guerra habia momentáneamente apagado su horrisono estruendo para recoger en el aire la palabra muda y elocuente del inventor alemán. Era necesario que la ciencia medical de todos los pueblos supiera administrar el inagotable bálsamo, las nobles armas conque batir el terrible bacilo de Koch, que hacía del estómago, de los pulmones y hasta de los pobres huesos humanos su taimada madriguera de fiebre y de dolor.

Una vez más la muerte, pestilente y torpe, liberadora y grande, reculaba hacia los antros de la Estigia, perseguida de cerca por la lente exploradora y la retorta milagrosa. Las manos tísicas y ardientes de medio mundo se tendian otra vez, ¡ y en qué forma !, " hacia la tierra alemana ", hacia el doctor Kurmann, como pordioseándole unos cuantos años más de vida.

Pero la guerra, la guerra cruel, inhumana y brutal puso también su veto inexorable en este caso. Alemania estaba bloqueada y los países aliados creyendo la noticia un ardid más del enemigo para establecer la comunicación comercial con las naciones neutrales, desmintieron la gloriosa y fausta nueva, comentando irónicamente por medio de sus órganos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

oficiosos " la burda patraña, el grotesco infundio de los " boches ". La esperanza de importar los medicamentos y aparatos por Suiza también quedó descartada ante la declaración enérgica y rotunda del gobierno francés de " boycotear " todos los productos de manufactura germánica.

Así estaban las cosas, cuando un día mi entrañable y simpático amigo Julio Mendieta, llegó de su retiro entre pinos y lava a comunicarme, ahogado por la disnea, su desesperanza de no poder alcanzar el famoso invento con que cauterizar la morbosidad de sus pulmones. Había pensado en todos los medios posibles para importar aquel misterioso gas conque saturar su sangre, ya casi huérfana de glóbulos rojos. El ministro de Cuba en Madrid era un muy grande y servicial amigo suyo. Pero también la república antillana estaba en guerra con Alemania.

— Si se pudiera traer por medio de la balija diplomática de la embajada española en Berlín — me dijo temblando de emoción sin aguardar mi respuesta.

— Yo creo que lo mejor será esperar el resultado de las negociaciones entabladas hace un mes por el gobierno de Holanda — le contesté dudando del éxito de su ocurrencia.

— ¿ Pero tú no comprendes que mi estado es cada vez más grave, que esta enfermedad no admite espera, que las fiebres son continuas, que sólo me mantiene la esperanza de ese descubrimiento ?

— Comprendo de sobra lo muy razonable y justo de tu anhelo — le interrumpí con objeto de fortificar su ánimo — pero debo advertirte que son infundadas la mayoría de esas inquietudes y temores. Precisamente ayer me dijo el médico

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que tu estado general es mucho mejor, habiendo desaparecido ya por completo la opacidad de los pulmones. Sobre todo la del derecho...

El, haciendo que me creía, se despidió más tranquilo, prometiéndome volver pronto con objeto de cambiar impresiones de literatura y arte y traerme de paso varios trabajos suyos de un libro de poesías próximo a publicarse.

■

Enfrascado otra vez en mis diarias luchas y preocupaciones transcurrió mucho tiempo sin volver a ocuparme del mágico descubrimiento, hasta que un día el telégrafo comunicó la noticia de que los gobiernos de Inglaterra y Francia accediendo a las continuas demandas de los países neutrales y persuadidos de la bondad y eficacia del " Ocama magnus ", habían autorizado, libre de derechos y por motivos humanitarios, su franca exportación por las rutas viables de Suiza y Dinamarca.

Confieso francamente que mi alegría no tuvo límites y de quien primero me acordé fué de mi amigo Julio Mendieta, merecedor de esta clase de consideraciones por su gran corazón y clarísimo talento, que seguramente volvería a brillar ahora en cenáculos y torneos del saber, emancipado por fin de la espantosa amenaza de la muerte.

Vigorizado, pues, mi espíritu con esta visión de lucha y pujanza, aguardé impaciente el momento de ver por mis

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

propios ojos la realidad tangible del milagro hasta entonces irrealizable. En verdad que no se hizo esperar mucho tiempo, porque a las cinco o seis semanas se recibieron los aparatos y las instrucciones precisas para su manipulación.

Subí en el mismo automóvil del médico de Sanidad exterior, mi clarividente amigo don Francisco Borja. Durante nuestra amena y científica conversación me hizo grandes elogios del descubrimiento del doctor Kurmann, manifestándome era un sistema que se alejaba en absoluto hasta de sus similares las flúidas y poco conocidas inyecciones de hidrógeno para provocar el " pneumótorax artificial " o aquellas otras inmunizantes de Spengler...

Nunca como entonces hubiera querido tener alas para llegar rápidamente a la encantadora mansión del amigo dilecto. Allí, en aquel recodo, bajo los pinos piadosos, bañada por los vientos alisios rojeaba la alegre techumbre de la casita amable.

Al entrar en ella un escalofrío de emoción me sacudió la médula. La esposa, hasta hacía pocos meses tan arrogante y serena frente a todos los dolores estaba mustia, tronchada en su propia gentileza. Lo mismo le ocurría a su hermana Isabel, tan graciosamente ungida por los dioses en áticas sales y fino donaire.

— ¿ Qué pasa ? — le pregunté anhelante, sorprendido, sin darme exacta cuenta de la realidad de los hechos.

— Grave, muy grave — me contestó en un resto de su pristino valor, secos los ojos, nublada la frente, palpitante el casto seno.

El doctor no saludó, ni dijo nada...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

— Carlota, ¿ me hace usted el favor ? — ordenó imperativo, ya dentro de la habitación.

A su lado, y entre las luces vesperales, el practicante desembalaba el aparato misterioso y extraño, como un yelmo metálico del que pendía rojo tubo de goma, el cual se dividía en dos ramales por su parte media enchufando el primero en cierto inyectador de aire y el segundo en un cilindro pavonado — evocador dentro de su realidad de aquellos otros fantásticos del cuentista de Baltimore, — sobre cuya superficie lustrosa, leíanse fácilmente en blanco relieve las mágicas palabras :

Ocama Magnus

Y más abajo :

Patente 20.853. — Berlín

Yo, desde el dintel de la puerta, muy a la inversa del odontólogo Maracci, observaba todas las maniobras y preparativos del médico. Julio Mendieta, acostado en su lecho, bajo y nupcial, tenía los brazos sobre la colcha en una temblorosa laxitud de agonía. Parecían de trapo si no fuera por la expresión de sus manos enflaquecidas y amarillentas. Sus ojos espantosamente abiertos, miraban como queriendo hablar lo que la mordaza de la disnea no le dejaba decir. La cara de un gris terroso, ante la violencia de la luz artificial, tenía crudezas y sombras, que le hacían aparecer aún más demacrado sobre la plúmea nitidez de las almohadas.

— ¡ Julio ! ¡ Julio ! — gritó la mujer, fingiendo una alegría desusada y compasiva al mismo tiempo . — Ya está aquí la salvación, tu vida. ¡ Mira, mira qué cosa más rara. Dice el doctor, que después de esta sesión notarás una gran mejoría !

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El pobre Mendieta, espoleado por las palabras de su esposa y la sobrehumana esperanza que había alimentado día tras día en terrible lucha contra la muerte, se incorporó iluminado el rostro cadavérico por un trágico resplandor de inenarrable alegría. Por fin llegaba la salvación anhelada. Su inteligencia obscurecida por el pesimismo de la desesperanza se avivó más lozana y juvenil que nunca, negándose fieramente a sucumbir. Hasta la misma disnea que le atenazaba la garganta, cesó gradualmente, quizás debido al asombroso poder de la autosugestión.

Mas, de pronto, todos los allí reunidos notamos con terror que sus ojos, antes tan elocuentes y vivaces, quedaron fijos, cristalizados en un punto de la habitación, mientras el cuerpo se doblaba lentamente sobre las fuertes rótulas enflaquecidas. Carlota y el médico se abalazaron tremulantes hacia el moribundo para sujetarle la cabeza. Le inyectaron una ampolla de cafeína. Le friccionaron con éter el pecho botoneado de fuego, las sienes pálidas. Todo inútil. ¡La estupenda impresión de su cura y el ansia de vivir le habían matado, igual que a otros muchos infelices!...

En aquel supremo instante, sin poder moverme de mi sitio, esperé desesperado el grito lacerante y huído de la esposa. Algo, en fin, definitivamente abrumador y trágico. Pero nadie osó turbar aquel tremendo silencio en cuyos negros confines parecían oirse, entre los cantos de las olas, "los pasos cautelosos de la Intrusa, alejándose hacia lo desconocido."

De repente, resonaron unos sollozos roncos y viriles a mi espalda. Me volví todo asustado para ver de qué pecho

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

amical procedian. Pero no logré distinguir a nadie. Más tarde supe por casualidad fueron mis propios lamentos, que en un instante de exaltación y de inconsciencia me parecieron de un extraño, como en los dramas famosos de Benavente y Maeterlinck.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Zahoriña

A mi hermana María Luisa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

" Era necesario ir lejos, muy lejos a países grandes donde cada cual responda de sus acciones;...
¡ Lejos, muy lejos ! "

B. PÉREZ ARMAS.

No conocistéis a Zahoriña ?

Zahoriña fué en su mocedad piafante, llena de relinchos, dócil animal de piel lustrosa y cabos finos; tan finos, que imposible parecía pudiera sostener aquel cuerpo recio, sin vientre por lo recogido, donde Amor no había prestado ocasión de desgarrar la suave elasticidad de las curvas virginales. En su diminuta cabeza ardían las brasas de dos ojos inquietos, salvajes, luminosos, que se ocultaban por momentos, para reaparecer locuelos entre la rizada algarabía de intonso crinal. Diríase al verla sobre la roja corteza de las sementeras, recortada a contra luz en las auroras de estío, que se había escapado indómita de algún friso milenario de Atenas, para poder pastar en este jaro rastrojo aún plateado de luna y matinal rocío en pleno siglo veinte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Mas, para su definitiva desgracia, la libertad duróle bien poco entre febles saltos y cabriolas por los campos espaciados donde corrió su ingénua juventud, juventud que tuvo por techumbre el azul cobalto del firmamento y por valladar de sus andanzas los escarpados y terrazgos, junto con la zarca cadena de montañas, en cuyos tajos y barrancales las brumas por la noche nunca se ha descubierto, qué misteriosos dedos de brujas o hilanderas siempre las transforman, para velar castamente con sus tejidos aéreos, — igual que delgados tules de seda, — los amplios senos y el "zumo lácteo", maternal de Venus mitológica manchando el cielo.

Era una mañana de abril, cuando manos largas, señoriles, calzadas en alba gamuza, recorrieron su cuerpo tembloroso con cierto encantamiento inteligente. Ella, siempre contenta pero algo fatigada, después de veloz carrera en que el lazo del gañán pudo domeñarla, se dejaba filosóficamente acariciar. Las mismas extrañas manos le levantaron el belfo suave y calcularon sonriendo la edad ; luego, llenas de admiración supieron también la torda dulzura de la piel ceñida al hermoso cuello, para al fin reconocer calmosamente los músculos pectorales y las orejillas altivas, nerviosas, que durante la corta existencia tuvieron que recoger en aquellos descampados todo el vasto rumor de los encinares, el silvido del viento y ahora las palabras breves, condenatorias del que habíala reconocido tan ladinamente al exclamar con una frialdad aterradora : " Me quedo con ella ", para luego venir la eternidad de un instante que fué roto por ruido exótico, argentino ; y allí mismo, a la sombra de los propios bardales

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

la calma del mayordomo guardando en honda faltriquera el importe de la pobre Zahoriña; monetizada, convertida en discos de plata, como las redondas hojitas de los álamos, color aluminio, que ella más de una vez contempló caer en el agua dormida, cuando sedienta de ambular por la solana iba a refrescarse las fauces llenas de espuma a la misma alberca o escondido remanso, donde también hacianlo en tropel a la hora meridiana las majadas y cabreros.

Amanecido ya el siguiente día, pasó de la espléndida y bien oliente dehesa, empapada de sol y primavera, a tosco y reducido jaulón que traqueteó toda una tarde alejándola de los lugares nativos en rauda plataforma, perdiéndose en laberínticos túneles y llanadas que terminaron al llegar a desconocido y ruidoso paraje, en cuya gigantesca estación la esperaban dos hombres hercúleos, rasurados, — palafraneros o lacayos, — que le fueron revelando al poco tiempo nueva y desconocida existencia, llevándola durante varias semanas a plazas y picaderos, donde los cascos ahora herrados se le hundian en piso movedizo y blando, mientras el restallar de la fusta le dejaba con demasiada frecuencia sobre la grupa luciente, — muy digna de haber sido modelada por el cincel de Demetrios, — agudos zigzasgueos de dolor y desencanto. En esta forma disciplinada y constante transcurrieron para la desventurada Zahoriña los meses de aprendizaje y también los años, en los que el dueño, conde elegante y crapuloso, luciala con obstinación en paseos y grandes jiras cinegéticas de zorros y jabalíes al sonsonete gutural y cansino de "¡hop! ¡hop!"... "¡hop! ¡hop!"; hasta que una enfermedad inoportuna y cruel, empañóle sin

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

saberse el motivo la negrísima brasa del ojo izquierdo, nublándole brutalmente su bella magnificencia.

El amo, frívolo y poco sentimental, portóse sin embargo en este trance con digno desconsuelo, haciendo desfilar por la cuadra, lujosa y confortable, los veterinarios más renombrados de la comarca entera. Todo empero fué inútil. La córnea cada vez más empañada terminó por ser enorme bola, "cerúleo coágulo repulsivo ", que giraba tristemente en la órbita descarnada... ¿ qué hacer entonces ?... La egoista interrogación fué muy pronto puesta en claro y Zahoriña, la infeliz Zahoriña, de tumbo en tumbo mercenario, por coches de alquiler y vetustas diligencias, encontróse en noche inolvidable cerca de Francia, galopando en la sórdida pista de un circo pueblerino, manteniendo en su lomo flacucho y llagado la figulina esbelta de frágil niña bermeja, transparente; parecida a lámina de cristal, que dando saltos de inquieto pajarillo iba con su ágil cuerpo en volteretas desflorando grandes aros cubiertos de papel, que risible clown enharinado sacaba a su encuentro entre las ovaciones clamorosas de abigarrada y violenta muchedumbre.

Así, en plena y rotunda decadencia, nunca Zahoriña soñó ser tan feliz como bajo la dominación de esta virgencita, quitada de gótica hornacina, pálida y enferma, — flor norteña de farándula, — que entregada por completo a cuidar del animal, pasábase las horas de abulia y desamparo, dándole de comer en vez de pajiza ración o verdes forrages, dulces besos y tiernas golosinas, en tanto le murmuraba agradecida : " Pobrecita mi tuerta ... ¡Cuán buena es !... Cómo refrena la marcha cuando doy los saltos mortales. " Y no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

conforme con la elocuente explosión de su cariño a pesar de todo optimista, infantil, nada de austero, trenzábale en desteñidos cintajos multicolores el irreconocible y mustio crinal que sucio y enmarañado pendiale del cuello. Este fué el único y grande amor que le brindaron los hombres a la desdichada Zahoriña. Por eso, cuando pasados algunos días fué notando que la gentil compañera ya no se llegaba a obsequiarla bajo el soleado y viejo toldo que le servía de cuadra, ni tampoco la utilizaban como siempre en aquel circo grotesco en el que la demás tropa bohemia lucía sus habilidades espoleada por el hambre, sintió que algo doloroso, definitivo, se le derrumbaba en lo más oculto, aplastándole el corazón. Una tarde sin embargo, comprendió de súbito, bruscamente tan inesperada y terrible ausencia. Lejanos cánticos religiosos, que se iban aproximando, le hicieron volver la cara y su único ojo vió estrecho y pequeño ataúd pintado de blanco, perdiéndose en el largor de la polvorienta y solitaria calleja del pueblo. Después el clown llorando. Nadie en esta ocasión osó reirse de él. Más atrás los reducidos saltimbanquis seguían el cortejo, llevando algunos en las bocas apretadas un rictus de amargura. Luego... nada. Zahoriña entonces, dando quejumbrosos relinchos de angustiosa orfandad, desplomó la deforme cabeza contra los tepes del vacío pesebre, queriendo morir... ¡más le hubiera valido! por que después de algún tiempo de ayuno y abandono en que la famosa " troupe " fué por el payaso licenciada, llegó borracha y cínica turba vocinglera, que a fuerza de tremendos cintarazos y casi llevándola arrastras, pudo lograr remolcarla hasta cierto y hórrido paraje

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

denominado " Puerta del Diablo ", donde bajo el misterio plomizo de la calina costera el mar bramaba no se sabe bien qué ronca melopea de odios y venganzas en el constante torbellino de sus olas pujantes, espumosas, abismales...

Ya en aquellas alturas mondas y desoladas, el más fornido y rudo de los gañanes, jadeando aún por la subida albicante de las " fugas " y repechos, les gritó a los compañeros señalando la resignada bestia toda sudada y cubierta de sangre : "Acabemos de una vez antes que llegue la noche ". La ronca y autoritaria voz del que habló no tardó mucho en ser obedecida y la caterva infame fué reconcentrando sus brios contra un flanco de la yegua indefensa, bajo cuya cenicienta pelambre los costillares se curvaban al compás de la respiración lamentable y fatigosa. Así fueron aproximándola al borde del acantilado escalofriante, vertiginoso, cortado al sesgo, donde un desgarrón de niebla, enredado en mustios matojos marinos, cubría la otra mitad profunda, insondable del despeñadero. Las risas alcohólicas y lelas de los aldeanos sucedíanse entre palabras groseras y chistes de baja ralea a medida que la bestia ya falta de fuerzas y recibiendo pinchazos en los hijares se iba más y más acercando al fin de la tremenda jornada. Pero cuando por un instinto natural de conservación a la vida, comprendió de repente, — lo mismo que la mujer D'Annunziana en " El Triunfo de la Muerte ", — lo que con ella trataban de hacer, hubo en su esquelética armazón tan terrible cambio de energías, que los mismos despreciables torturadores retrocedieron espantados. No era pánico a la víctima por sus coces ni embestidas, puesto que los años y el hambre no prestábanle arrestos para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ello, sino a la imponente y ciega mirada de su ojo reventado, blancuzco, monstruoso, que a pesar de no tener luz todo lo decia, al resoplar de sus rojas narices anhelantes, al tremor de los lastimeros relinchos imploradores de piedad para una vejez acuciada por el hambre y el sufrir, después de tantos trabajos y golpes recibidos...

Repuestos de la rara impresión, trataban los cobardes asesinos de darle la miserable y postrer acometida, cuando sin poder explicárselo bien, logró el animal escapar milagrosamente del martirio de sus garras buidas, en un rebelde salto montaraz, supremo, que la hizo ir rodando un buen trecho sobre espinos y zarzales, para rehacerse un momento y volver a caer cuan larga era, hasta llegar dando vueltas a libres extensiones cubiertas de frondosos olivares, cuyas gayas planicies devoró con toda la ligereza que le facilitaba el espanto, el miedo loco a poder verse otra vez envuelta en aquella nube de rufianes, que estelábanle en un horrisono aluvión de piedras la desenfrenada y vagorosa huida. " ¡ Zahoriña !... ¡ Zahoriña ! "... chilló en su éxodo terrible, alucinante, una voz salvadora y demasiado familiar para no serle en el acto conocida. " ¡ Pobruca, pobruca la tuerta !... Perdóname la crueldad de mi abandono. Torturas más grandes, que solo mitiga el llanto, hiciéronme olvidarte al marchar de ese villorrio "... Deciala poco después el dueño, palpándola con inflamado amor y llevándola cogida del ronzal, ignorante de todo lo pasado. " Mi nieta que tanto te queria, velará por nuestra suerte desde la gloria infinita de los cielos "... El único ojo de la potranca, ante la evocación de la muerta inolvidable,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

miraba licuado y grotesco la faz del titiritero regada de lágrimas.

En la distancia nublada, veíanse las cumbres sólidas y negras, que parecían acercarse en un "galopar apocalíptico de montañas". El véspero llovía su luz de sangre en el sendero gris, interminable, atristado como una evocación magnífica de " Los Cipreses " de Carducci. La borracha turba aullaba todavía tras la fugitiva, arrepentida quizás de haberla dejado escapar, pero Zahoriña y el clown no la oían ya. Sus cuerpos nómadas hacía rato perdidos en las arrugas del huraño paisaje, habían penetrado en los umbrales de la noche iluminada de estrellas, camino de la frontera, a cuyo amparo los hombres respetasen el dolor y amasen los animales y no fueran cucos lobeznos como estos otros, abandonados para la civilización y la verdadera vida en el regazo ancestral de una montaña.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La única ilusión

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

SIEMPRE las veía afanosas sobre el bordado y las labores, que según los periodiquitos locales tanto contingente aportan a la tuberculosis. Indudablemente trabajaban día y noche como laboriosas y fecundas abejas. Este símil tan vulgar y conocido me lo sugería, a más del constante trabajo de aquellas mujeres, la disposición de sus ventanas y visillos. Eran hojas en forma de celosías por cuyas celdillas se escapaba la luz de la lámpara familiar, que tanto amó Verlaine, como hilillos de miel ambarina. Muchas veces al volver de mis paseos nocturnos, a las altas horas, todavía ardían con puntos rojizos los esterillados de las ventanas. Trabajaban, trabajaban con un tesón digno de las mayores alabanzas. Muy bien podía decirse de estas tres hermanas, que la aguja y ellas eran algo íntimo e inseparable. Por eso, al encontrarlas en el " cine " o " La Alameda ", su presencia me llenaba de un profundo estupor y mentalmente les preguntaba al pasar : ¿ Y la aguja ? Mi fantasía no podía acomodarse a la idea de verlas en plena holganza, ni aún siquiera los domingos. Me causaba tal asueto la misma sensación que un vaso vacío, que un anafe sin lumbre, que un jarrón

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sin flores. Mas esto duraba muy corto tiempo, porque a las pocas horas el grupo inalterable y laborioso seguía otra vez envejeciendo alrededor de la mesa, con la aguja en la mano, dale que dale.

Una noche me extrañó no ver al hermano en la habitación contigua, pasando, según costumbre, al libro " Diario " las ventas y contrataciones, verificadas en su establecimiento de la " calle real ", donde se pignoraban en deliciosa confusión, ingeniosos juguetes alemanes, zapatitos de mujer, coronas fúnebres y rojas maletas de emigrantes. Así transcurrió una semana o quizá más. Este nimio detalle no lo recuerdo. Sólo sé que una tarde, ya obscurecido, la puerta principal cerró media hoja y un grupo de hombres silenciosos se estacionó en la calle. Por las celdillas de las celosías volví a ver, como siempre, los hilillos de luz, pero ahora más débiles en parangón con el resplandor amarillento que se filtraba por las rendijas del cuarto de él. De repente las ventanas de su habitación se abrieron apareciendo ante mis ojos atónitos su cuerpo amortajado con el negro terno de los días de fiesta, entre cuatro cirios humeantes, que hacían resaltar aún más, si cabe, la estrechez de su camita blanca de soltero, donde nunca pernoctó el amor.

No pudiendo resistir aquel espectáculo impresionante, apesar de lo traído y llevado, abandoné mi observatorio en busca de mis hijos, que gritaban y reían en el fondo de la casa, junto a la amplia galería que mira al mar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Han transcurrido varios meses y mis vecinas, después de un prolongado encierro, parece que vuelven al rudo batallar por la vida. La luz delatora de sus trabajos y desvelos empieza a brillar temerosa con mortecinos reflejos de convalecencia. Sólo el cuarto del muerto permanece herméticamente cerrado. A veces me imagino que las hojas de las ventanas van a entreabrirse para dejarle asomar su cara enflaquecida y atormentada por la disnea, que va a inclinarse para ver quien pasa, que sonriendo va a saludarme como tenía por costumbre todas las mañanas, haciéndome observar a veces el caso insólito de hombres hablando solos por la calle o de viejas ariscas deslizándose por las aceras empedradas, igual que hambrientas "cucas" monstruosas. Pero cualquier voz callejera rompe mi encantamiento para volverme a la terrible realidad, que me muestra como una prueba irrecusable las ventanas lapidadas y el dolor tras ellas. Unicamente las celdillas de las celosías contiguas tienen algo así como un parpadeo de ojos fraternales y humanos, que cansados de llorar por el ausente, se dispusieran otra vez a luchar contra el destino en una forma tenaz, elocuente y callada...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Reintegrada

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PESADILLA?

— No.

— ¿ Felicidad perdida ?

— Sí.

— ¡ Ah !...

. . . . . .

Se pasó las manos por los ojos. Por sus grandes ojos asustados al contemplar la isla ya casi disuelta en las sombras de la noche. Pero aún pudo distinguir a través de la niebla salada prendida en sus pestañas el lucerío mortecino de la pequeña ciudad flotando sobre el Atlántico como un enjambre desorientado que se elevaba y descendía suavemente.

La motonave blanca y veloz, alargaba sus faros de situación tiñendo de dos colores el agua densa, sin un rizo de aire, sin un encrespamiento de espumas, mientras del entrepuente iluminado llegaba hasta sus oídos el rumor de los pasajeros privilegiados que hacían aún más doloroso el desamparo de aquella nueva vida, iniciada bruscamente después de unos cuantos años de ventura.

¿ Su historia ?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Bah! La de siempre. La historia repetida de todas las que nacieron con el mismo sino: trabajar, sufrir, llorar... Después un brazo robusto que las levanta, que las defiende contra todos los prejuicios y todas las infamias. En una palabra, el hombre dignificando la obra miserable del macho. El sentimiento hiperviril subsanando los destrozos del bosquimano.

Así pasaron muchos días, días azules, días rojos, días verdes, días grises. Toda la gama, toda la paleta irisada conque la naturaleza solía pintar la islita feliz y famosa en su vida letárgica, con sus calles desiertas, orilladas de yerba, desveladas a veces bajo el campaneo de la negra y triste torre inacabada, convocando a las beatas, a las hermandades, a los adoradores nocturnos.

Mas he aquí, que uno de esos días, — quizás el gris —, la intransigencia de los moralistas se fijó en aquella humilde felicidad, casi oculta entre hojas y flores de una espiritual primavera. ¡Qué descaro! ¡Qué vergüenza! No podía tolerarse tamaña ofensa al pudor de los demás. Se aunaron todos y se esgrimieron todas las armas para reintegrar a sus respectivos destinos a aquellas dos pobres vidas descarriadas. Desde la crítica acerba, mordiente en las reuniones de varias familias linajudas, que aunque acéfalas, eran muy virtuosas, hasta los procedimientos inquisitoriales del siglo XVI. Esto es, la denuncia, el anónimo, el espionaje, la visita solapada, sin olvidar también el vacío de algunos que se llamaban "liberales", "avanzados", y sólo eran hipócritas pordioseros en los zaguanes heráldicos de un más ilustre apellido.

Claro, que ante este ambiente enrarecido por el polvo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

amarillo de los siglos y el aislamiento del mar, era muy difícil sustraerse a la " ley tiránica " de la tradición y las costumbres. Eso le ocurrió a nuestro héroe. Héroe al "revés", naturalmente, pues no hay que olvidar que las virtudes humanas dejan de serlo cuando por cualquier mezquina causa pasan del corazón a los convencionalismos sociales.

La ruptura elaborada inconscientemente, afloró cierta tarde inevitable y violenta. Creyéndola ella un arrebato pasajero no le prestó gran atención al principio. Pero cuando se dió cuenta de su terrible certeza, su congoja no tuvo límites. Con ágil clarividencia de mujer, midió en aquel instante, — instante definitivo, — el abismo que la piqueta social había abierto a sus pies. Hipante, de rodillas, se abrazó a las piernas del hombre amado. Suplicaba piedad. No para ella, que al fin y a la postre trabajaría como antes, sufriría como antes de conocerle, si no para el hijo irresponsable de los dos, que pálido, morenito, con la cabeza rapada, esperaba allí, acobardado, sin comprender, el fallo inexorable de su vida.

De repente la sacó de aquella baraunda de recuerdos dolorosos la voz de uno de los contramaestres de la motonave, invitándola a bajar a la cámara de su clase. Al reconocerle se estremeció de espanto. Era el mismo tipo antipático, cuadragenario y ojizarco que la había perseguido al embarcar, colmándola de arrumacos y piropos groseros. Ante su soledad y silencio se acrecentó el deseo innoble del intruso, cuya hazaña premeditada le hizo avanzar y caer sobre ella inopinadamente. Asombrada, notó un vaho apestoso a tabaco virginio sobre la frialdad angustiada de su boca. Quiso despertar al pequeño que dormía a su vera; gritar,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pedir auxilio pero las nauseas del mareo le atenazaron la garganta. Sin darse exacta cuenta de aquel súbito asalto a su pudor se vió aupada, ajada brutalmente en la trágica indiferencia de su desamparo, amenizado por un torbellino jadeante de palabras y suspiros.

Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, pudo rechazarlo lejos de si. Atolondrada, sin poder explicarse los motivos del cobarde ultraje, empezó a llorar abrazada a su hijo, que seguia durmiendo.

Era un llanto tan angustiado, tan lastimero, que el mismo contramaestre, enternecido, exclamó para consolarla; mientras se perdia en las penumbras del barco :

— ¡ "Amos", mujer. No te aflijas así. Cualquiera diría que soy el primero !

Pero ella, desoyendo el brutal consuelo, seguia llorando, llorando sobre la cara inocente del hijo adorado.

Lejos, en el horizonte, un negro aguacero enturbió la fosforescencia misteriosa del mar. Las olas empezaron a encresparse. Arreciaba el viento.

. . . . . .

— ¿ Pesadilla ?
— No.
— ¿ Felicidad perdida ?
— Si.
— ¿ Perdida para siempre ?
— ¡ Para nunca jamás !
— ¡ Ah !...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Unos pasos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TODAS las noches hacían lo mismo: De la mesa a la cama. El invierno con sus aguaceros repentinos, cerrados, pertinaces, obligábales a una perpetua reclusión.

El marido, alguna que otra vez, de sobremesa, leía las últimas noticias de la prensa: Atropellos, crímenes y demás vanalidades cotidianas, que era el único interés que para la simpleza de aquel anciano matrimonio guardaban las hojas volanderas.

La esposa de cara bermeja, rubicunda, con las manos entrelazadas sobre el vientre, oía aquellos relatos inacabables y vulgares con cierta torpeza somnolienta, que ella pugnaba por disimular manteniendo los ojos húmedos, "de noble animal", muy abiertos, hasta que una cabezada irreverente haciale comprender al marido que la lectura para su cara mitad había virtualmente terminado.

— ¿Pero ya estás durmiendo? — gritábale iracundo, contemplándola con rencor por encima del aro grueso y desmesurado de sus gafas de présbita.

Ella, ante la reconvención del marido, haciendo un sobrehumano esfuerzo, levantaba los párpados fofos, sonriendo dócilmente como implorándole un poco de benevolencia.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

— Bien, bien. Vamos a la cama. ¡Qué mujer! ¡Qué marmota! — agregaba el esposo tirando el periódico y apurando el último sorbo de manzanilla de la taza para más luego dirigirse hacia la alcoba, dispuesto como siempre al sacrificio impuesto por aquellas noches de niebla y frío que le impedían la acostumbrada tertulia con otros funcionarios jubilados — don Rosendo, don Agapito y don Fermín — en el desierto café de la esquina.

■

Un profundo silencio llenaba la calle anegando las viviendas y metiéndose por los escondrijos y recovecos de los más recónditos lugares. Oíase perfectamente en esta quietud la marcha de las horas, el "tic-tac" de los relojes en su movimiento isócrono, desesperante; interminable para el que vigila y vela.

De pronto en la obscuridad de la alcoba crugió un mimbre. Luego se ensanchó más el silencio para al poco rato volver a quejarse el mueble. Ahora fué su crujido como si una delgada sombra se sentara con cautela.

A todo esto el matrimonio seguía durmiendo tranquilamente, sosegadamente...

— ¡Paco! ¡Paco! — gritó ella de improviso en voz

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

baja, junto al oído del marido, pegándose a su espalda peluda, llena de espanto.

— ¡¡Paco!! — repitió con voz desgarrada, sacudiéndolo.

Por fin despertó él ruidosamente, con la garganta seca, malhumorado...

— ¿Qué te ocurre?

— ¿No oyes?

El silencio volvió a inundarlo todo, haciendo aún más densa la negrura de la habitación poblada de miedo.

Al principio no percibió nada. Pasado un momento la piel se le erizó y un latigazo helado le culebreó por la médula haciéndole pensar en su vieja pistola.

Unos pasos descalzos se aproximaban con lentitud, se detenían un instante para luego seguir avanzando. Ya llegaban...

Fuera, un grillo desvelado, ensayó tímidamente sus élitros enmudeciendo bruscamente.

— ¿Oyes? — insistió la mujer temblando, mordiendo con los dientes la pregunta angustiosa, bajo el cobertor de la sábana.

— ¡Si! ¡Calla!...

Pero la infeliz, acostumbrada toda su vida a obedecer no pudo callar. Un alarido desgarrado, agudo al principio; roto, borboteante, inenarrable al final, hizo al marido sentarse de un salto en la cama.

Instintivamente, maquinalmente extendió sus brazos para ampararla, para defenderla.

En una explosión postrera de sus nervios apretó el botón

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

del conmutador. Creyó ser víctima de una pesadilla espantosa. La ampolla eléctrica bañó con cruda claridad la horrible escena.

Allí estaba ella con el pelo gris, suelto, viscoso. La cabeza colgando sobre el borde del sommier; semidegollada. Un gran charco de sangre, humeante aun, indicaba hacia la puerta las huellas rojas, leves, de unos pies que huían y los flecos pardos, de una bufanda que flotó un instante.

El esposo, galvanizado, más viejo que nunca, blanco de espanto, sin atreverse a perseguir la sombra asesina, ni siquiera a mirar el cadáver, fijó sus ojos sin gafas, torpes, desorbitados en las huellas sangrientas.

Y como un idiota, sin despegar los labios, mentalmente, mudo de horror, empezó a contarlas:

una,
dos,
tres,
cuatro...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El reconocimiento

A Cristóbal García Cáceres

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

GOLPEÓ con los nudillos sobre el mármol de la mesa y añadió :

— Tengo la certeza. Mil veces he intentado detenerle a usted. Llamarle por su nombre. Mejor dicho por el nombre de entonces.

— Ya ve usted como le he ahorrado esa molestia al reconocerle yo también a usted.

— Pero es el caso ...

Volvió a golpear con los nudillos sobre el mármol de la mesa, fuertemente, como si le costara trabajo expresar aquel vaivén de recuerdos que bullían en su cerebro. En su sustancia. Más hondo. Allá, en las tinieblas de la subconsciencia.

— Verá usted qué cosa más extraña. Yo lo reconocí a usted no por sus rasgos fisonómicos, claro está, ni por su presencia, ni aún siquiera por ese aire inalterable que nos circunda, a pesar de las transformaciones de la vida y del tiempo.

— ¿ Entonces ?...

— Le reconocí a usted, no se ría de la estupidez tan enorme que voy a decirle, le reconocí por su aura, más cla-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ramente por el flúido de su ectoplasma. El mismo flúido que tenia usted en esta ciudad, hace muchos años la noche de nuestro conocimiento en la embajada de España.

— De la que yo era primer secretario.

— Exacto.

— Otro detalle para mayor autenticidad ...

— Ya sé a lo que se va usted a referir. Sin duda a lady Smit.

— Cierto. Aquella señora de piel de salmón, pupilas estriadas de oro y blanca peluca, como una cortesana del Rey Sol. Ampulosa en su magnífico traje de Corte.

— Ve usted como no hay truco, como no puede haber superchería en nuestra extraña aventura.

— A pesar de todo, no negará usted que es rarísimo lo que nos sucede. Usted no ha estado jamás en España, ni yo tampoco. Sin embargo coincidimos en hechos y acontecimientos en una forma tan verídica que no admite réplica. Las personas y paisajes de aquel país se proyectan en nuestra mente con tal identidad de luz y colorido que es imposible la más ligera duda.

— Sólo un detalle me intriga extraordinariamente — agregó su interlocutor golpeando por centésima vez con los nudillos sobre el mármol de la mesa, haciendo oscilar las copas.

— ¿El qué? ¡Dígalo pronto!

Suplicó el amigo alargando su cuello flaco en una interrogación de la cuerdas vocales, en tanto su mirada atravesando la mampara de cristales del "Bar" se perdía en la calle brumosa por cuyos andenes pasaban rápidamente los transeuntes, esfumados como sombras ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Que usted no era moreno, ni tenía aspecto enfermizo, ni yo era rubio, ni cojo. Además, éramos españoles y no ingleses como ahora.

— Es para volverse loco. ¿ Y cómo explicarse este extraño contraste ?

— Amigo mio, cálmese usted. No se exalte. El caso aunque extraordinario bien vale la pena de ser admitido en los límites de la razón humana, muchas cosas raras de antes, inexplicables, se explican ahora con gran sencillez.

— Nuestro caso, entonces...

— Sí. Es posible dentro de las leyes universales que aún están por conocerse. Estoy convencido de que nuestro encuentro servirá algún día de base para el esclarecimiento de infinitos fenómenos que al parecer duermen en el misterio y que ya Richet ha empezado a clasificarlos científicamente.

— Luego usted y yo...

— Somos dos muertos que hemos alquilado estas envolturas para seguir ¿ usted sabe hasta dónde ?

— Yo nó...

— Pues yo tampoco. En esto estamos a la altura de la " Santa Biblia ". Pero tenemos un mérito sobre todos los hombres : Recordar otra vida, otra existencia pasada valiéndonos de la subconsciencia y de la energía suprasensible de nuestras almas, que siempre serán las mismas.

Se miraron otra vez largamente, profundamente y el último que había hablado encendió su pipa de palo de rosa y después dió dos sonoras palmadas.

Transcurridos unos instantes apareció el camarero con

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

su fraque raido y su cara sonriente, bonachona de viejo comprensivo y servicial.

— ¿ Llamaban los señores ?

— Sí. Traiga más " whisky ".

— Usted perdone, pero...

— Calle usted, que para lograr con plenitud estas especulaciones del misterio, del más allá, según los escritores y fisiólogos lo mejor es estar borrachos, completamente borrachos, a horcajadas sobre un " Caballo Blanco ".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Bajo el mismo techo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

" Los hijos nacidos fuera del matrimonio deberían tener los mismos derechos que los hijos legítimos ".

LUIS GENEST.

(De la Facultad de Paris).

PASÓ sobre el bochorno de la hora como una divina anunciación de frescura.

La enorme carga verde ponía sobre su frente tostada por el sol un cerquillo irregular de " helecheras " que cerniendo la luz llovediza proyectó sobre el rostro picaresco una zarca penumbra, bajo cuyo delicioso misterio centelleaba la humedad de sus ojos y la albura convexa de su risa rumorosa, que entre aquella fronda arbitraria daba la sensación de una gruta viva, manando agua de optimismo en medio del sopor estival del dia donde una vez más la cigarra metálica de Cloe intentó sin conseguirlo humedecer su agrio aguijón en las blancas y suaves pomas de la vida.

Sus pantorrillas enfundadas en finas medias de polvo eran las cariátides morenas, los soportes armoniosos de aquel tesoro elástico y grácil, orlando de encajes de verdu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ra su paso rítmico y sereno, camino del pajero cercano en cuyo interior vetusto y fragante de heno sus brazos piadosos ofrecieron ópimo y mullido lecho al recental de oro de sus sueños, que ya impaciente y a la puerta del establo esperaba su regreso.

Así la vió cruzar muchas veces junto a su casa de campo Felipe Ariza reanimando tan amable presencia el rescoldo de su juventud, hasta que un día el destino, pródigo en esta ocasión, le brindó la oportunidad de atraparla en esa sutil y recia malla de apretada urdimbre, mil veces más peligrosa para la mujer que las flechas de Eros, puesto que éstas dejan intactas a las víctimas si no las hiere en el corazón, en tanto aquellos tejidos emponzoñan para siempre a la elegida, mustiando de pronto todas sus ilusiones.

Tal le ocurrió a Elvira, que paladeando aún las mieles del encuentro insospechado, no se dió cuenta de la terrible verdad, a pesar del ardor de sus entrañas y la pronunciada palidez de sus mejillas, antes tersas y rosadas en la plenitud de su virginidad fuerte y sana, cuando erguida sobre los propios flancos, cualquier violenta tensión dejaba entrever a ras de la encendida faldilla el mórbido arranque de los muslos de fugaz blancura, frente a la atónita mirada de algún zagal adolescente.

Pero la realidad se impuso bien pronto con todas sus crueles consecuencias ensombreciendo para siempre los limitados horizontes de aquella modesta hacienda encuadrada por maizales y piteras. Los trastornos fisiológicos de la muchacha, su completa inapetencia y más que nada la notable alteración de su carácter, llegaron a preocupar tan seriamen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te a sus padres que resolvieron consultar enseguida con un médico. Cuando éste después de reconocerla oyó la explicación de los sintomas que desde hacia pocos meses tenía Elvira, sonrió socarrón y comprensivo: No te aflijas, muchacha. Eso no es del estómago.

— ¿Entonces? — interrogó el padre, con marcada inquietud, muy lejos de poder interpretar la sonrisa maliciosa del doctor.

La madre, más intuitiva, con una terrible sospecha bailándole en el alma, intervino rápida con objeto de que el médico no consumara su indiscreción.

— Bien, don Agustín, otro dia vendremos con más calma.

Y añadió con una súplica encaramada en los turbios ojos espantados:

—No diga usted más. Por lo visto, esta niña ha heredado los mismos alifafes que yo padecia antes de casarme.

— Es probable — contestó tolerante y compasivo el buen doctor, acompañándoles hasta la salida del despacho.

Doña Tomasa, aprovechando los instantes en que su marido se habia detenido para abonar el importe de la consulta, agarrándose trémulante del brazo de su hija la arrastró hasta el fondo del zaguán, mientras le gritaba en voz baja, junto al oido:

— ¿Quién fué ese miserable que nos ha deshonrado? Dímelo ahora mismo. ¿Quién fué ese canalla?

Elvira, ante la pregunta inopinada y brutal, se refugió sollozando en el pecho de la madre sin fuerzas en las piernas para sostenerse, ni alientos en la garganta para contestarle.

El padre, al contemplar el grupo doloroso de las dos mu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

jeres se detuvo perplejo en el último peldaño de la escalera para exclamar con la torpeza secular que le caracterizaba y fué siempre el más seguro freno a sus fieros arrebatos.

— Pues señor, si que va resultando un poco rara la enfermedad de esta muchacha...

■

Felipe Ariza, epicúreo y "cuarentón", era el prototipo humanizado de la audacia y simpatía. Conocidísimo en los más recónditos recovecos de la ciudad, su figura había adquirido con el transcurso del tiempo ese prestigio admirable, sólo reservado a los hombres representativos, a esa clase de hombres, que a pesar de la grisura de sus cabellos, jamás envejecen, por la sencilla razón de que sus pensamientos, su ideología y hasta quizá su rostro enjuto y rasurado nacen de nuevo cada día. De ahí que al encontrarle algún conocido, después de prolongada ausencia, su exclamación invariable era la misma de todos : ¡ Caramba, amigo Ariza, usted cada vez más joven ! ¡ Lo contrario del resto de los mortales ! Ante la lindeza indulgente del amigo, nuestro héroe sonreía, sabiendo de sobra que como los demás era un tributario de la ley inexorable y eterna. Sin embargo, sea por tempera-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mento o por su salud, perfectamente equilibrada, es el caso que Ariza resistía el asalto de los años con la serena elegancia de un deportista de nuestro tiempo. Esto es, manteniendo la "linea" y el vigor físico con un prestigio fisiológico verdaderamente incomparable. Claro que contribuía al mayor esplendor de su naturaleza la ausencia de preocupaciones fundamentales para la lucha económica por la vida. Rico, sin llegar a la opulencia, podía mirar al porvenir tranquilamente sin temor a los "blancos" ni a los "rojos", puesto que su energía y afán de lucha eran reservas incalculables para poder enfrentarse con la adversidad en la esperanza cierta de vencerla en el caso poco probable de tal desdicha. En fin, reforzaba su posición desahogada el aporte de su esposa, bella y linajuda dama de azulinos ojos y amplias caderas, — otoño mollar —, antítesis de su carácter democrático, asequible a toda empresa laudable, que ya en diversas ocasiones había suavizado las asperezas de esta oposición racial con el pensamiento puesto en el recuerdo de su hijo, suprema síntesis de aquellas dos vidas preciosas, ayuntadas por el destino para mayor gloria y selección de sus nietos del mañana.

No obstante lo expuesto, Ariza también tenía numerosos y solapados enemigos, constantemente al acecho de la ocasión propicia para ridiculizarle, pues en el carnaval de las pasiones humanas nada como la envidia para poder disfrazarse con el piadoso objeto de asegurar mejor a sus elegidos, sacando a la pública picota el horror de sus lacras, en esa forma alevosa y premeditada que aparentemente más bien parece rehabilitar que empañar el honor de sus víctimas.

Verdad, que ante esas indignas acechanzas, existe como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

antídoto o paliativo eficaz la conciencia colectiva y sobre ella el propio convencimiento de que nada, ¡nada!, es inmoral en el mundo cuando a los seres los impulsa ese ciego sentimiento de perpetuidad de la especie, que no admite ser esclavizado entre las rejas doradas de los convencionalismos, que la intransigencia y la hipocresia de todos los tiempos deformó monstruosamente haciendo del más puro y divino anhelo un motivo capital de vergüenza y de pecado.

Tal le ocurrió a Felipe Ariza al divulgarse por los corrillos y cenáculos de la población los detalles imprecisos y borrosos de su última aventura. En realidad, hasta entonces, él mismo los había ignorado, quedando sorprendido de las consecuencias de su vulgar encuentro con Elvira, toda vez que desde el verano no había vuelto a tener noticias suyas, detalle que no le preocupó gran cosa, y cuyo dulce recuerdo ahora venía a perturbarle amenazador por cien conductos distintos en una forma inquietante y contradictoria para la paz de su familia.

■

Todo aforismo es cierto porque lleva en sus profundas raíces el acíbar de la experiencia popular. Aquel que no fué

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

regado con lágrimas lo fué con sangre y en el caso más benigno con el humor nacido de los desencantos, siempre renovados del corazón humano.

Si los padres de Elvira hubieran sabido escoger en las graves horas que siguieron a la desgracia de su hija el camino más accesible en la ruta irreparable, quizá hubiera sido otro el resultado de su aflicción. Pero he aquí, que en vez de reflexionar, de consultar con espíritus más discretos y menos encrespados que los suyos, ensordecidos ahora por el tumulto de las propias ideas desaforadas, pusieron en el peor camino, en el camino del escándalo, lo que nunca debió salir del recóndito secreto de sus almas.

Varias palabras desprendidas imprudentemente de la boca de doña Tomasa en uno de los altercados con el marido — empeñado con iracunda terquedad en arrojar a la hija de la casa, creyendo el muy cuitado, igual que los padres bíblicos, que así echaba el oprobio de su hogar — fué la señal de alarma para el vecindario, sobre todo para los lenguaraces, que como flacos perros podencos es sabido suelen ventear la desventura ajena con una infalibilidad casi matemática.

Aquellas palabras, lo mismo que otras nuevas, atrapadas en el aire enrarecido, facilitaron la clave a los vecinos del cambio de vida experimentado desde hacía algunos meses en la casa de doña Tomasa, que al darse cuenta de su lamentable indiscreción ya era demasiado tarde, puesto que las comadres, esas viejas y amarillas comadres, eternizadas por los grandes pintores en los lienzos castellanos, habían aventado la noticia al boleo en igual o parecida forma que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

acostumbraban sus maridos a sembrar el grano prolífico en las pardas sementeras.

El escándalo adquirió su máxima intensidad al notarse la brusca desaparición del padre de Elvira y su embarque para América en uno de los últimos vapores que habian cruzado por el puerto. Coincidiendo con este irreparable y dramático abandono, con esta fuga hacia lejanos paises de olvido y de perdón, se presentó el parto de Elvira. Doña Tomasa, queriendo estúpidamente reparar sus yerros, enjugándose constantemente los ojos con la punta del delantal, silenció el acontecimiento imaginándose acallar en esta forma el terrible clamoreo, la densa polvareda levantada irreverentemente por las patas traseras de la murmuración. Pero la fiebre de la hija, después del alumbramiento, le hizo rectificar tal conducta. Es más, la gravedad súbita, inopinada, de la parturienta le obligó a pedir ayuda a las mismas mujeres que habian colaborado inconscientemente a hacerle beber hasta las heces el cáliz de su amargura.

Cuando al siguiente día, bajo un denso aguacero, subió don Agustín, ya el mal no tenia remedio. La septicemia era general y la fiebre altisima. El vientre abombado, los ojos hundidos y la nariz afilada, decían bien claramente la proximidad del fatal desenlace. El médico, indignado por el incalificable y punible abandono, se marchó sin recetar. Elvira, en un momento de lucidez, sintiéndose morir, con las manos de la madre apretadas entre las suyas sin calor, le dijo imperceptiblemente, ignorante de la huida de don Cleto :

— Llama a papá para que me perdone.

Doña Tomasa, fingiendo obedecer, tropezando con los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

muebles, salió precipitadamente del cuarto con objeto de que la hija no pudiera escuchar los sollozos que pugnaban por ahogarla.

Al penetrar de nuevo en la habitación con la disculpa de su tardanza colgada en los labios, encontró a Elvira yacente, inmóvil en la cama, más blanca que nunca y con los ojos sin luz, friamente fijos en la puerta de entrada.

Dudó un momento, pero al comprender de pronto toda su tremenda desgracia, un ronco alarido conmovió la casa y desgarrando las telarañas del agua invernal, que fuera seguía lloviendo, se perdió entre las oquedades del paisaje, cuyo eco, hecho una pelota, lo devolvieron presto los barrancos cercanos, temerosos de guardarlo.

■

Desde que Ariza supo los detalles concretos del resultado de su aventura con Elvira, vivió horas de verdadero martirio. Poco acostumbrado a complicaciones de ningún género, este contratiempo le tenía molestísimo y preocupado. Hubiera querido resolverlo de golpe por los medios lógicos y naturales que ya en otras ocasiones, — bien es verdad que sin las consecuencias de ahora, — había empleado con mag-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nificos resultados, aprovechándose de dos factores esenciales: la ignorancia de las seducidas y la prodigalidad de su dinero. Lo que no pudo lograr con razones más o menos sofisticas lo consiguió con la ayuda de expertas proxenetas, descendientas en línea recta de aquella otra, que para su desgracia, intervino en las andanzas de Calixto y Melibea.

Tranquilizó aparentemente su preocupación la noticia del embarque de don Cleto, que en realidad nunca sospechó, ni en sueños, que él fuera el autor de tamaño desaguisado, gracias a la reserva de doña Tomasa, que conociendo a su marido, creyó así evitar terminara en tragedia lo que solo había sido un idilio transitorio para la pobre Elvira.

Debido a su carácter optimista y vehemente se imaginó haber eliminado en principio la responsabilidad material de aquel mal paso que tantas vigilias y ayunos le costara. Halagado por el sentimiento de su presunta y nueva paternidad, envió varios mensajes y espléndidos ofrecimientos a Elvira, cuya respuesta fué invariablemente el más profundo silencio.

Espoleado su amor propio, ¡ siempre el mismo !, por este digno desdén redobló las ofertas y los más inflamados propósitos que su pasión renovada supieron dictarle. Es más, aprovechando el pretexto de una visita a su hacienda con motivo del próximo laboreo de las tierras, se detuvo un momento con el " auto " junto a la casa de doña Tomasa, causando dicho desparpajo animados y violentos comentarios entre los vecinos, que, astutos y disimulados, asomaban sus hocicos por los resquicios de las puertas y ventanas en espera del resultado de aquella visita extemporánea.

Tampoco en esta ocasión logró su intento de poder co-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

municarse con ella. Lo mismo le ocurrió en sucesivos días y con idéntico resultado para su afán, después del parto de Elvira. Hasta que una mañana, una mañana inolvidable para él, le sorprendieron casi simultáneas las escalofriantes noticias de su gravedad y de su muerte, dejándole anonado, hundido en la butaca, donde, frente al mar, leía tranquilamente " La Conversión ", un hermoso cuento de Víctor Catalá.

Profundamente afectado por la desgracia insospechada, con el periódico roto entre los dedos convulsos, pidió al medianero amplios detalles de lo acaecido, que el campesino le facilitó recelosamente, mirando a todos lados, con ese crudo laconismo que ignora el inmenso daño que hace.

— ¿ Y la niña ?

— Según me dijo mi mujer, una sobrina de doña Tomasa piensa criarla.

Otra vez los acontecimientos se levantaron ariscos, igual que escarpadas montañas, ante los ojos de Ariza. Era tan grande su consternación, que el mismo medianero, — el primer bergante en criticar sus actos, — intervino con la cazurrería de siempre para consolarle :

— No se apure, don Felipe. Después de todo, usted no tiene la culpa.

Y añadió con perversa intención :

— Quién la mandó a ponerse debajo.

Ariza al oir tamaña grosería, estuvo a punto de lanzarse contra aquel bellaco para abofetearlo, pero se detuvo, despreciándolo, al contemplar maravillado que bajo su frivolidad aparente había descubierto la energía necesaria para reaccionar y convertir en fundamento jurídico, en principio

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ascético de verdadera moral humana, lo que hasta entonces solo fué en su vida una odiosa mixtura de instintos amatorios y banales.

— Bueno, márchate y que de esta entrevista no se entere nadie, — le dijo al medianero, — que ante la súbita tranquilidad de Ariza, le miró un poco asombrado desde su enorme estatura, rematada por el casco microcéfalo de una pelambre jara.

■

Al llegar otra vez el verano para bordar con sus agujas de cristal nuevas amapolas en el telar de los campos, la inteligencia entre doña Tomasa y Ariza era completa. Fácilmente se comprenderá que no nació tal acuerdo por deseos de la mujer de don Cleto sino como lógica consecuencia de la necesidad que la obligaba. Automáticamente a su dolor de abuela surgió en su mente empañada por las sombras del infortunio, la inquietud de amparar a la pequeña huérfana, sacrificando todos los escrúpulos que le subían del corazón en una forma irremediable hasta el extremo de quemarle al principio las manos los socorros que puntualmente le llegaban de Ariza. Poco a poco esa aprensión fué desapareciendo al convencerse que de su discreta tolerancia dependía el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

porvenir y quizá la vida de aquella nietecita, bellísima flor de desventura, reproducción asombrosa de la madre a medida que pasaba el tiempo.

Ariza, por su parte, estaba encantado de dicha actitud porque le facilitaba la oportunidad de poder cumplir con un sagrado deber de conciencia y reparar las consecuencias desastrosas del mal que hizo dejándose llevar por los impulsos de su temperamento, disciplinado ahora en el ejercicio de una conducta ejemplar, no creída por la mayoría de sus amigos, que repetían sentenciosos : " genio y figura hasta la sepultura ", ni tampoco por Elena, que herida en lo más íntimo de su dignidad con motivo de aquella estrepitosa reincidencia, precipitaron en tal forma sus enojos, que cualquier observador por lerdo que fuese comprendía en el acto que la felicidad había huido de aquel matrimonio para siempre.

No obstante lo expuesto, ambos, personas educadas y correctas, intentaron guardar con perfecto hermetismo tales desavenencias, apareciendo ante el público con esa digna actitud que hace imposible cualquier ajena intromisión, tan temida por los espíritus selectos, debido a las graves consecuencias de confianza que acarrean.

Desgraciadamente, la referida reserva no pudo durar mucho, ni hacerse extensiva a la familia por el sencillo motivo que ésta fué la primera en indagar y descubrir las últimas veleidades de Ariza, poniendo al corriente a Elena de todos sus devaneos con la maligna intención de hacer imposible la vida entre aquellos dos seres, ya de por sí tan distantes en ideología y temperamento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Después de la familia también se creyeron con derecho a fomentar las discrepancias conyugales las condiscípulas de Elena, principalmente las casadas, que en honor a la verdad lo hicieron, más que por ahondar diferencias, obedeciendo a ese instinto de lógica defensa que asocia con fuerza a las mujeres, creyendo las inocentes que con tal conducta alejan de sí el peligro de la inconstancia de sus maridos.

Una de las que más ardor pusieron en la causa, que en realidad no le importaba un bledo, fué Matilde Carlés, damisela angulosa, hecha de aristas, cuyos flirteos, sin consecuencias, sobre todo con los forasteros, muy bien podían llenar un santoral de amor. Mezclada en esta algarabía de dimes y diretes, asomaba de vez en cuando su silueta feble, esclavizada por la moda, que a fuerza de exagerarla resultaba su caricatura, Ricardito Gómez, celebérrimo amasijo de feminismo y masculinidad, más bien misógino, precisamente por tener sólo de hombre el indumento y en su cabellera siempre peinada y siempre lustrosa el acre aroma del romero, la flor preferida mil veces por Góngora, el divino poeta, y también por Ricardito, al que en justicia había que reconocerle su olfato excelente para elegir marcas y combinar esencias. En ese terreno era verdaderamente un " hacha " y gozaba de indiscutible prestigio entre las damas, que a semejanza de la Violante de D'Annunzio, " gustan de matarse con perfumes ".

El mismo Ariza le aseguró cierta tarde, bromeando :

— ¡ Qué lástima, Ricardito ! De haber nacido cerdo en Perigord, nadie como usted para descubrir las trufas...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Benavente dijo una vez, " que la ironía es una tristeza que no sabe llorar y sonríe ". Eso fué lo que hizo siempre Ariza en los momentos más agitados de su vida: Sonreir, sonreir por la incomprensión de sus semejantes y por la intransigencia de todos los tiempos, lógico producto del ángulo facial de cada época. Sonreir ante los aspavientos y la hipocresía de los que sólo creen en el apotegma jesuítico, "que sin escándalo no hay pecado ". Sonreir como único medio de " higienizar el alma " de los pesimistas seculares, que llamaron a este mundo " valle de lágrimas ", sin acordarse que el seguro remedio para tales tristezas estaba en sus mismas manos. Sonreirse, en fin, de aquel pobre Jeremías, — la figura más lamentable del " Antiguo Testamento ", — que aún tiene vasallos en la vida en contra de los consejos del buen alemán Federico Nietzsche, a quien Ariza, lo mismo que a la juventud actual, guardaba un extremado afecto por la sencilla razón de que tampoco sabían llorar. Como muchos espíritus dilectos él también pensaba que la energía perdida con las lágrimas bien vale la pena de emplearla en enmendar los propios yerros. El arrepentimiento no consiste únicamente en licuar las faltas, sino en hacer bien hecho aquello que produjo la reacción. No en balde el cerebro humano es un laboratorio donde se ensayan continuamente todos los principios y todos los sistemas. Debido a ello desdeñaba a los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

intolerantes que creen tener la verdadera moral cogida por las alas cuando en realidad lo que han aprehendido es una racha fugaz de viento, puesto que la moral, según el filósofo, es dócil como el agua y adquiere siempre la forma y diafanidad de la conciencia que la contiene.

Esta manera de pensar le facilitó mucho a Ariza la pauta de su conducta para el futuro y la decisión terminante de enmanciparse del medio tradicional que hasta entonces le había rodeado, a pesar de que Daniel González, el mejor de sus amigos, — un monocle con barba rala, — aún intentó por todos los medios reconciliarlo con Elena, haciéndole ver lo perjudicial de sus empeños. Pero bien pronto se convenció de la imposibilidad de sus deseos, ante las razones aportadas por Ariza, que sin consejos de nadie ya hacía tiempo había tratado de conciliar con su esposa, sin conseguirlo, naturalmente, las nuevas normas de su vida.

— Mi mujer — había terminado por decirle aquel día en el Club — además del concepto anacrónico que tiene de las virtudes sociales, es tan irreflexiva como el resto de las mujeres, cuyos defectos no los modifican ni la cultura, ni la educación, ni el mismo cariño. No lo olvides por si alguna vez te casas : Rara es la mujer que no está a merced de la primer intrigante que toque a su puerta para hablarle mal de su marido.

— Bien. No olvidaré tu aguda advertencia. Mas yo en tu caso hubiera evitado que llamaran con esa intención a la mía.

Y añadió gozoso ante la perplejidad de su amigo :

— ¡ Claro, hombre, claro ! Complaciéndolas a todas con tu proverbial galantería.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ariza, sonrió una vez más simpaticón y mundano, para luego exclamar con cómica repugnancia:

— ¡Qué horror! ¡Imposible, chico! Suelen ser tan feas y duras de trinchar las pobres, que hubieras hecho el ridículo.

■

Un acontecimiento irremediable precipitó la solución al problema planteado por el Destino. La inteligencia de doña Tomasa se anubló de pronto en una penumbra vaga, indecisa, precursora de la incapacidad.

Al principio los familiares no supieron a qué achacar las causas de su torpeza, francamente alarmante para su sobrina, que en verdad siempre fué la que atendió con desvelado cariño de madre a la pequeña huérfana, hasta el extremo de no separarse de ella mientras duró su lactancia, relegando a segundo término los cuidados de la abuela, que insensiblemente hizo dejación de sus deberes y derechos para iniciarse en el peligroso culto de las libaciones constantes, — estúpido recurso desde que Baco vendimió el racimo originario, — al principio para olvidar, y más tarde por hábito, convirtiendo el bodegón sombrío, sin encalar,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

contiguo a la casa, en vaporoso palacio de sus ensueños exaltados, que al despertarse de ellos abotargada, con la garganta seca y más señera que nunca ante la cruda realidad, para seguir engañándose, su mano temblorosa abría de nuevo la espita, que, trasportándola a regiones más felices, le permitía continuar platicando en voz baja con las sombras amadas de su hija y de don Cleto.

Nadie, nada más que aquellas cuatro paredes, supieron durante mucho tiempo de la solitaria tragedia de doña Tomasa, iluminada por la verde luz de los pámpanos, cuando al amanecer salía sigilosamente de la bodega para no infundir sospechas a su sobrina, que intrigada y con una vigilancia más atenta luego, logró explicarse, al fin, la transformación de su tía, al verla penetrar invariablemente todas las noches al toque de ánimas en el palacio multicolor de sus extraviadas ilusiones, cosa que nunca hizo de día para no delatarse, obedeciendo a esa astucia disimulada, que siempre reserva el vicio a la mayoría de sus elegidos.

No obstante los ingeniosos recursos de doña Tomasa, la situación se hizo insostenible para la niña. Comprendiéndolo así Ariza, resolvió llevarla consigo, puesto que ni la edad, ni su endeble naturaleza, permitían internarla en un colegio, ni mucho menos entregarla en manos mercenarias. Contribuyó además a tal decisión el profundo afecto que la nena había logrado despertar en su pecho, debido a lo graciosa y avispada que era, a pesar de aquella enrevesada media lengua, que aun prestábale mayor encanto a sus travesuras y ocurrencias.

Al enterarse don Anselmo, el tío carnal de Elena, —

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

calva y abdomen, — de los proyectos de su marido, se presentó en el despacho de Ariza con objeto de evitar a toda costa, que éste pudiera realizar tamaño dislate :

— ¡ La gente ! ¿ Entiendes ? Es por la gente ...

Ariza, molesto por su intromisión, le contestó despectivo:

— ¡ Psch ! ¡ La gente ! Nunca me ha preocupado. Sobre todo cuando estoy en bien con mi conciencia. Cuando en vez de acusarme está de acuerdo con mis actos.

— Perfectamente — arguyó don Anselmo, jugando con la pelucona amarilla de su dije, que lucía igual que luna de estío en la noche de su vientre. — Pero a veces la propia vanidad nos pone sordina para no oir sus gritos, y entonces...

— Perdone usted. La mía está bien contrastada. Es mi mejor juez. A ratos tan inexorable como en el caso que usted discute, que me hace volver a empezar gran parte del camino de mi vida, sacrificando bienestar, reputación y todos esos tópicos egoístas que por regla general cuestan tan caros.

Y haciendo una pausa, agregó :

— Decididamente el nacer bueno no es mérito, acaso suerte. El verdadero mérito es nacer malo y volverse bueno en gracias al personal esfuerzo.

Don Anselmo, implacable, exclamó esgrimiendo sus últimos argumentos :

— Aceptemos todos tus eufemismos, pero ¿ y el precedente ? ¿ y el mal ejemplo que sientas con tu conducta ?

Ariza dudó un instante ; mas replicó enseguida :

— Cuando los actos que realizamos persiguen una finalidad humana y se desenvuelven en un ambiente de personas inteligentes y comprensivas, eso que llama usted el " ejem-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

plo " no tiene valor, ni trascendencia alguna, puesto que se fundamenta en una moral ñoña y anquilosada.

Y terminó en esta forma :

— El ejemplo sólo puede acarrear las consecuencias que usted ha indicado, cuando se desarrolla ante seres rudimentarios, cuyos cerebros más cerca del simio que del hombre, aún no han podido desligarse de esa predisposición imitativa. De todos modos la cultura y la reflexión siempre serán los contravenenos eficaces a ese peligro ancestral.

— Todo lo que tú quieras, pero esos recursos no convencen a nadie.

— Ni yo intento tal cosa, don Anselmo. Sobre todo, que a quien tendrían que convencer es a mi mismo, y eso ya le he dicho a usted que lo he logrado hace mucho tiempo.

— Entonces, ¿ tu decisión es irrevocable ?

— ¿ Cual ?

— La de traer a esa hija bastarda — y recalcó bien la frase infamante — a educarse en tu misma casa.

— Sencillamente irrevocable, don Anselmo.

— Pues siento decirte que mi sobrina...

— Lo suponía. Rompe definitivamente, ¿ verdad ? Se divorcia.

— ¡Hombre, ponte en su caso !

— Lo comprendo todo y como lo comprendo no lo discuto y respeto su decisión. Sólo pido igual trato para mis ideas.

Don Anselmo, humillado y tembloroso, se puso en pie. Al llegar al patio florecido de hortensias, despidiéndose, le reconvino protector, con voz campanuda :

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

— Es la primera vez, después de todos tus trapicheos, que no logro devolverte a mi sobrina, ni rehabilitarte ante nuestra sociedad. ¡ Allá tú !

Ariza, a punto de lanzarle una atrocidad se contuvo milagrosamente y encogiéndose de hombros le contestó :

— Respecto a lo primero, seremos dos las víctimas pero salvaremos una vida inocente, cosa que a usted no le cabe en la cabeza. En cuanto a lo segundo me tiene completamente sin cuidado la excomunión social de esas gentes pudibundas, que tanto temen seguir mi " ejemplo ".

■

Cumplidos los trámites del divorcio, jalonados de numerosos contratiempos de orden sentimental por la posesión de Felipito, el único hijo del matrimonio, Ariza se marchó con él y un viejo criado a su hermosa finca del campo, donde ya les esperaba la pequeña huérfana. Partidario de las formas sintéticas, esencia de la arquitectura novísima, su credo ornamental derivaba inconscientemente hacia el pensamiento de Le Corbusier : " Lo decorativo, nada representa comparado con la expresión ". Mas, careciendo de intérpretes y medios para materializar tal idea, se había contentado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

con retocar su vieja casona solariega de un luminoso aspecto regional.

La novedad de los primeros días en aquel ambiente halagüeño y el ajetreo de la instalación, fué eficaz paliativo para los nervios de Ariza, que se dedicó con ardor a que sus hijos no extrañaran la nueva vida, colmándoles de atenciones y adornándoles con sus propias manos la habitación clara, esmaltada de blanco, con anchos ventanales orillados de rosas, donde ellos pasaban la mayor parte de las horas entre cisnes, " peponas " y otros artísticos juguetes, que fueron desde el primer instante los lazos azules que los unieron dulcemente con ese sentimiento de cordialidad franca y sincera que sólo existe en el corazón de los niños.

Enfrascado en estos menesteres le sorprendió una tarde la llegada inesperada de don Anselmo, que agitado y sin siquiera saludarle por efecto de su preocupación, le dijo enjugándose la frente, constelada de gotas de sudor :

— Vengo por Felipito. Mi sobrina te lo ruega ...

Ariza, sorprendido, le contestó, ofreciéndole un asiento en la terraza, que él rehusó bruscamente :

— Está usted loco, don Anselmo. Entregarles a mi hijo para que el día de mañana hagan ustedes de él mi mayor enemigo. ¡ Imposible !

— ¿ Intentas, entonces, dejar sola a Elena ?

— No veo otra solución.

— ¡ Hombre, piensa que es una madre !

— No es esta precisamente la hora de las madres. Bastantes dramas empalagosos han inspirado sin resolver nada práctico. La hora actual es de los padres. Hora de acción.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

De reconstruir sobre bases perdurables un derecho más justo y menos sensiblero que el de las madres.

— Déjate de filosofías. Eso es inhumano.

— Más inhumano hubiera sido atender los consejos de usted hace unos meses.

Don Anselmo, silabeó violentísimo :

— No me negarás que eran de una decencia evidente. Que no ensucian como tus actos ...

Ariza, al oir el insulto extemporáneo, de un salto acrobático se le acercó aún más, con la cara demudada, irreconoscible.

Pero el criado, que desde el jardín presenciaba en silencio la lamentable escena, se interpuso rápido, entre los dos, mientras el amo le gritaba a don Anselmo :

— No le doy a usted la merecida respuesta porque es usted un anciano, incapaz de sostener sus villanías. Pero quien mancha todo lo que toca es usted, que se permite injuriarme en mi propia casa, creyendo que soy un esclavo más de su ergástula caciquil. Usted, que solo vive de la adulación y del elogio sabroso. Usted, que a la sombra de una política de odios y servilismos, explota con negocios inconfesables las riquezas de este desgraciado país ...

Don Anselmo, sin querer oir más, salió rojo, congestionado, de la finca, borboteando amenazas que nunca pudo cumplir. Fuera, en la carretera, le esperaba el " Citroën " amaranto de Ricardito, que partió raudo. Poco después cruzó también con velocidad meteórica el " cabriolet " de Carlés, el hermano de la damisela angulosa, un majadero que no le gustaba nada más que correr, siempre correr, como un mu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ñeco mecánico mientras le dura la cuerda, y devorar con sus mandíbulas prognáticas de bestezuela insaciable las reputaciones ajenas.

Al desaparecer, entre una nube de polvo, asqueado Ariza se retiró al salón, ya obscurecido, pensando con inefable consuelo, que, desde Jesucristo, ningun hombre habia sido sacrificado por sus semejantes, inútilmente.

■

Terminada la cena, frugal y apetitosa, salió con los niños al vasto jardín enguirnaldado de jacintos y estrellas. En lo alto, debido a una extraña transposición de imágenes, la luna colgada del firmamento le pareció a Ariza la pelucona amarilla del dije de don Anselmo. En la lejanía, un grupo de palmeras ahiladas, se recortaba fuertemente a contraluz sobre la planicie infinita del Atlántico. La noche vernal, vestida de terciopelo, tenía ese encanto profundo que despierta en todo lo existente un ritmo armonioso y en los hombres la angustia anhelante de lo presentido y nunca logrado. Hasta las mismas criaturas, contemplando el maravilloso espectáculo suspendieron su charla deliciosa para quedarse pensativas, mirando hacia un punto obscuro y lejano de sus inconsciencias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

De pronto, la huerfanita, como queriendo encerrar en sus palabras la tremenda pureza eucarística de aquel instante, exclamó por primera vez, desde que estaba con Ariza :

— ¡ Mamá !

El varón, contagiado, recordando de golpe un amor casi extinguido, dijo también con la voz mojada de lágrimas :

— ¡ Mamá !

— ¡ Mamá ! ¿ Dónde está mamá ? — repitió la niña, como queriendo penetrar con sus grandes ojos negros en el misterio de aquel arcano insondable, mal cubierto por temblorosos cendales de plata.

Ariza, desconcertado, ante la interrogación infantil, que en realidad era el grito milenario y eterno de la familia humana, cubriéndolos de besos, les contestó conmovido hasta las entrañas, sin darse cuenta de que eran demasiado pequeños para poder comprender la terrible significación de sus palabras :

— Ya vendrán. Ya vendrán. No os apuréis. Si no vienen para vosotros vendrán para vuestros hijos y si no para vuestros nietos. Pero vendrán. Vendrán el día en que los hombres más buenos y más honrados que los actuales, no se avergüencen de amparar a sus hijos inocentes, con un mismo amor y bajo el mismo techo, que a todos los iguale ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La tentación

A Manuel Hernández Sicilia †

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Apenas le pesaban a Ibáñez aquellos escarceos peligrosos, donde su reputación, su caballerosidad y aún su vida, ¡quién sabe!, bordearon más de una vez un precipicio de sombras.

El remordimiento de no haber poseído todavía lo que casualmente se le ofreció con tanta voluptuosidad era quizá el mismo o parecido remordimiento que si se hubiera dejado llevar por el instinto aceptando lo que Elia le prometía con los ojos en forma tan expresiva y elocuente, que jamás labios algunos de mujer podrán proferirlo sin la amenaza inminente de mancharse para siempre. Y es que la naturaleza sabia en todo y en todo previsora, supo ennoblecer o mejor purificar, hasta donde es dable tal purificación, las ignominias más grandes del espíritu cuando estas se asoman al "diafragma" humano de unos ojos bellos.

Mucho se ha escrito de los triunfos venales y amatorios de Don Juan pero es lo cierto que el célebre burlador nunca encontró, que sepamos, en su camino orillado de víctimas, ese ejemplar cínico y provocativo de mujer, que parece restar a todo hombre el ímpetu inicial de su masculinidda. Si tal

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

hubiera ocurrido no existiría en la literatura universal el Don Juan de Moliére, ni de Tirso, ni de Zorrilla y sí un caso más patológico de los intersexuales que tan preocupada tiene hoy a la ciencia.

La normalidad orgánica de Ibáñez era precisamente su mayor enemigo para esta clase de aventuras donde el mejor encanto radica, como todos sabemos por intuición o conocimiento vulgar, en la casta resistencia de la elegida a ser inmolada por la fuerza arrebatadora de una conquista paciente y tenaz.

Las anteriores reflexiones y otras de igual escabrosidad se las hizo más de una vez Ibáñez en la tristeza de su cubículo de soltero al evocar el recuerdo de la esposa de su mejor amigo. Para disculpar su derrota echaba mano de todos los tópicos de orden sentimental que a propósito del honor y la amistad había leído. Pero la tentación, a la que siempre pudo dominar como un nuevo San Antonio, desde luego más humano y menos místico, se burlaba descaradamente ahora, agazapada en el fondo de su conciencia, de aquella serie de pretextos pueriles, que eran los recursos lastimosos de su cortedad y tibieza ante la visión de la soberana mujer que en los paseos, en las reuniones y hasta en la misma mesa apetitosa, le seguía ofrendando en cada sonrisa todo un pequeño universo de deleites y ocultas emociones esmaltadas de " besos y rubíes ".

Espoleado Ibáñez por aquel devenir de gratos recuerdos estuvo todavía largo rato luchando a brazo partido con sus eternas preocupaciones, esas brujas goyescas, que con tanta crueldad abusaron el pasado siglo del pudor de nuestras

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

abuelas, hasta que por fin, tomando una determinación heroica se levantó de su asiento. Oprimió resueltamente el botón del timbre eléctrico, apareciendo a los pocos instantes su viejo criado.

— Hoy como en el Club. No me esperes.

— ¿ El señor quiere el auto ?

— No.

La mañana primaveral le invitaba a ir andando por la anchurosa vía exornada de acacias en flor. Un dulce efluvio predisponía a sacudir el torpe sedimento de los días invernales. Lentamente, a medida que avanzaba por la calle llena de sol y fragancias, se le fué afianzando cada vez más en la sangre el deseo pecaminoso de reconquistar a toda costa la gloria terrena, que Elia repetidamente le había prometido con la mirada diabólica de sus dos raras calcedonias. Por un momento imploró de Eros le deparara la suerte de encontrarla allí mismo para acabar de una vez con su atroz martirio. Asombrado de su decisión se creía otro hombre. Al fin las estúpidas mojigaterías heredadas de sus antepasados estaban vencidas. La vida moderna no era nada más que eso : un enorme pugilato cuyas primicias sólo estaban reservadas a los más osados en la brutal contienda. La misma moral, vieja y gazmoña, no se avergonzaba tampoco de coquetear con ellos.

— ¡ Adiós Ibáñez ! ¡ Ya era tiempo ! ¿ Dónde diablos te metes, que no se te ve por ninguna parte ?

Se detuvo contrariado para contestarle a Gonzalito, el lenguaraz mayor de Madrid.

— En casa, chico, aburrido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

— No lo creo.

— Palabra ...

— Pero hombre, tú tan juerguista, tan callejero te has transformado en una semana. ¡ Imposible !

— Bueno. Piensa lo que quieras.

— Entonces ¿ no estás enterado de nada ?

— No sé a lo que te refieres.

— A Elia, a la mujer de Romerales.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

— Sí, hombre, sí. Que se ha fugado con Flores, con aquel aviador chileno, alto y musculoso que iba mucho por el Club.

— ¡¡ Elia !! — exclamó asombrado.

— La misma en cuerpo y alma. Por supuesto, eso era de esperar. Jugaba mucho con los ojos. Pero vaya una cara que has puesto. Ni que fueras su marido ...

— Francamente. Me ha impresionado mucho la noticia. Ya sabes la amistad que me une con el pobre Gerardo. Además, — afirmó el muy hipócrita, — nunca había notado nada en ella que me hiciera sospechar lo más mínimo.

— Pues todo el mundo estaba en el secreto. Pocas veces como en el presente la razón del apotegma : " la opinión pública es la que menos suele decirse en público ".

— ¡ Qué escándalo ! ¡ Qué mujeres !

— No te aflijas ni tomes tan a pecho el dolor de los demás. Hay que ser egoístas para cuando llame también a nuestra puerta el infortunio. Anda, vamos a " Excelsior " a beber un cótel de jerez. Te convido.

Ibáñez, sin contestarle, se dejó llevar calle abajo, un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

poco avergonzado de su secreto y estrepitoso fracaso, mientras pensaba ahora, ¡ mudanzas del destino !, en la forma más discreta y delicada con que podría consolar del ridículo abandono al mejor de sus amigos ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Egoísmo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CUANDO Afra se lo dijo a su esposo, con las mejillas teñidas de grana, no pudo éste reprimir un gesto de profunda contrariedad y tirando por el ventanal que daba al mar la punta de su cigarro inglés, empezó a pasearse por la habitación a grandes zancadas, dominado por un repentino y violento nerviosismo.

— ¡ Es lo único que nos faltaba. A este paso nos vamos a llenar de hijos. Todos los años uno y la vida cada vez más cara !

— Tienes razón, pero tú comprenderás que yo tampoco soy responsable deque Dios lo disponga en esa forma — añadió ella, disculpándose humildemente del imperdonable y moderno pecado de concebir repetidas veces, cumpliendo así con el precepto más sagrado y misterioso de la existencia.

— Claro que no — replicó el marido, dulcificando el tono de la voz, haciéndola más persuasiva. — Pero debes reconocer que para la futura felicidad de los pequeños que en el presente nos viven sería conveniente no admitir más bocas en nuestra mesa. Yo sé que estas cosas son algo materiales y groseras, pero ¿ qué quieres ?, el ejemplo nos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

viene de fuera. La teoría francesa del hijo único es la más sabia y confortadora para los que no logran disponer de grandes capitales, pudiendo si es varón costearles una buena carrera y si es hembra darles una dote estimable y decorosa. Tú de sobra sabes que las pobres no se casan a gusto por muy bellas y virtuosas que sean. Hoy la mayoría de los hombres de honor acostumbran a enterarse en los Registros de la Propiedad de los antecedentes morales de sus prometidas. Bien es verdad que esa teoría del hijo único ya para nosotros se ha malogrado porque tenemos cuatro, pero si al menos ese que anuncias ...

— ¡ Calla ! Por favor te lo pido. No me sigas hablando así — le dijo Afra, suplicante, irguiendo su cabeza nimbada de negros rizos, dejando al descubierto bajo la ocre pantalla de la lámpara, a cuya luz bordaba, la gracia impecable de su cuello y de su perfil judío. Perfil de una pureza clásica que se hacía más obstensible y pálido a medida que levantaba hacia el esposo el fascinador y suave prodigio de sus pestañas ahebradas.

— Pero ¿ no comprendes que con ese nacimiento todo se trastorna, se altera ? — continuó tozudamente Damián, dispuesto a convencerla. — Tu misma tranquilidad de ahora se trocará en una constante inquietud, en un continuo sobresalto. Pasarás malas noches. La terrible lactancia desfallecerá tu cuerpo, anemiándolo y envejeciéndolo. El criar acaba mil veces más que cualquier parto. Acuérdate de aquel pensamiento de Ramiro de Maeztu, que casualmente leiste en este mismo sitio : " La mujer que ha tenido cinco hijos ha dado más de la mitad de su vida ".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

— Bueno, todo eso está muy bien, ¿ pero se puede saber lo que tú te propones con ese alegato ?

El, deteniendo sus pasos, la miró con una sonrisa indefinible y besándola suavemente en la frente le dijo con fría lentitud :

— Impedir que la inexorable sentencia del escritor vascongado caiga sobre tu vida, que es también la mia. Además piénsalo bien, Afra, nos debemos a nuestro tiempo, a nuestro siglo, y asi como en las épocas bíblicas se repudiaba a una mujer por estéril, hoy los hombres, más humanos, tienden a lo contrario, a repudiarlas por fecundas. Un nuevo hijo en esta casa es el desequilibrio de la balanza económica de nuestra existencia. En la actualidad, que es solo un latido, un embrión, nada cuesta suprimirlo. Sabemos que viene, pero todavia no ha llegado. El peligro más inminente y definitivo para nosotros es el conocerle. Entonces si seria una monstruosidad, un crimen atentar contra su vida. Pero ahora ...

— ¡ Basta ! — gritó la esposa irreconoscible, poniéndose en pie, perdida de pronto la mansedumbre de toda su vida ante la brutal proposición — ¡ Basta de infamias y vete ! Me asquea tu cinismo.

Damián sorprendido y estupefacto quiso hacer valer su autoridad, avanzando hacia ella, como podría avanzar al encuentro de una rebeldía jamás por él sospechada.

— ¿ Qué manera de tratarme es esa ? ¿ Olvidas quién soy ? ¿ Que todo me lo debes ? — venteó junto a su fina cara de virgen, sujetándola fuertemente por las pálidas manos enjoyadas.

Ella, ante el villano y grosero reproche, dejó de pensar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en la maternidad que defendía para sentirse solo pobre mujer y derrumbarse otra vez, sollozando, sobre la silla en que bordaba ...

■

Por fin vino al mundo entre la secreta hostilidad del padre y el amor de la madre desfallecida por los dolores del alumbramiento. Era un niño fuerte y pulposo, que causaba la admiración de cuantos le veían y de los hermanitos que le manoseaban con infantil curiosidad. Unos, cogiéndole de los piececitos rosados que se engurruñaban nerviosos y llenos de cosquillas al contacto fraternal; otros, besándole hasta sofocarle en llanto estrepitoso, que pronto se dulcificaba al desaparecer parte de su carita bajo el pecho materno, amplio, redondo y luminoso en blancura, castamente velado por la suave tonalidad del ropaje casero.

Así, atracándose el nene con los grandes ojos fijos en cualquier parte, mientras trasegaba el precioso zumo de las mamas, fué creciendo, imponiéndose a todos con su irresistible encanto de gracia y simpatía. El mismo padre al contemplar sus diabluras y sus carrillos inflados de risa, como un pequeño y travieso Eolo, sintió más de una vez arrepentido

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

el terrible remordimiento de su parricidio malogrado, y un frio sudor de angustia doblábale las piernas haciéndole entregar la adorable carga en brazos de la esposa, que con el auxilio de la negra lumbre de sus ojos acostumbraba a ocultar el recuerdo del ultraje lejano de aquel hombre, cuya existencia atormentada por los convencionalismos de una sociedad epicúrea y pantagruélica, no sabia del verdadero sacrificio, solo arraigado en aquellos corazones en gracia de ufania y desinterés, que desgraciadamente tan raros van siendo hoy en la vida ...

Cierta tarde cobriza, en que ya Helios se mustiaba sobre las cumbres azules como un girasol monstruoso notó la madre que también Pepito estaba melancólico, tristón, descansando con demasiada frecuencia su cabecita orlada de blondos rizos en los hombros de la niñera. El, tan locuaz y vivaracho, aquel dia no habia siquiera intentado gatear, ni hacer " peninos " como otras veces sujetándose de las sillas o de la balaustrada circular, cuando notaba los pasos rápidos y bien conocidos del padre subiendo por la escalera, llamándole, esclavo hacia tiempo ya de aquel hijo maravilloso en precocidad y hermosura, cuyas pupilas de una extraña y curiosa fijeza delataban claramente esa anticipación indescriptible de la genialidad o el talento. Tan real era el imperio sobre toda la familia, que más de una vez Damián al verle en la calle llevado por la criada le habia dicho a la esposa observándole con arrobamiento : " ¡ Mira que es pequeñín ! ¡ Y, en cambio, qué grande parece aquí, en la casa ! ¡ La llena por completo ! " Asi era, en efecto ; faltando él todo se obscurecia. Los mismos hermanos cesaban de jugar y ansiosos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

inquirían de la madre su paradero para ir a buscarle en tropel, en sonora algarabía de gritos y besos volados, que el niño contemplaba riendo, con su boquita fresca y babosa, desde la incomensurable altura de los brazos de la " chacha ".

■

Preocupada Afra, después que hubo agotado todos los recursos que le prestaba el cariño maternal para reanimar al pequeñuelo, comprendió que algo extraordinario le ocurría, tomando la determinación de llamar al médico a pesar de que Pepito no tenía manifestaciones febricentes. Solo un catarro insignificante hacía días le molestaba al toser, llenándole de lágrimas los ojos y la boquita de flemas. Cuando llegó el padre de sus ocupaciones bancarias ya estaba el antiguo amigo y galeno en la casa reconociéndole. Sobre la ingle del niño la luz eléctrica arrancaba destellos cristalinos del termómetro, que se apagaban y encendían al compás de la respiración. Observada momentos después la temperatura, el médico diagnosticó la enfermedad: El sarampión. Cosa benigna, pero claro es que había que cuidar a la criatura para evitar complicaciones. Recetó un dioforético cualquiera y otra fórmula vulgar y se marchó. La ansiedad de los padres

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

le fué siguiendo hasta el primer peldaño de la escalera: "Nada, nada. No debían asustarse. Era una enfermedad muy natural en la infancia que tenía su proceso bien definido". Quedó en volver al otro día si no había novedad.

Pero la novedad se manifestó alarmante en la cruda y silenciosa quietud de la alta noche. Fué así como un presentimiento, como un amago de alguien, que nos volvemos a verle cuando estamos solos ... y no lo vemos. Algo inenarrable y "pesado", que gravitaba sobre sus vidas con una tenacidad más consistente y terrible que cualquier presión material. Tal fué de escalofriante y simultáneo el aviso a los padres de Pepito, ¿aviso de quién? Ellos no podían explicarlo, pero oían una voz interior que le sonaba llena de calladas y graves advertencias.

Encendieron la luz. Miraron avarientos al niño que dormía. El padre, más desconfiado, le palpó la frente. Estaba ardiendo. Se acercó más y oyó la respiración fatigosa, silbante, llena de disnea ... Se tiró de la cama y con un abrigo sobre el pijama salió tremulante a la calle, en busca del médico. También Afra se levantó como una sonámbula, poniéndose un ropón cualquiera. Llamó a los criados. Al poco rato un ténue resplandor iluminó la cocina. Por la cristalería policromada se veía el mar negro, encrestado a veces de blancas espumas, que rápidas borraba el viento, mientras aquí, en la casa, una mano larga y nerviosa hacía aletear el abanador, avivando el fuego, que crepitaba banal en un chisporroteo de oro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La complicación tan temida se presentó al fin en una forma gravísima, fulminante, invadiendo la pneumonía los dos pulmones. El doctor, obligado por la rapidez de los acontecimientos, había confesado a los padres, atolondrados y llorosos, sus pesimismos. Les indicó de una manera muy delicada, para no desesperarlos y salvar de paso su responsabilidad, la conveniencia de celebrar una consulta, que se verificó aquella misma noche con la asistencia de los mejores médicos del pueblo. Unos opinaron por los baños de mostaza, otros por el cambio radical del tratamiento, y el más viejo por los vejigatorios, sistema curativo que fué rechazado unánimemente por anticientífico y cruel a pesar de que el respetable decano lo consideraba como la panacea de su tiempo. Por último, imperó la opinión del médico de cabecera. Con intervalos de doce horas le inyectaron al enfermito sueros polivalentes. A la tercera ampolla la fiebre altísima tuvo una remisión favorable, que el cariño anhelante de los padres consideró como síntoma infalible de salvación.

Mas, de repente, el doctor que en aquel momento lo reconocía por tercera o cuarta vez le dijo al practicante que le acompañaba, a grandes voces, como si estuviera lejos :

— ¡ Pronto, pronto ! ¡ Una ampolla de alcanfor !

Se iba el pulso. La criatura, endurecida la cara, se enfriaba por momentos.

Damián, dando un salto espantoso, se precipitó sobre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

la cama donde Pepito se contraía amoratado, con los ojos muy abiertos, bizqueando ...

— ¡ Por Dios, doctor, sálvemelo ! ¡ Que es el hijo de mis entrañas ! — rugió la madre, hierática, sin lágrimas en los ojos desvelados, blanca y terrible como una estatua.

En esto llegó el practicante con la jeringuilla cargada.

— ¿ En dónde ? — preguntó, ignorante del funesto desenlace.

Y el médico le contestó afectado, volviéndose de espaldas, para no contemplar el llanto bronco y contagioso de aquel padre :

— En cualquier parte ...

Pasada la inenarrable y brutal impresión de los primeros momentos quedaron los esposos sumidos en un profundo sopor de vaga inconsciencia. Pareciales que asistían a un desdoblamiento de sus propias vidas, donde la virtualidad primordial de ellas se escapaba velozmente por los resquicios empalidecidos de aquella noche, que lentamente se extinguía bajo el canto pendenciero y bravucón de los gallos vecinos y el repique glorioso de las lejanas campanas, convocando al santo sacrificio de las misas del alba.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Damián, cansado y sin fuerzas, sentóse al fin maquinalmente junto a la cama donde horas antes se había desarrollado la tragedia de cuyos momentos culminantes sólo quedábanle en la mente obscuros recuerdos y fragmentarios vestigios sin hilación, que sobrenadaban en aquella quietud desolada como algo monstruoso y extraño. Apoyó la frente en el respaldo de la silla sin lograr la ansiada pausa de un breve descanso. El tabaco y el café le tenían excitado hasta el paroxismo, provocándole frecuentes y tormentosas alucinaciones. Hubo un instante que creyó volver a oir aquella callada voz de las graves advertencias. Ahora le decía: "Todo lo ocurrido es sencillamente la forma en que se cumplen mis designios. No queriéndolo al principio hice que lo amaras como a ninguno de tus hijos para quitártelo después, en justo castigo a tu perversidad".

Damián, convencido de que no soñaba, levantó la cabeza sobresaltado. Miró a su alrededor, temeroso de que alguien le estuviera hablando, mas no vió a nadie, puesto que solamente él se encontraba en la cámara mortuoria. Luego, contempló por centésima vez el cadáver, que tenía estereotipada en el rostro una fría sonrisa tan repelente y cruel, como aquella otra de la cariátide de Aguillaniedo o la visión zolesca. Parecía que no era el mismo. Había crecido en la noche de su muerte más que en un año de vida. Hasta se imaginó que la criatura entreabría los párpados para mirarle burlonamente. Creyó enloquecer.

— ¡Afra! — gritó horrorizado, sin poder levantarse del sitio donde se hallaba.

A los pocos segundos el impreciso contorno de la espo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sa, obediente al llamamiento, se consolidó leve y silencioso, igual que una sombra, sobre el fondo obscuro del dintel que daba al cuarto de dormir, donde a solas con los otros hijos paladeaba su manso y profundo dolor de madre.

Interrogó a Damián con los ojos, pero él permaneció mudo, escalofriado en una hiperestesia de su sensibilidad exaltada, hasta que vió que la esposa intentaba retirarse y entonces pudo decirla temblando lastimosamente, perdidos de sopetón los restos de su caracteristica hombria :

— ¡ Por favor, Afra ! ¡ No te vayas !

Y señalando al hijo muerto, que debido a la descomposición orgánica seguia haciéndole muecas frente a la cruda luz del amanecer, repitió bajando la voz como temeroso de que el cadáver pudiera oirle :

— ¡ Por favor, no te vayas !... ¡ No te vayas porque le tengo miedo !

Afra, comprendiendo el dolor y la perturbación momentánea de aquel desgraciado, avanzó al encuentro del marido, llena de piedad y ternura, roto el copioso caudal de sus lágrimas hacia mucho tiempo contenidas.

— ¿ Me perdonas ? ¿ Di ? ¿ Perdonas mi egoismo que tanto te ha hecho padecer ? — suplicaba Damián, besándola, estrechándola convulso entre sus brazos. Ella, no podia contestarle, ahogada por la congoja. Pero ambos corazones, dignificados por el sufrimiento y la mútua desgracia, se perdonaban al fin generosamente, porque todo amor trae consigo el perdón ; amor que no perdona, ni es grande, ni sabe amar ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un suicida

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

NORIEGA era un hombre especial. Uno de esos hombres que raptan desde el primer instante la atención de los que le rodean. Pudo ser muy bien un caudillo, un dictador, un santo y sólo fué un buen padre de familia que por no negar su condición enigmática y dominadora intrigó también a sus hijos.

Viudo hacia muchos años, no intentó jamás contraer nuevo matrimonio. Desde la distancia de sus cuarenta años, bien cumplidos, encontraba la mujer actual frívola, casquivana, demasiado deportista, incapaz de comprender una gran pasión. Debido a lo expuesto la contemplaba desdeñosamente. Sobre todo en las escenas donde sus siluetas andróginas, sus perfiles masculinos se agravaban extraordinariamente entre el corro de aquellos jovencitos afeminados, oxigenados, "chóferes de pistas siderales", arbitrarias metáforas vivientes; mejor, muñecos impersonales al servicio de una escuela transitoria ...

Noriega no negaba ni combatia nada. Era sencillamente un observador de la idiotez humana desde un plano más elevado. Su temperamento predispuesto siempre al contraste

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y a mirarlo todo con ojos de aviador, analizaba fríamente los acontecimientos que día por día se iban proyectando en la gran pantalla de la vida.

A veces ocurria una mutación en el atrayente espectáculo. Faltaba la luz necesaria para seguir contemplando aquel desfile y juego de sombras tan doloroso y chabacano para quien no tuviera disuelta en su sustancia las sales grises del humorismo. Pero Noriega entonces, ¡ ah, entonces !, entonces, era el hombre. Más exactamente el carácter recio, original, inconfundible ; el carácter amado por Carlyle y por todos los que buscan en el gran rebaño, en la enorme marejada la personalidad preconizada, presentida y que quizá al verla pasar junto a nosotros en un dia incierto nos hizo exclamar : " He aqui al hombre ". Hombre que se disolvió en la caudalosa corriente de la multitud para encontrarlo de nuevo ahora. Ahora y en qué forma. Nada de arrogancias, nada de " poses ", ni teatralerías. Serenamente sentado bajo las ampollas eléctricas de la luz familiar del comedor. La cena sobria entre rosas pero abundante en gracejo y donaires la sobremesa. Las ocurrencias de Noriega, las observaciones certeras, inconfundibles, la crítica buída, aguda a fuerza de sonrisas ; su tremendo don de gentes y sobre todo la facilidad de desnudar las almas, dejándolas en cueros y tiritando, hacían de su charla una fiesta interminable, espumosa, chispeante, dorada como una copa de champaña.

Esta fué la impresión, mejor dicho, la estela cabrilleadora que dejó en el ánimo de sus hijos la noche aquella de su última cena. Con el cigarro en la boca, mordido por los dientes blanquisimos ; los ojos negros, profundos, enigmáti-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cos y burlones, anticipándose al misterio, y la mano en alto, alanceadora, diciendo adiós ...

Así se fué para siempre.

Riéndose, pensando el muy truhán que su muerte inexplicable se encargaría de intrigar aún más a los que tuvieron la dicha de conocerle y de admirarle y también de odiarle porque el conocimiento civilizado trae como consecuencia lógica y natural esos corolarios, que ya a nadie pueden sorprender a fuerza de vulgares.

El Juzgado con la seriedad fría y secular que le caracriza tuvo escasas diligencias que evacuar. Noriega, echado en la cama, pálido, más pálido que de costumbre, decía en silencio su resolución consumada. Una pistola pequeña, insignificante, parecida a un juguete, yacía sobre la alfombra, y junto a la sien un hilo rojo, viscoso. El hilo de la vida roto y manchado de sangre. ¡ Bah ! Para lo que sirve, para lo que vale. ¡ Muy bien, amigo Noriega !

Pero el vulgo, la gente no lo encontró tan bien y los comentarios siguieron por mucho tiempo revoloteando alrededor de su cadáver para luego posarse, igual que verdes luminarias, en los mentideros disfrazados de cenáculos, haciéndose la mayoría la misma interrogación :

¿ Por qué sería ?...

¡ Tan inteligente, tan simpático, tan jovial !

— ¡ Y tan mordaz ! — agregó una de sus víctimas propiciatorias, caciquillo obeso y feroz a pesar de sus pocos años.

¿ Por qué sería ?...

Y esa pregunta repetida era como un velo de sombra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tendido sobre su recuerdo cercano, luminoso, lleno de luna, que no se borró en mucho tiempo de la memoria de todos sus amigos y enemigos que jamás supieron la causa de su precipitado viaje. Quizá ni él mismo la supo y si la supo lo mejor que hizo fué llevarse el secreto porque seguramente su última declaración hubiera sido la más grande y terrible ironía para su pueblo, malogrando de paso la solemne velada necrológica de rigor, donde los escritores noveles y los oradores locales más elocuentes le ofrendaron, entre amarillas flores elegíacas, la oportunidad sublime y definitiva de su póstuma carcajada ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La ley

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

NADIE se lo explicaba. Nadie podía explicárselo. Tan buen sargento. Tan cumplidor de sus deberes. ¿ Resentimientos ? No. ¿ Venganza ? Tampoco. Imposible. El muerto nunca tuvo enemigos. Los inferiores le adoraban. Era un capitán modelo. Amable, cortés, comprensivo. Pronto a la indulgencia. Su vida privada un alto ejemplo de caballerosidad y amor filial. Mantenía a su madre.

El matador en el transcurso de su vida militar fué siempre obediente, dócil, servicial, estudioso. Jamás los superiores tuvieron que reprocharle la más leve falta. Nunca le impusieron el más insignificante correctivo. A excepción de aquella tarde, de aquella tarde fatídica, tormentosa, en que el oficial de servicio de campamento se vió en la necesidad de sacarlo casi a viva fuerza de un prostíbulo, embriagado, transfigurado, desconocido. Y al afearle su conducta, súbitamente, fatalmente surgió la tragedia : Un pistoletazo en la nuca. La muerte instantánea del capitán. Voces. Carreras. Profundo estupor en el campamento. Después el crepúsculo. Toque de clarines. Silencio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La noche fué una negra y larga pesadilla. El teléfono, tintineó nervioso hasta la madrugada. El heliógrafo intervino varias veces para la mayor rapidez del servicio, haciendo guiños con su ojo de luz a las posiciones intermedias. Nadie durmió en el campamento. Mejor dicho, durmió únicamente el muerto bajo la techumbre de un barracón y sobre un camastro iluminado. Los demás velaron todos. Unos, junto al cadáver del infortunado oficial, otros cumpliendo los trámites judiciales del Consejo de guerra sumarísimo que tras copiosas pruebas y breves deliberaciones terminó su cometido bien entrado el día, cuando ya las fuerzas, perseguidas por un denso aguacero, retornaban de la descubierta, dejando establecido en los altozanos de costumbre el servicio de protección a la carreteras.

Por fin llegó el momento. Un hidroavión, la mañana antes, había amarado en el río con el juez y la sentencia aprobada. Aquella misma tarde entró el reo en capilla. Durante esa fúnebre y bárbara antesala de la muerte, escribió

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

varias cartas, bebió media botella de coñac y fumó implacablemente. Después se fué quedando sumido en un sopor parecido al sueño. Tuvieron que despertarlo. Estaba amaneciendo. Sobresaltado se pasó el pañuelo por la frente tratando de hilvanar los recuerdos. Por un instante sus ojos encandilados se fijaron en el crucifijo que presidía la escena. Quiso musicar un " Padre nuestro " ... pero no lo sabia, no se acordaba. Así, ensimismado, un ruido de armas le hizo volver la cara : " Ya vienen por ti — se dijo entre dientes — : ¡ ea !, es por poco tiempo : — y agregó con macabra ironía : — luego seguirás durmiendo " ...

Difícilmente fué avanzando entre la escolta. Los pies le pesaban como si fueran de plomo. Al salir al descampado sintió frío. Una densa niebla gravitaba sobre el paisaje, velándolo. Sólo se presentian los hombres de las diferentes unidades que formaban el cuadro para la ejecución.

Lentamente la luz difusa del alba se fué aclarando. Los contornos de las montañas cercanas se destacaron y precisaron en la casi totalidad de su sólido vigor. Los soldados, al principio igual que sombras, parecieron surgir, espesarse sobre la vaguedad lluviosa y desolada del turbio amanecer.

— ¡ Alto ! — gritó la voz del oficial que mandaba el piquete.

Automáticamente o quizás por costumbre, él también se detuvo.

— ¡ Siga usted ! — le ordenaron.

Continuó la marcha dando traspiés lo mismo que un borracho, bajo el agua que enlodaba aquel triste y borroso escenario de su brutal sacrificio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A su derecha iba el castrense de uniforme, gordo y miope, rezando con un breviario en las manos.

A su izquierda le seguía el defensor. Un alférez joven, imberbe, cabizbajo, palidísimo, más bien lívido ...

A una indicación del mando se detuvieron todos. El reo miró estúpidamente a su alrededor. Se encontraba en el centro de una planicie tapizada de yerba, orillados sus ángulos por cuatro baterías ligeras de cañones finos, inmóviles, de bocas redondas, amenazadoras ...

A poca distancia, la fatídica escolta encargada del fusilamiento.

De repente se propagó un callado "grito" de esperanza por todos los corazones.

Dos aeroplanos zumbaban entre las nubes.

El ronroneo inconfundible se fué acercando, llegó, pasó, se extinguió en las alturas ...

— ¡Valor, hijo mío! — le dijo el sacerdote tartamudeando, con las palabras rotas por la congoja.

Por primera vez comprendió el reo lo inminente de la terrible realidad, tantas horas esperada en las tinieblas de la prisión.

Unas zarpas peludas quisieron vendarle.

Las rechazó con horror ...

Sus ojos se encontraron un instante con los ojos espantados del defensor.

Llorando se abrazaron y llorando se separaron.

De pronto se vió solo, sin amparo ya, frente al pelotón que le apuntaba.

Perdido el valor en el momento supremo, cayó de rodillas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cantó un gallo a lo lejos. Brillaron sucesivamente unos relámpagos de angustia ...

Sonó la descarga.

Dió un salto enorme, un brinco extraño. Se puso un momento en pie y pesadamente cayó de espaldas con los brazos abiertos y la cabeza destrozada.

■

Cumplida la inexorable sentencia, las tropas desfilaron junto al cadáver, cuyo rostro lo tapaba piadosamente un pedazo de lona. Varios hilitos rojos, licuados, le bordaban la guerrera a la altura del pecho. Seguia lloviendo. En la calma augusta de aquella madrugada cenicienta, sólo se oía el crujir del agua en la arboleda y el " chás ", "chás " de las alpargatas de los soldados, de vuelta de la tragedia, chapoteando sobre la pista interminable que conducía al campamento.

. . . . . .

Moralmente había quedado reparado el daño, hecha la justicia, servida una vez más la ley. La ley tan fustigada por dramaturgos y escritores de todos los tiempos. La ley que también es vengativa, que también mata como los hombres y a veces como ellos también se mancha las manos de sangre.

¡ La ley, la ley ! ¡ Ah, la ley !...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Fidelidad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

MAQUINALMENTE dejó caer una mano sobre la metopa de la ventana.

Fuera, el véspero seguía lloviendo sus pétalos morados. En el horizonte una virgula roja indicaba la rotura del día, cuyos fragmentos cayeron de pronto entre las llamaradas del ocaso, avivando el resplandor de su incendio, que luego también se fué extinguiendo lentamente.

Pasado unos instantes, Claudio retiró la mano que había dejado colgada de la ventana. El humo de la niebla se la había enguantado de frio. Otra vez sus ojos se posaron en el ataúd...

Los zapatos del muerto sobresalían puntiagudos y deslustrados de los bordes de la caja forrada pobremente de negro. Más arriba, culminando el vientre abombado de gases, las manos entrelazaban sus dedos amarillos apretadamente, tan apretadamente, que las uñas se habían teñido de azul junto a las cuticulas concentrando en ellas la expresión desolada del cadáver, que no podía verse de tan hundido que estaba en las profundidades del túmulo encuadrado por cuatro toscos candelabros de madera, pintados de aluminio.

Indudablemente aquel luctuoso aparato funerario y la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por UI.PGC. Biblioteca Universitaria, 2009

enorme caja, adquirida como la ropa hecha en los bazares, pertenecía a una de esas antipáticas y sombrías sociedades benéficas de estatutos que trascienden a cera y medicamentos. Entidades donde se proteje a los socios para amortajarlos prestamente con objeto de quitárselos de encima mediante los responsos de rigor y el prestigio de una capa pluvial orlada de promesas, justo y postrer tributo al puntual pago de sus cuotas durante toda la vida.

De repente se abrió la puerta y entró la noche del brazo de Pedro Salinas. Le precedía una brisa olorosa y dulce que hizo oscilar en los pabilos las llamas crepitantes de los cirios. Claudio, apartando los ojos del catafalco donde para siempre dormía el maestro, se quedó mirando atentamente su obscura falda sembrada de estrellas en cuyo regazo la luna bordada con finas hebras de aljofar y plata mostraba su cara redonda en un gesto de bondad y comprensión por las estupideces humanas.

Resbalando por las paredes en sombra, subían en sonoras espirales las voces frescas de los transeuntes, llenando de optimismo el vacío solemne de la estancia mortuoria, enmudecida por el dolor. La sensibilidad auditiva de Claudio fué reconociéndolas a todas. Una por una le proyectaron en sus recuerdos la terrible frivolidad de la mayoría de aquellos hombres y mujeres que iban a establecer el imperio de su abolengo ridículo a los paseos desolados para hacer de ellos risibles archipiélagos de grupos, donde la pretensión pueblerina recortaba a contraluz, junto a la sinceridad dinámica del mar, sus más deliciosos tipos y tipejos, verdaderas caricaturas de elegancia, enfundadas tiesamente en trajes domingueros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ante este ejemplo intolerable de franco retroceso, de paralelismo simiesco, alimentado por nulidades que nunca habían sido nada, ni nada seguirían siendo para poder imperar sobre los destinos de una pobre tierra sufrida y hambrienta, sintió Claudio cada vez más honda la soledad de sus empeños y el derrumbamiento del verdadero concepto social frente a aquellos seres, cuyas voces alegres, desnudas, trepaban por la ventana perturbando el sueño eterno del anciano que tan severamente los había fustigado.

Un sollozo le sofocó, sintiendo en su boca el gusto tibio y salobre de las lágrimas.

El consejo del maestro volvió a sonarle lejano, entre el círculo jovial y bullicioso de los discípulos amados:

— El peor daño que podéis hacerme después de muerto es lamentar mi ausencia.

Fué entonces cuando comprendió la profunda significación de aquellas palabras, como también las de su padre para cortarle bruscamente, de niño, cualquier congoja:

— ¡ Cállate. Los hombres no lloran !

Había, pues, que luchar para redimir a la sociedad futura de aquellos seres amorfos, híbridos, lamentable paréntesis en el proceso zoológico de la humanidad, que aún quedaba en los recodos de la gran corriente universal de la vida. Sí, había que acabar con la injusticia, con la incultura, con la farsa social, poblada de polichinelas, para dejar paso libre a la honradez, a la austeridad, a la pobreza inteligente ....

Se puso en pie y exaltado por la veneración al muerto se acercó al humilde féretro que encerraba sus restos. Como a Jesucristo, todos sus discípulos le habían aban-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

donado menos él. Lentamente levantó el blanco pañuelo que le cubría el rostro magníficamente sereno y deslumbrante. Parecía transfigurado por el "polvo de los astros" y la visión de otra existencia, donde las ideas tomaban formas propias, independientes, como los "karmas" brahmánicos. Por un instante creyó tener en la garganta el grito revelador, que nadie ha lanzado aún, del conocimiento supremo, de la diáfana claridad ultraterrena. Así estuvo su espíritu flotando indefinidamente en el éxtasis, sin noción del tiempo y del espacio. Cuando volvió en sí, la noche, sin hacer ruido, se había marchado y Pedro Salinas también. A lo lejos, empezaban a lucir suavemente las primeras flámulas de la aurora ...

Atraído por el espectáculo de tantas desolaciones sintió cómo su alma se despeñaba en catarata flúida hacia los abismos insondables de la inconsciencia.

El piar de unos gorriones haciendo su nido en el viejo alero de la casa le hizo reaccionar y con la ayuda de aquellas alas inverosímiles pudo así salir trabajosamente, jubilosamente del profundo vacío de la muerte.

Una vez más se dirigió a la ventana y acodado en ella, ya consciente de su misión en la vida y como mejor homenaje al maestro, esperó fuerte y confiado la llegada del nuevo día, que aún guardaba todos sus oros en la ampolla oculta del sol.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La profecía

A Andrés de las Casas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CANSADO de la larga caminata se dejó caer en un "mimbre" de la amplia terraza, a cuyos pies se extendía el jardín y más allá el bosque profundo, obscuro, en cuyas soledades creía siempre escuchar la trompa de caza que Beethoven toca en "Leonora", entre una visión de rojas levitas y caballos voladores.

No había transcurrido media hora cuando llegó el viejo escopetero, que siempre le acompañaba en sus excursiones cinegéticas, enracimado de faisanes, perdices y patos silvestres, seguido por dos inquietas perras perdigueras, — "Diana" y "Estrella", — que solícitas y fieles fueron a tenderse junto al asiento del amo con los ijares palpitantes y las rosadas lenguas flácidas, caídas a un lado de las bocas semiabiertas.

— Buen día, ¿eh, Bernardo?

— Regular, señorito ...

— ¿Contastes las piezas cobradas?

— Cincuenta y seis con las que trae el guarda, incluyendo el "jabato".

Sonrió el caballero, mientras acariciaba la magnífica

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

escopeta inglesa que tenía sobre las piernas. Por un instante evocó el día ya lejano de sus años infantiles, que en esta misma terraza, su madre, señora de adusto y agrio carácter, le amonestó severamente porque había matado unas palomas: " Tienes malos instintos, — le había dicho, colérica, — tú, nos deshonrarás a todos ".

El sentido de aquellas palabras injustas y terribles las recordaba en el presente instante con cierta indulgencia que le licuaba los ojos. Su bondad ingénita, su nobleza y, sobre todo, su felicidad en la vida, no podía albergar en el pecho el más ligero rencor para quien habíale amamantado durante veinte largos meses su gula inacabable, transformando la pequeñez enclenque de su cuerpo en juventud fuerte y rolliza, con dos luceros inmensos ardiéndole en la cara morena Además, contrarrestaba aquel malestar, como pináculos iluminados de candor, emergiendo en las sombras del olvido, la visión de la madre afanosa, inquieta en el cuidado de los suyos. Sobre todo en la vigilancia de su padre. Hombre fino, delicado, de endeble fisiología que necesitaba arsenicar la sangre todas las temporadas en los balnearios de Cardona o Panticosa.

— ¡ Papá !... — exclamó en silencio, sin despegar los labios, saboreando el nombre inefable, impregnando cada sílaba de todas las ternuras amorosas de su pecho. Repitiéndolo así, en la soledad de la terraza, sentado frente a la fiesta de los arriates geométricos y los macizos de verduras de imbricadas hojas, se sentía desfallecer del mismo goce infantil de otros tiempos, cuando cogiéndose de sus rodillas le decía el nombre amado como un gorjeo de cariño, de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

admiración, como deben cantarlo los pájaros inocentes al iniciar el primer vuelo de la existencia.

. . . . . .

— ¡ Papá ! ¡ Papá !

Se volvió súbito, inquieto, hacia donde partía el conocido llamamiento. Era su hijo que venía corriendo, abrazado a un ramillete de claveles y margaritas silvestres. Detrás, la niñera le seguía pisando levemente sobre una alfombra de sol, que iba quedando tras sí a medida que avanzaba. Y nada había más bello que aquella túnica de luz movible, cayendo de sus hombros en fina lluvia de oro, que le ceñía fugazmente sus caderas de mujer joven y hermosa.

— ¿ Y la señora ?

La criada arrebolada, encendida, igual que una guinda, no supo qué contestarle. Hacía poco tiempo que estaba al servicio de la casa.

— ¿ Pero no oye usted que le pregunto por la señora ?

— Allá, en el bosque ...

Bruscamente dejó de besar al niño :

— En el bosque, ¿ con quién ?

De dos saltos bajó las escalinatas de la blanca terraza sin aguardar la respuesta. Su figura ágil y musculosa se perdió bajo la rosaleda para reaparecer disminuida junto a los corpulentos tamarindos que bordeaban la hacienda.

Iba el caballero en brazos de unos celos desconocidos, de un presentimiento espantoso. El, tan ecuánime y sereno no podía vencer el secreto horror que le dominaba. Una sucesión rapidísima de imágenes se multiplicaban sin intermitencias en su cerebro. Por fin la descubrió a lo lejos. La des-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cubrió acompañada de un hombre, tan interesante y gentil como siempre. La pareja caminaba sin preocuparse y con extremada lentitud. Por un momento se pararon y con las manos enlazadas desaparecieron en un repliegue del paisaje.

Maquinalmente el marido amartilló la escopeta y lo mismo que un cazador furtivo se fué acercando a los desgraciados, procurando no ser visto por ellos.

De pronto sonaron, casi al mismo tiempo, dos disparos.

Un grito de espanto, un alarido lancinante de mujer escalofrió la tarde.

El caballero, como un idiota, quedó contemplando a distancia la pieza cobrada, que se debatia agonizando en el suelo : Un muchacho rubio, de aventajada estatura, vestido con sencilla elegancia. El hermano de su mujer llegado aquella misma mañana del pueblo.

Las palabras lejanas de la madre, las palabras proféticas de la anciana muerta, volvieron a golpearle inexorables en los oídos : " Tienes malos instintos. Tú, nos dehonrarás a todos ".

Sin fuerzas para rebelarse contra el destino fatal, exclamó abrumado y delirante :

— ¡ Era verdad, mamá ! ¡ Era verdad !...

Y apoyándose en el tronco de un viejo olivo para no caer, rompió a hipar angustiosamente, desesperadamente, ya sin posible redención en la vida.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El aniversario

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CONTRA su costumbre, aquella vez el luctuoso acontecimiento había sorprendido a Ricardo Padilla muy lejos de los suyos.

En las últimas cartas escritas a su anciana madre y a su apoderado les rogaba se dijeran misas en todas las iglesias del pueblo por el alma de la esposa fallecida y se cubriese de flores, de rosas, de muchas rosas blancas, impolutas, la tumba adorada.

También les hacía el encargo con gran empeño, que se cuidasen con mucho esmero las hortensias, los mimos, los alhelíes, los tulipanes, los claveles, las palmeras enanas; en fin, todo el jardín pequeñito y multicolor, que la gentil compañera cultivó con cariño en la azotea de la casa, y ahora, por orden expresa de Padilla, circundaba la ancha lápida funeraria en íntimo y delicado homenaje a su memoria.

Como una visión imborrable y amarga el triste viudo revivía en su memoria las tardes aullantes, inolvidables, en que junto al sepulcro mudo, insensible a su dolor y sus lamentos, contemplaba los últimos rayos del sol filtrarse por entre los frondosos sauces de Babilonia y los cipreses erguidos, impa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sibles, herdticos, igual que largos dedos ensangrentados, señalándole al cielo:

— Allí, allí la tienes — parecían haberle dicho más de una vez, cuando los agitaba el viento, en un lenguaje musical y categórico, quizás en afán de consuelo al darse cuenta de su aflicción.

Pero él, revelándose contra aquel hermetismo elocuente de lo desconocido, había protestado en un soliloquio preñado de lágrimas del brusco desenlace de sus amores, de su pasión sentimental y calenturienta, que no podía, que no quería resignarse a perderla para siempre, dejándole únicamente como recuerdo de su paso por la tierra el sabor perfumado de sus besos y una nena blonda y angelical, vestida de negro, encerrada con la abuela en aquella casona desierta, que le parecía más grande, más solitaria, cada vez que entraba en ella de vuelta del cementerio ...

■

Ricardo recordaba todo esto en la víspera del sexto aniversario, acodado de bruces en el barandal del balcón de su cuarto del hotel.

En la distancia de la noche primaveral un astro cente-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lleaba con incesantes y policromos fulgores — granate, esmeralda, zafiro — sobre el misterioso arco del infinito.

Abajo, en la ciudad extranjera y cosmopolita, el ajetreo de sus habitantes ascendía sordamente, como el rumor que producen en la paz del campo las abejas infatigables con su " rum rum " monótono, invitándole al reposo.

Se volvió de espaldas a la ciudad y a la noche estrellada.

Dentro de la habitación, en la cama amplia y muelle, su nueva compañera, que hacia tiempo consolábale de la terrible desolación de su viudez, descansaba en actitud supina, con la boca semiabierta, por donde se escapaba el leve vaho de su aliento de mujer sana y fuerte.

La contempló unos segundos frente al contraste de sus dolorosas evocaciones, purificadas en el sufrimiento, sintiendo una mezcla de admiración y piedad por su joven y opulenta hermosura, avalorada en aquel instante bajo el ramalazo lechoso de uno de los fanales eléctricos, que le bañaba impasible y sin recato la elasticidad estatuaria del vientre y la pulpa blanca y mollar de las caderas.

A pesar de serle fiel y buena, debido a su espiritualidad transitoria, sólo vió en ella lo que era injustamente: Un juguete de placer carnal. Una querida más.

Sin hacer ruido para no despertarla y que pudiera notar su inapetencia, se fué desnudando lentamente. Se vistió el pijama, apagó la luz y se durmió poco después con una inefable y agorera angustia despierta en el corazón ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pasada la media noche le acometió una extraña y sorda pesadilla. Una de esas espantosas pesadillas que suelen colocar a los hombres en la divisoria brumosa que separa a la vigilia del sueño y de las que unicamente se dan cuenta los pacientes por sus propios gritos ahogados, retorcidos, deformados, y el martirio de lo que en la cerrazón de sus inquietudes contemplan.

Tal le ocurrió a Ricardo. Pero su pesadilla se diferenciaba de las corrientes en que durante todo el tiempo que duró estuvo iluminada por una vivísima claridad de conciencia y percepción. Es más, en los momentos culminantes llegó a adquirir aspectos de tan exacta y tangible realidad, que muy bien podría clasificarse entre los múltiples "casos" de vida *suprenormal* o aquellos otros *avizorantes, preconizados por* Maeterlinck, Ory, Roso de Luna y demás teósofos, que nos hacen pensar en el insondable y misterioso vacío que separa a la vida de la muerte dentro de la inmortalidad de nuestras almas.

Primero, reapareció ante los ojos de Ricardo, su casona triste y cerrada, unicamente sonora por la charla infantil de su hija. Más allá, junto a una ventana, que enmarcaba un pedazo de mar con una vela latina al fondo, la abuela zurcía, contestando invariablemente con la misma cantinela a las preguntas de la nieta, sin levantar los ojos apagados y cansinos de la costura.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El también estaba allí, contemplando, arrellanado en un sillón, el grupo deliciosamente simbólico de su madre y de su hija. Se hubiera sentido el hombre más feliz de la tierra si de aquel conjunto de puros amores no hubiera estado ausente la que todo lo alegraba y ennoblecía con su incomparable castidad y majeza.

De pronto, la niña, que había ido jugando hasta la claraboya de la escalera, gritó retirándose atolondrada, asustadísima, desconocida:

—¡¡Papá!! ¡¡papá!! ¡¡Ahí viene mamá!!... ¿No decías tú que estaba muerta?

Ricardo, al oirla, se "vió" a sí mismo, avanzar de un salto hacia el recibidor y...

La sangre se le heló en las venas. Creyó perder la razón. Volverse loco.

Allí estaba ella acabando de subir el último peldaño. Vestía de blanco. Una sutil y gloriosa fragancia la circundaba. Algo así, como la quintaesencia de las lágrimas, del amor, del sufrimiento, de las pérdidas irreparables, si pudieran destilarse. Le pareció más alta y delgada. Los ojos bellísimos, insomnes, orlados de sombra. El pelo trasudado. Pálida, muy pálida...

Ricardo, que al principio de su viudez, tantas veces le había pedido a Dios se la dejara ver, no pudo avanzar a su encuentro. El terror lo tenía paralizado, clavado en el suelo. Sintió miedo de la difunta. Un miedo vergonzoso y cerval, que sólo le consintió tartamudear:

—¡Oh, no... Imposible, Laura... Ya no soy digno de ti!... ¡Vete, vete y descansa en paz en el seno del Señor!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

. . . . . .

Cuando logró reaccionar y pudo moverse en la cama, se volvió, todo tembloroso, hacia la amante, abrazándose a ella como un hombre - niño más, que buscara el supremo amparo en el regazo materno.

La querida, violentamente despierta y sobresaltada, lo contemplaba llena de un asombro plebeyo, entre las marañas del sueño :

— ¿ Qué te ocurre, qué te pasa, mi vida, mi chiquito ?

Pero él, como la heroína de " El muñeco de trapo ", de Salaverria, no le contestaba, arrepentido ahora de su lamentable traición y desafecto hacia la pobre muerta.

¿ Ese era el inmenso amor por ella ? ¿ Sus anhelos de volverla a ver ? ¿ Dónde ? ¿ En cuál de las " dos " vidas de que nos hablan los santos y poetas ?

Por fin la congoja que hervía en su pecho se deshizo en amargos lamentos :

— ¡ Ahora sí que estaba muerta ! ¡ Bien muerta para él ! ¡ Muerta para siempre !

Y ocultando la cara entre las mamas desnudas y tibias de la amante, empezó a llorar copiosamente, desesperadamente por lo que él creía su olvido, su inconstancia, que era al fin y a la postre la vulgar y piadosa inconstancia de todos los hombres, de todos los corazones humanos, modelados así por el Creador, para poder sobrevivir a la muerte, al recuerdo de la felicidad perdida, a una gran pasión ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Guindas

A Pedro Mata

Cantor monorrítmico de este fruto ;
manjar predilecto de mirlos y capirotes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

... " cuatro veces, Amor, me has herido ... "

APARTANDO las hojas asomó su cara expresiva, su cara morena, tostada, como las mieses que dora el sol. Reía plena de vida y de gozo carnal, con el seno vibrante, lleno de luz y de sombra por la trepidación de la risa. El descote, semiabierto, dejaba adivinar la suave prominencia de sus pechos breves, empinados, saltarines dentro de la blusa clara. Parecía vestida con velos de aire, de gracia, tal era la transparencia de su ropaje, mejor, pretexto para acrecentar la admiración en la duda oculta de las líneas finas, ágiles, armoniosas en toda su juventud.

La pelambre negra de su cabeza en toisones, — casco de Minerva, — se encendía en matices azules cada vez que el sol filtrándose por entre las hojas proyectaba su luz cernida, exornándola con un nimbo verdoso, metálico, diadema de esmeraldas silvestres, — iguales a las que Zamiatín emplea para coronar sus vírgenes rusas, — más bellas en su sencillez que las mismas gemas y las flores, hasta el punto de no com-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

prenderse bien por qué las hojas, esas hojas tiernas, ingenuas y humildes, que ensombrecen los arriates y senderos, no han de tener una aceptación más cordial en las fiestas mundanas, entre los platinos y las perlas de la orfebrería preciosa.

Cuando ya iba a perderme en estas divagaciones inútiles, sus brazos desnudos, en alto, raptaron de la fronda copuda un hermoso y apretado racimo de guindas, que fué lentamente desgranando con su boca golosa, donde aún palpitaba el relámpago de la risa, risa de plata, cristalina; risa optimista que en un instante había contaminado con su alegría la rústica desolación que nos circundaba para luego ofrendarme con sus ojos húmedos de lágrimas la ocasión propicia de gustar también el delicioso fruto, más delicioso por venir de sus manos que de la propia naturaleza.

Pensaba cogerlo enseguida, pero quedó mi apetito frustrado porque rápida y veloz se esfumó tras de la arboleda, reapareciendo más tarde por otra desgarradura del boscaje iniciando contra mi un nutrido tiroteo, quedando en un instante desgranado el ópimo racimo rezumante y fresco, mientras seguía riendo de su inocente y adorable travesura, teñido ahora de grana el rostro adorable, que el vaivén de las hojas vendó de improviso de sombra, como a un nuevo Cupido, que hubiera quedado con la aljaba vacía en el divino juego de las guindas prietas, ¡ay!, desde entonces para mi dulces flechas de amor...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La agresión

A José Felipe Hidalgo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CUANDO el capitán Ruiz de Atienza salió de su cabina, ya el " Isla de Menorca " habia fondeado.

Sobre la lejanía gris perla del cielo pluvioso, la masa ocre de la ciudad de Larache se recortaba indecisa y esbelta, casi sin contornos, en aquella vaguedad húmeda y neblinosa del triste amanecer.

Diríase un viejo cromo a la acuarela, desvaido por la acción del tiempo y la intemperie, agravado en aquel instante por un mar estático, incoloro, sin horizontes definidos, por cuya superficie volaban en disciplinada hilera, como obedientes a la consigna del guión, una interminable bandada de negros pájaros africanos ...

La " barra ", la temible y espumosa barra de los días de tormenta, que con sus olas iracundas cerraba el puerto, estaba ahora sumergida en una calma letal, que permitió al panzudo remolcador cruzarla sin el más leve contratiempo, tranquilizando asi la preocupación del abigarrado y pintoresco pasaje, entre el que se encontraba nuestro melancólico y desconocido capitán, un poco desconcertado ante la rápida diversidad de emociones y panoramas entrevistos desde su

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

brusca salida de "Las Afortunadas", obedeciendo órdenes urgentes, por haber sido destinado a uno de los batallones de cazadores que operaban por aquella zona, donde el principal enemigo de los europeos no eran precisamente los moros, — según le dijo con encantadora jactancia y suficiencia un imberbe oficial Interventor, ya de sobremesa en el hotel, — sino los "anopheles", esos frágiles y taimados mosquitos, portadores inconscientes del germen palúdico, incubado durante el invierno en los remansos de los ríos y en las planicies cenagosas del interior ...

— Ahora bien — añadió el teniente arreglándose el distintivo de su cargo, consistente en un óvalo de esmalte rojo, prendido en el pecho como una flor — contra el peligro de esa infección está su especifico, que es el sulfato de quinina, y sobre todo, la abstinencia de los placeres y el alcohol.

Ruiz de Atienza, al oirle, le miró sonriendo levemente, pensando que aquel chico inexperto y parlanchín era un caso más de petulancia de los muchos que tan frondosamente se desarrollan en el protectorado español. De buena gana le hubiera invitado a más sabrosos y regocijados comentarios con aquella su agudeza irónica y silenciosa, que era en él un arma formidable ; pero el recuerdo de la esposa amada y los pequeños hijos lejanos, desvanecieron en su rostro aquellos atisbos de burlona complacencia, volviéndole a encastillar en su hermetismo doloroso y solitario en medio de tantos arneses guerreros y dorada vacuidad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A los tres días de estar Atienza en Larache, recibió orden telefónica de su jefe de incorporarse a la primera compañía, que estaba destacada en " Ain Grana ", en la línea de fuego más avanzada, sobre el poblado de Tazarut, residencia del Raisuni, y a la sombra de "El Buhassen", ubérrima y elevada montaña, cuya cima cubierta de nieve, la pudo vislumbrar dificilmente por primera vez desde Arcila, empañada por la distancia y medio envuelta en inmensos girones de niebla.

Hasta " Megaret ", la marcha fué rápida y ligera. En dicha posición dejó el automóvil, y en compañía de otros oficiales, tan taciturnos y reservados como él, se unió al convoy que iba al " Soko el Jemis ", compuesto de unos catorce o diez y seis hombres montados en mulos y caballos. El tránsito por las posiciones intermedias fué recibido con muestras de regocijo y camaradería. En algunas, como " Rokba Gozal ", los oficiales, con las botas impermeabilizadas de montar hundidas en el fango hasta la altura de las rótulas, salieron a saludarles, ofreciéndoles pitillos y coñac con esa liberalidad y esplendidez conque el Destino une fraternalmente a los hombres distantes de la Patria y amenazados por idénticos peligros.

A medida que el convoy avanzaba tierra adentro, pasado el " Soko el Jemis ", donde tuvieron que pernoctar, la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

marcha se fué haciendo más difícil. Los barrizales blandos y viscosos parecían como querer retener a las acémilas cansinas, clavadas a veces hasta las corvas en un chapoteo insoportable de fango amarillo, cuyas salpicaduras implacables alcanzaban a los mismos jinetes, constelándoles lastimosamente de aquellas inmundicias de la tierra cenagosa, cortada en varios sitios por ríos profundos, que se vieron en la necesidad de vadear a nado, con grave peligro de sus propias vidas.

Durante aquel éxodo hacia lo desconocido, en más de una ocasión se cruzaron con caravanas de moros, caballeros en sus pequeños y ágiles jamelgos, que al verlos refrenaban la marcha, con objeto de que las infelices mujeres a pie, brutalmente cargadas hasta el extremo de hundirse también en el fango, pudieran seguirles, quejumbrosas y anhelantes. Esta inaudita postergación del sexo impresionó mucho a Ruiz de Atienza, haciéndole sentir como nunca la grandeza evangélica de su culto, que daba "esposa y no sierva ", para poderla dignificar hasta las excelsitudes azules del ideal, compartiendo con ella el pan amargo de la vida, que en el seno del hogar se transforma, haciéndose tierno con alburas de hostia, ante el milagro glorioso del amor humano ...

Así, andando, andando, entre gabas y matorrales espesos, que con la complicidad de su fronda ocultaban el pardo y callado caserío de los " aduares ", transcurrió el segundo día de marcha albicante y desolada de aquellos modernos conquistadores, hasta remontar el último repecho que conducía al campamento de " Ain Grana ", que apareció al poco rato ante los ojos de Atienza, poblado de rumores y blancas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tiendas cónicas, como cucuruchos de papel, que el sol poniente de invierno incendiaba en maravillosos reflejos de púrpura y oro, al amparo paternal del "Yebel Alam", el viejo monte sagrado ...

■

Las primeras noches, nuestro ya conocido capitán no pudo conciliar el sueño. El lecho, poco más ancho que una camilla para conducir heridos, impediale moverse a su antojo. El piso de tierra, con motivo de las constantes aguas, estaba impregnado de una humedad helada y peligrosa. La lona de la tienda, en los dias de lluvia, goteaba por todas partes, produciéndole esta especie de disimulada intemperie, fuertes cefalalgias. Por efecto de su forzado desvelo dábase exacta cuenta de todo cuanto acontecia a lo largo de las terribles noches africanas.

Aparte de la natural inquietud que le causaba el aullido de los chacales, junto a las mismas alambradas, y la responsabilidad de su cometido como jefe de la posición, que le hacia recordar el fin trágico de las fuerzas destacadas en "Arba-el-Kola", le mantenian en continuo y nervioso sobresalto las invariables y puntuales visitas de las ratas, de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

unas ratas enormes, peludas, escalofriantes, como nunca las había visto, y sólo pudo inventarlas la imaginación alcohólica y calenturienta del desdichado Edgar Poe.

Sus chillidos agudos y entrecortados le hacían sentarse de un salto en la cama, manoteando para ahuyentarlas. Mas los roedores, habituados ya a la vecindad de los hombres, hacían caso omiso de estos aspavientos, disputándose a mordiscos, gritos y carreras las migajas de la cena, esparcidas por el suelo.

De nada valía tapar las madrigueras, ni zurcir los boquetes de las tiendas, pues ellas, cínicas y tenaces, con una astucia inconcebible, volvían a romperlos.

Lentamente su sensibilidad hiperestesiada por estas inoportunas visitas se fué embotando hasta acostumbrarse a la nocherniega convivencia con animales tan raudos y repulsivos, que ya sus hazañas y luchas intempestivas no le impresionaban.

Lo mismo le aconteció con el medio ambiente que le rodeaba. La cama irrisoria y endeble, a fuerza de resignación y costumbre fué haciéndose mullida y deseable, después del ajetreo marcial de todos los días.

El fosco panorama, antes borroso y sin mérito apreciable a sus ojos, fué también adquiriendo tintes y novedades de un hermoso panteísmo, avalorado a veces por el espectáculo lejano de algún moro en oración, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada disuelta en la aurora y la chilaba agitada por el viento, ciñéndole con fuerza su silueta varonil, como una armoniosa y fina cariátide de piedra.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Contribuyó a aquel despertar perezoso de su adaptación y sentido artístico, el ejemplo de sus demás compañeros, que solícitos le brindaron la oportunidad de una visita muy interesante al poblado de Tazarut, entre cuyas chozas misérrimas con techumbres de paja, mostrando aún muchas de ellas las señales de los bombardeos de nuestro servicio de aviación, se erguía el palacio del Raisuni, en cuyo interior silente y misterioso se guardaban incalculables tesoros de tapices de Fez, bordados en oro, ricas telas de Wasan, repujadas joyas orientales y las bellezas pálidas y multiformes de las treinta y cinco mujeres de " El Cherif ".

Pero lo que despejó definitivamente la sombría preocupación de Ruiz de Atienza, fué la noticia optimista y sensacional de su próximo ascenso con motivo de las reformas militares incluidas en los nuevos presupuestos.

La idea cascabeleante y bulliciosa de volver pronto a estrechar contra su corazón el corazón de su gentil compañera y las cabecitas inocentes de sus pequeños hijos, poníale trinos de pájaros en la garganta y lágrimas de placer en los ojos ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un día lleno de sol, cuando todos menos lo esperaban, llegó la orden telegráfica del relevo de las fuerzas que guarnecían la posición de "Ain Grana" y su próximo campamento.

La fausta noticia corrió de tienda en tienda con la velocidad triunfal del pensamiento. Los soldados, tan sufridos, dóciles y jaraneros, ante la generosa y sedante perspectiva del descanso en la plaza de Arcila, después de siete meses de penalidades y avizorante vigilancia en los parapetos, bajo las nieves y las lluvias inclementes de un crudo invierno, no podían contener la algazara impetuosa que borboteaba en sus nobles pechos y se expandía sonora por el espacio ardiente, convertida en donaires y canciones.

El mismo Ruiz de Atienza, contagiado por aquella insólita alegría, recorrió con su tropa, casi sin darse cuenta, la primera etapa del regreso liberador, que le acercaba por momentos a la inmensa ruta fresca y cosmopolita del mar, que tantas veces había contemplado desde su posición, como una quimera, como una aventura imposible de realizar ...

Cuando más tranquilos seguían avanzando los soldados, después de haber vadeado el río, bajo los compactos chopos y jarales que orillaban en alto talud la "pista" interminable, sonó de repente una descarga.

La columna hormigueadora y ondulante, como un gi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

gantesco gusano kaki, sorprendida y desorientada detuvo por un instante su avance, para más luego retroceder con brusquedad instintiva, ante el terrible tiroteo enemigo generalizado rápidamente por ambos lados del desfiladero ...

En el acto Ruiz de Atienza se dió cuenta de su situación desesperada. Pero cosa extraña, en vez de dudar, de amilanarse, una serenidad pasmosa le dominó desde el primer momento, mostrándole la realidad de los acontecimientos.

El enemigo, astuto y traicionero, habia dejado pasar la vanguardia para poder batir impunemente, desde los dos altísimos taludes, el grueso de la columna. Logrado esto, la confusión y el espanto se encargarian de lo demás.

Y asi sucedió.

Las balas mallaban iracundas en el aire lo mismo que gatos hambrientos, los moros, ágiles y osados, avanzaban a grandes zancadas por todas partes, ocultándose igual que alimañas, entre las húmedas y achaparradas malezas del camino ...

Hubo un momento en que Ruiz de Atienza, al notar que sus disposiciones no surtian el efecto apetecido, pensó en el repliegue hacia el vado, con objeto de escaparse de aquella fatidica encerrona y reorganizar sus fuerzas, apoyándose en la retaguardia. Mas le fué imposible hacerlo porque el enemigo acababa también de taponarle la única y trágica salida que desembocaba en el rio ...

¡Por fin los salvajes de "Sumata" iban a celebrar la tan anunciada carniceria !

Todo el sedimento ancestral y masculino de la raza vibró como postrer relámpago en su alma, que fué eternidad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

gloriosa para todos. Resolvió no dar más órdenes porque era imposible cumplimentarlas. Un proyectil le hizo añicos la pistola, arrebatándosela de la mano. Mas no se arredró por ello. Con agilidad insospechada se tiró del caballo y parapetándose tras el noble bruto, con el fusil de su ordenanza, empezó a hacer fuego ...

De pronto sintió un golpe agudo, casi sin dolor, en el cuello. Instintivamente se llevó la mano a la herida y se le manchó rápidamente de sangre, de una sangre roja, arterial, continua, inacabable. Sin darse cuenta le flaquearon las piernas y se vió tendido sobre el barro pestilente y pegajoso, que se enrojecía a su alrededor.

A pesar de tener los ojos muy abiertos, los objetos y árboles cercanos se iban "alejando", esfumándose en una humareda irremediable. La gritería ensordecedora de la lucha desigual también se fué lentamente extinguiendo.

Entre la calina cada vez más densa de su mirada, distinguió un numeroso grupo de cabileños descalzos, que avanzaban aulladores, jadeantes. El siniestro brillo de las gumias resplandeció un momento en el aire. Dificilmente ya pudo vislumbrar cómo segaban los cuellos de sus infelices soldaditos, — los mismos de Cuba y Filipinas revividos, — que rodilla en tierra disparaban frenéticamente, en horrísona mescolanza, vendiendo caras sus juveniles ilusiones.

También sobre su cabeza vió bajar, buída y tajante, varias veces, una de aquellas armas sanguinarias, manejada por un negrazo feroz, pero no sintió los golpes, a pesar de saber que lo estaban rematando.

Las sombras de su esposa y de sus hijos adorados dulci-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ficaron el espectáculo. Se interpusieron entre sus sueños y la realidad horrorosa en una rapidísima sucesión de imágenes queridas. Los contempló con las caras regadas de lágrimas, débiles, pequeñitos, ya vestidos de luto, solos en el mundo ...

Humanizado por el inefable y amoroso recuerdo, también Ruiz de Atienza quiso llorar, incorporarse, renunciar a los laureles del héroe, para sólo ser en aquel supremo instante un hombre, un pobre padre moribundo ...

Pero tampoco pudo lograrlo, y dejando caer otra vez la cabeza mutilada, entregó su alma a Dios.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Infancia

A mi hermano Pedro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

BUSCABA el país fabuloso para ser feliz. Lo encontraba únicamente en el recuerdo distante y fragmentado de su infancia : América. Cuando vivían sus padres. Sus correrías de niño. El panorama ubérrimo, frondoso, en su magnificencia tropical : Una Ceres cobriza, volcando el cuerno de oro de la abundancia y una brisa encendida en calientes aromas de piñas y bananas ...

En ese empeño procreó a sus hijos, formó la familia, fué envejeciendo, perdiendo las esperanzas de aquel anhelo, de aquellas ansias que a veces parecían tener alas rosadas de una segunda juventud.

Hasta que una mañana la suerte loca, profetizada repetidas veces por sus amigos en las horas de mayores desalientos, tocó ruidosamente a su puerta con el sistro de la alegría. Por fin iba a realizar su sueño dorado, la suprema inquietud de todos los días, su ansia de volver al país donde únicamente había sido feliz y amaba más que a la propia tierra nativa. A lo largo de su vida, en cualquier parte, a pesar de los años transcurridos, de los afectos logrados, siempre se había sentido forastero, extraño, inadaptado ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ahora sí. Al fin el ensueño era realidad. Allí, frente a él, estaba el histórico castillo de " El Morro ", emergiendo con blancura candial de la costa baja. La playa solar. Las palmeras indolentes sobre el horizonte cobalto escuchando la eterna cantinela de las olas. Desde la cubierta del buque quería aprisionarlo todo, retenerlo en los ojos, meterlo en el corazón. Se acordó de sus padres fallecidos hacía muchos años, allá, en Europa. Cosa rara, sus hijos, vivos al otro lado del Océano, no perturbaron ni un momento el tierno alborozo de su alma.

Varias semanas las pasó en La Habana tanteando, buscando en el desconcierto urbano las huellas de su infancia. Pueril, como si el tiempo pudiera retenerse, preguntó por el hotel " Florida " y le miraron con lastimosa curiosidad ; inquirió por los pabellones de " La Punta " y le aconteció cosa parecida. Hombre perspicaz se convenció bien pronto que no debía preguntar más. Trabajosamente y ayudado por el recuerdo fué siguiendo un borroso itinerario ideal. A veces, junto a la soberbia altivez de un almirable edificio de líneas sintéticas, descubría los vestigios del Instituto en cuyas aulas inició los estudios del bachillerato.

Tal le ocurrió en Pinar del Río. Allí también pudo reconocer difícilmente, como lo haría un fantasma entre las ruinas gloriosas de Pompeya, la casa donde se deslizó parte de su niñez. Sobre sus piedras venerandas derramó lágrimas de fuego. A pesar del bullicio, de la cordialidad, de la hospitalidad cubana, se sentía huérfano, desolado. No conocía a nadie. De su tiempo, tiempo viejo de la "volanta" y el calesero, pocos quedaban. Incorregible, preguntó ahora por la familia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de Fornaguera. Habia emigrado. Lo mismo le ocurrió a la de Marichal. Otras habian desaparecido, muerto. De " Coleta ", la negra nodriza de su hermano, nadie supo darle el menor indicio. Por centésima vez se sintió solo, inadaptado. La terrible ironía de la vida le demostró que después de sus múltiples andanzas y afanes, no estaba tampoco la felicidad, ni el encanto, en aquella tierra de promisión, tantas veces deseada.

El fenómeno siempre repetido y siempre nuevo se desnudó súbitamente ante sus ojos asombrados y pudo comprender, por último, que las esperanzas y el ahinco contra el destino inexorable le habian hecho confundir, en un delicioso contrasentido, el panorama con los años ; las ilusiones perdidas con el suntuoso escenario de su felicidad, que al fin y a la postre, no era nada más que la infancia, la inocencia, las albricias cascabeleras de sus juegos de niño, la sinceridad transparente de sus amiguitos puros ...

Desengañado, roto el encanto para siempre, su silueta ahilada y senil se encorvó aún más para poder pasar bajo el arco estrellado de la noche azul, ya cuajada de sombras vaporosas, en cuyo fondo incierto las luciérnagas, los "cocuyos", encendian el verde centelleo de su vuelo sobre el misterioso crepitar de la sabana.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En la isla de las antenas

A Leoncio Rodríguez

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

RISKO había llegado en un paquebote holandés aquel día por la mañana. Lo primero que le sorprendió, cuando la distancia del navío le permitió abarcar la isla, fué su configuración extraña, irregular en la base, de altos acantilados ocres, calizos, emergiendo repentinamente del agua en una sucesión trepadora de agujas pétreas, inverosímiles. Diríase la catedral de Milán sumergida, o mejor las montañas de Monserrat anegadas, sobrenadando únicamente del cataclismo imaginario sus altos y finísimos pináculos entre cuyas puntas amarillas las nubes se desgarraban dejando prendidas a su paso blancas y grises hilachas acuosas, como gallardetes arbitrarios de una fiesta sideral.

Risko, con la gorra escocesa encasquetada hasta las orejas y los oculares de los prismáticos soldados a sus órbitas, como si fueran prolongación de éstas, había escudriñado desde cinco millas antes de llegar al puerto la silueta topográfica de la famosa isla, rara estrella de mar, abierta en las soledades del Pacífico, sobre cuyo perímetro los abejorros de la aviación, — uno por cada buque de turistas, — trepidaban continuamente, volando primero a lo largo de la única

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

avenida que rodeaba la isla de cincuenta kilómetros de circunferencia, orillada de estupendos jardines de perenne follaje; donde los "chalets" de múltiples estilos ponían las notas calientes de sus alegres colores. Después, en vuelos concéntricos y elevándose graciosamente los aparatos, reconocían el interior del país de afelpadas altiplanicies, maravillosos valles en contraste violento con el perímetro árido, almenado, igual que gigantesca muralla natural, que codiciosa guardara en su regazo todos los encantos que el hombre y la naturaleza forjaron en delicioso consorcio para deleite de los sentidos.

Ni Montecarlo, ni la Costa Azul, ni los balnearios alemanes, ni los sanatorios invernales de Suiza, ni aún siquiera las playas solares de España, podían resistir la comparación con aquel lugar cosmopolita, ultramoderno, único en el mundo y cruce obligado de los dirigibles y motonaves en las grandes rutas de América y Oceanía.

Risko, recordaba sus impresiones de la mañana, sentado ahora frente a una mesita individual, cubierta de nítido mantel, donde las altas copas empañadas por las bebidas frías contrastaban con el bochorno de la noche canicular. Sobre la espléndida terraza, multitud de comensales de todas las latitudes cenaban alegremente mientras una orquesta de músicos javaneses, tocados con rojo fez, atronaban el aire perfumado de algas y esencias orientales. El mar, adentrado bajo las arcadas misteriosas del hotel, reflejaba en su fondo de sombras las perlas inmensas de los focos eléctricos, desgranadas en el agua. Todo el litoral enguirnaldado de luces ardía espléndidamente. Cooperaban al espectáculo inolvidable

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

los anuncios zigzagueantes y luminosos de los comercios australianos, indios, chinos, japoneses, etc., que hablaban al turista en una jerga cromática de la bondad de sus hilaturas y mercaderías preciosas: lanas de Adelaida, tapices de Persia, alfombras de Rabat, bordados de Canarias y Rumania, céfiros de Esmirna, sedas de Calcuta y Shanghai, porcelanas de Satsuma, máscaras de Kioto, taburetes de Córdoba, vasos blasonados de la Alhambra, lámparas y babuchas de Fez, amuletos y toros alados de Siria, espejos y escarabajos de Egipto, marqueterías de Ceylán, elefantes de marfil, dragones de oro, cofres de laca y sándalo, flabelos suntuarios de plumas de avestruz y mil productos más, que el consorcio comercial de la interminable "calle de las naciones" ofrecía a los visitantes con el incentivo tentador de su prestigio exótico.

De improviso, una voz de mujer, hablando en inglés, obligó a Risko a volver la cabeza bruscamente. El "as" de la aviación americana, necesitó de toda la fuerza de su voluntad para no lanzar un grito de sorpresa ante el asombroso parecido de aquella dama elegantísima con su inolvidable esposa muerta, raptada por los dioses en plena juventud.

Le acompañaba un capitán de corbeta de la Armada Imperial japonesa, que lucía bordado sobre el uniforme el distintivo de los pilotos de la aeronáutica de guerra. Como una excepción de su raza era de aventajada estatura y rasgos asiáticos casi imperceptibles a no ser el cabello hispido y los ojos ligeramente oblicuos, que prestábanle a su pálida fisonomía un agradable aspecto de hermetismo y masculinidad. Cortésmente escuchaba a su compañera mientras se servía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de los variados entremeses que un camarero descalzo, de piel cobriza, le presentaba en pequeñas bandejas de plata, orilladas de cristalinas virgulas de hielo.

Risko, repuesto de la tremenda impresión, arrancó maquinalmente una cigalia del fino búcaro que exornaba la mesa y la colocó en la solapa de su " smoking ". Después, encendió su pipa y ordenó al camarero le sirvieran el café en un ángulo recatado de la terraza. Al pasar junto a la pareja notó que su presencia era motivo de disculpable curiosidad, por parte de ellos. Un sentimiento de orgullo le hizo manifestarse aún más en toda su magnífica belleza apolínea, estilizada por los deportes. Su mirada franca y leal se cruzó por un instante, bajo el estruendo renovado de los músicos javaneses, con la divinamente azul de la dama desconocida, cuyos grandes ojos se entenebrecieron ahora, quizá, al anublarle el alma la sombra inexplicable de un presentimiento.

■

El " Stadium " de la isla, situado en una de las más espléndidas y suaves mesetas interiores era de proporciones verdaderamente gigantescas. Sus graderías esculpidas en las mismas estribaciones de las rocas tenían asiento para más de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cien mil espectadores. Fácilmente se comprenderá tal magnitud al considerar que todas las asociaciones deportivas del mundo habían elegido aquel país internacional para la celebración periódica de sus juegos olímpicos. El formidable rectángulo estaba limitado al norte por "la Victoria" de Samotracia levemente posada en su vuelo sobre la proa truncada de un bajel y al sur por un discóbolo desnudo en la actitud elástica de lanzar el tejo. Ambas reproducciones, fundidas en bronce, levantaban su gracia eterna al cielo, como un símbolo milenario del valor y la destreza, siempre renovada por la humanidad desde los tiempos de Atenas.

Seguía paralelamente a este desusado alarde de cultura física el amplio y afelpado aerodromo, orillado todo él de sólidos "hangares" de uralita, en cuyos cuatro vértices las torres metálicas de amarre empavesaban sus flancos cada vez que los transoceánicos del aire llegaban de lejanos continentes abarrotados de mercancías y turistas. Poderosos ascensores de gran capacidad ponían en comunicación directa a los viajeros de los dirigibles con los múltiples funiculares, — gusanos articulados de acero, — que bruñidos y cronométricos eran los eslabones de enlace entre el litoral y el interior de la isla a través de numerosos pasadizos, túneles y puentes, verdaderas maravillas técnicas de la construcción por lo nuevas y atrevidas, donde la geometría y el cálculo entonaban un himno triunfal a la inteligencia del hombre, que aquella mañana también escucharon absortos Risko y Tanaka, los respectivos "ases" de América y el Japón, amigos desde el día anterior en que fueron presentados mutuamente por los agentes diplomáticos de ambos pueblos en la fiesta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dada en honor de los famosos pilotos y demás compañeros en el " Palacio de las Audiciones ", durante un concierto de ondas ultracortas, retrasmitido de la Opera de Leningrado por una potente estación moscovita.

Regresaban los dos aviadores en compañía de sus mecánicos de reconocer los motores de los aparatos y visitar el espléndido campo de aterrizaje, que unánimemente consideraron mucho mejor que los de Tachikawa, Kasumigura y Lakehurst, debido a su soberbia y novísima estación meteorológica, a la superficie ideal de su suelo, sin fruncidos, ni desniveles y sobre todo a la bien calculada pendiente de sus pistas de " despegue " para el vuelo de aviones demasiado cargados de esencia. También venían en el mismo funicular numerosos pilotos de diferentes naciones que, asimismo, acudían a la magna empresa para la conquista del gran trofeo internacional, simbolizado por dos alas aquilinas de oro, unidas a una corona de laurel de imbricadas hojas de esmeraldas.

Hacía varios años que el preciado galardón estaba en poder de la aeronáutica italiana y era decidido propósito de la aviación mundial arrebatárselo a costa de cualquier sacrificio, para cuyo fin los gobiernos de los distintos países habían enviado al renombrado certamen las selecciones más valiosas de sus elementos aéreos rigurosamente contrastados, tanto en hombres como en material, — pericia y fuerza, — puestos al servicio de un noble anhelo de superación, que apesar de los fracasos y la muerte iba rápidamente acercando a los pueblos, siguiendo la ruta luminosa y fraterna señalada por los profetas desde época inmemorial.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Alicia y Tanaka eran algo así como la síntesis de la comprensión y la mundanidad de sus temperamentos respectivos. Unidos por una profunda simpatía renunciaron tácitamente a explicarse su pasado, discreta costumbre en la inmensa mayoría de los seres, que no lograron encontrarse a tiempo para poder ofrendarse las primicias de su inocencia. Se conocieron en Nueva York, en esa formidable " antena de América ", según Concha Espina, que bajo la sombra de sus " truts " y especuladores gobierna al mundo, metalizando de paso las conciencias con la promesa de su oro rojo, de su oro de Alaska, amasado con el sudor y la ambición terrible de los hombres. Ella era mecanógrafa al servicio de una Academia de lenguas orientales, que frecuentaba mucho Tanaka, por aquel entonces, agregado naval de su país en los Estados Unidos. Al principio las relaciones de ambos fueron un deleitoso escarceo psicológico de sus respectivas " costumbres geográficas ", fundidas en un paralelo espiritual, que parecía reconciliar al fin en ellos a dos razas antagónicas. Claro es que esta virtualidad no impidió nunca a Tanaka su misión secreta de observador ladino de todos los adelantos bélicos de la técnica americana, ni tampoco el estudio de las vías probables de invasión en el caso de una guerra. En esa forma plácida y un poco ambigua transcurrieron más de dos años hasta que el agregado nipón se trasladó, primero a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Inglaterra y luego a Alemania por orden del Mikado con objeto de especializarse en la aviación militar de aquellas potencias. Sus adelantos fueron tan rápidos y su triunfo tan clamoroso al cubrir de un sólo vuelo la distancia Berlín-Tokio, que el pueblo japonés le consagró como el mejor de sus " ases " nacionales.

Alicia, engreida por la fama de su amante le siguió a todas partes, esclava más que nunca de su exotismo y fondo de reserva que jamás pudo desentrañar y era precisamente el incentivo de su pasión por Tanaka, pasión entibiada ahora de repente, después de su conocimiento con Risko, sin que pudiera explicarse a ciencia cierta las causas de aquella extraña mudanza, que ponia en grave riesgo el culto de su idolatria por el hombre amarillo al compararle con su compatriota : aúreo, rosado, fornido, masticando siempre "chicle" con su dentadura deslumbrante. A veces, creíase víctima de una embriaguez deliciosa, de un sueño hipnótico, pero la realidad se imponía bien pronto frente a la mirada penetrante, auténtica de Risko. Ante sus ojos luminosos, diáfanos, no empañados por el polvo de la tierra ; ojos de águila en las " montañas rocosas ", de cóndor en Los Andes, de albatros sobre el mar, a cuyo influjo sentíase dominada, infiltrada de otra personalidad ; de un sentimiento desconocido, quizás del verdadero amor, emanadode la subconsciencia y que le hacía mustiarse en su propia gentileza, llamarle con silencioso frenesí, repitiendo sin saberlo la estrofa " angustiada " del poeta :

" Y grité tu nombre
con un grito interno,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

con una cosa extraña
que no era la mía
y que estaba muy lejos ".

En cambio Risko no vió al principio en ella nada más que la reaparición plástica de su esposa malograda. Como tantos otros quiso hacer perenne en la vida lo que el destino desató para siempre, dejando en la semejanza, en el parecido físico de los seres su más sangrienta ironía. Pero tal ilusión sólo le duró hasta el momento de tratarla. Después de ese brevísimo paréntesis la personalidad de Alicia se manifestó ante su corazón en un admirable equilibrio de forma y contenido. Es más, a la semana de conocerla notó con gran sorpresa que la semejanza con la muerta se había esfumado, al igual que esas figuras sutilísimas de ciertas películas, que al desvanecerse nos muestran los verdaderos personajes del argumento. Su psicología, un poco ingénua, no se preocupó mucho de desentrañar este fenómeno, achacándolo a la obsesión de su recuerdo por la difunta, mejor, al socorrido tópico de la autosugestión, que tantas cosas incomprensibles nos deja lacradas en el umbral de nuestra tremenda ignorancia.

■

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La olimpiada estaba en su máximo esplendor. Aquel año habían asistido a disputarse los diferentes campeonatos los equipos más renombrados del mundo en un pintoresco contraste de plasticidad y destreza. Todos, bajo el sol del " Stadium " y en días sucesivos, habían rivalizado en arte, en agilidad, en coraje. Junto a las esbeltas siluetas de los hombres nórdicos de pelambres de lino y ojos boreales, trataron de imponerse en brusco pugilato los negros del Arizona, fuertes y lustrosos, con una diadema de " pasas " sobre la frente. Después, habían desplegado su dinamismo multicolor los atletas de los cuatro puntos cardinales de la tierra en sus ejercicios gimnásticos de saltos, carreras, etc. Sólo faltaban para el gran concurso aviatorio las pruebas eliminatorias de fútbol entre los equipos irlandés, mexicano y argentino. Tanaka, deseando presenciar la dura prueba en su incomparable y magnífico conjunto, había invitado a Risko a volar al siguiente día sobre el " Stadium ". Según costumbre, les acompañaría también Alicia, verdadera apasionada de los medios modernos de locomoción y de las peligrosas acrobacias de su amante en el espacio. El " as " americano aceptó encantado la gentileza de Tanaka, así como también la oferta de acompañarles a la Verbena Española que el Comité de la Olimpiada celebraba aquella noche en el hermoso " Parque de Aclimatación ", con asistencia de los elementos más preeminentes del deporte universal y de los infinitos turistas y magnates que por aquella época del año invadían en tropel la isla, colmándola de oro, frivolidad y alegría.

Cuando pasadas unas horas Alicia penetró con sus compañeros en los jardines donde se celebraba la inolvidable

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

fiesta, quedó deslumbrada de su tipismo estilizado, de sus luces maravillosas, — quizás hurtadas al doble anillo de Saturno, — en el sortilegio de sus múltiples matices y combinaciones, desde la lluvia finamente pulverizada en los siete colores del arco iris al cohete pluvioso, vertical, deshecho en su desmayada caida en espesos toisones sobre el fondo obscuro y confuso del gentío, cuya corriente desbordada separó a Risko y Alicia de Tanaka o Tanaka voluntariamente de ellos, ¡ vayan ustedes a saber !, pero es lo cierto que el destino los aisló por algún tiempo en un remanso umbrío, entoldado por altas plataneras del Líbano, facilitándoles así la ocasión atropellada y vehemente de unir sus cuerpos y sus bocas en un deseo irrefrenable, que dejó en los labios de Risko el sabor de un aliento mucho más dulce y fragante que la misma miel del Himeto ...

De pronto quebró la diafanidad del silencio un grito. Un grito de Alicia. Un grito de horror que le hizo separarse bruscamente de los brazos de Risko, dejando entre ellos su opulento mantón andaluz, estampado de rojos floripondios y grandes flecos de seda.

El aviador americano, rápidamente, se volvió hacia el fondo del escenario que Alicia, blanca de espanto, señalaba con la mano tendida, creyendo distinguir entre la penumbra perfumada de las rosas, dos ojos estrechos, alargados, que brillaban diabólicamente con fosforecencia felina.

Resueltamente, temerariamente, avanzó hacia ellos, separando con violencia el tupido follaje, que al romperse deshizo en leves pétalos de nieve numerosas flores.

¡ Nada ! ¡ Nadie ! ¡ Ni una huella !...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Convencidos de la mútua alucinación y ya más tranquilos se reintegraron a la corriente emocional y caudalosa de la noche en busca del desaparecido, que, al fin, pudieron descubrirlo a lo lejos, entre un círculo astuto y jovial de compatriotas, que imperturbables reían.

■

Imaginarse la fidelidad absoluta es tan pueril como creer en la persistencia inalterable de las cosas. Hace siglos sabemos que todo se transforma, hasta el amor, Todo perece y renace obedeciendo a ese ritmo grandioso que tiene su más bella virtualidad en la inconstancia, tan humana y tan divina a un tiempo mismo. Decía un especializado en estas disciplinas del corazón, que para lograr un margen de constancia en la mujer había que seguirla al mismo compás de su versatilidad. Más claro. Había que cristalizarla en el apotegma que D'Annunzio ideó para el Arte. Pues bien, Tanaka, comprendiéndolo así por intuición y cultura y sobre todo por su larga convivencia con la civilización occidental, supo dominarse al convencerse plenamente de que Alicia había dejado de amarle. Pero esas consideraciones no tuvieron la suficiente fuerza para ahogar una necesidad imperiosa, ancestral; una necesi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dad, que apartando a un lado toda especulación romántica o calderoniana se levantaba airada desde el fondo de su naturaleza oceánica. Como hombre, despreciaba la villana burla, ya que su moral era antipoda, completamente distinta a la de la familia blanca. En cambio, como japonés ... ¡ah! Recordó la frase de Hamlet y sus nervios vibraron en un temible deseo de venganza, en un implacable odio de raza, revivido: "¡ser o no ser!..."

— ¡Tanaka!

Se irguió al oir su nombre. Era Alicia que llegaba con Risko. Durante la comida habian quedado en encontrarse en el aeródromo, ya que él tenia que reconocer antes el aparato, un soberbio monoplano metálico, de motor silencioso, cuyas características especiales eran un secreto para la industria internacional.

Ultimados los preparativos, el "as" japonés ordenó a sus mecánicos quedaran en tierra con objeto de que los invitados pudieran ocupar cómodamente los asientos posteriores. Tanaka llevaba colocado el paracaídas, detalle que no escapó a la curiosidad de Risko. Al preguntarle éste las causas de tal prevención se disculpó manifestándole que era obligación ineludible y prenda reglamentaria en los aviadores de su país.

Puesto en marcha el motor, no tardó mucho en despegar el avión que se elevó rápidamente haciendo poco después un viraje sobre el "Stadium", cuyas graderías hormigueantes tenian desde el espacio un sordo zumbar de colmena. Eliminado el equipo mexicano, después de ruda y empeñada brega, contendian ahora en la vasta planicie los ju-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

gadores irlandeses y suramericanos. Los guardametas, igual que muñecos muelles y tonantes, defendían encarnizadamente sus puestos. Cada vez que el delantero argentino marcaba un tanto, la ovación ecoica, huracanada se expandía hasta el cielo con rumores de " mar embravecida ".

" Agil, fino, alado, eléctrico,
delicado, redimido, fulminante
yo te vi en la tarde olímpica jugar,
¡ Paulomares ! ¡ Paulomares !
De los cálidos aplausos populares ".

Entusiasmados Risko y Alicia con la lucha que allá abajo se iba desarrollando no se dieron cuenta de una extraña manipulación de Tanaka junto a los tubos alimentadores de esencia. Así, ajenos a la tragedia que se cernía sobre sus vidas continuaron unos instantes volando hasta que les sorprendió la fatídica visión de unas lenguas azuladas, humosas, de características inconfundibles, que rápidamente prendieron en el motor y enseguida en las aletas de la hélice, convirtiéndola en una girándula de fuego. Alicia y Risko, imposibilitados, locos de espanto, estrechamente unidos en aquella maldita trampa, pudieron ver y comprender en su terrible agonía, ya bloqueados por el incendio, el crimen nefando y la risa fugaz, triunfal, de Tanaka, que de un salto simiesco, de tigre, quedó lejos del aparato. Primero, fué una pelota en el aire. Luego, sin tiempo a observarlo, tal era la velocidad de su caída, la pelota se alargó, se desenroscó en un temblor de espiral y quedó de repente abierta, como un crisantemo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

monstruoso, en cuyo tallo, al final, el " as " del " sol naciente " oscilaba con lentitud de péndulo, mientras el paracaidas descendia con precisión matemática en su equilibrio inflado de viento ; viento que le arrastró hasta cerca de las tribunas del " Stadium " donde la muchedumbre consternada, despavorida, habia contemplado al avión japonés, precipitarse, desaparecer envuelto en llamas, tras la silueta amarillenta de la isla, que cerraba el tranquilo horizonte con sus fantásticas antenas de piedra ...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

INDICE PARA LA LECTURA

	Págs.
La razón de la sin razón	9
Don Miguel	21
La tortuga	29
El entierrito	37
Un caso de conciencia	47
El descubrimiento del doctor Kurmann	55
Zahoriña	67
La única ilusión	77
Reintegrada	83
Unos pasos	89
El reconocimiento	95
Bajo el mismo techo	101
La tentación	129
Egoismo	137
Un suicida	151
La ley	157
Fidelidad	165
La profecía	171
El aniversario	177
Guindas	185
La agresión	189
Infancia	203
En la isla de las antenas	209

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Obras del mismo autor

TEMPLEMOS LAS ALMAS IGUAL QUE LOS SABLES
(Conferencias militares). (Agotada).

EL IBERISMO COMO BASE DE UNA EXPANSIÓN NO SOÑADA. (Conferencia civil). (Agotada).

EN PREPARACIÓN :

FISÓFORAS. (Cinco elegías).
MODALIDADES TRANSITORIAS.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Terminó de imprimirse este libro en los talleres gráficos de Margarit, el día 17 de enero del año de mil novecientos treinta y tres.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009